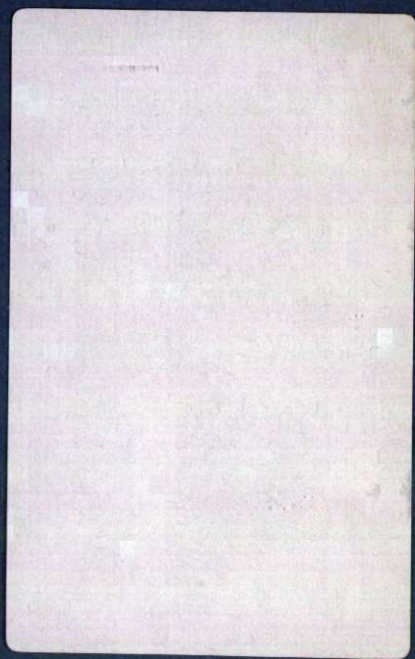






URBANO MANINI, EDITOR

ANT
XIX
185

EL REAL DE SANTA FÉ.

215

URBANO MANINI, EDITOR

~~ANT~~
XIX
185

EL REAL DE SANTA FÉ.

URBANO MANINI, EDITOR

EL REAL DE SANTA FE

17 am
R 68355
URBANO MANINI, EDITOR, MADRID

EL
REAL DE SANTA FÉ

NOVELA HISTÓRICA

original de

D. ANTONIO DE SAN MARTIN.



Manuel Rodriguez Real.

ADMINISTRACION

CALLE DE RECOLETOS, NÚM. 7.

MADRID



Esta obra es propiedad de
D. Urbano Manini, y nadie sin
su consentimiento podrá reim-
primirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que
marca la ley.

PRIMERA PARTE.

EL REY DESTRONADO.

CAPITULO PRIMERO

Granada.

¡Granada!.....

Plumas más bien cortadas que la mia han hablado de tí, ciudad hermosa del Darro y del Genil.

Para cantarte, para referir tus poéticos recuerdos, el poder de tus sultanes, la oriental belleza de tus reinas de nevada tez y de ojos de fuego, necesitaba poseer la armoniosa lira de alguno de nuestros grandes poetas: de Zorrilla, por ejemplo.

No la poseo, y sin embargo me atrevo á es-

cribir este libro, inspirándome en tu grandeza pasada, en tus grandiosos recuerdos y en tu sin par hermosura.

¡Perdóname mi atrevimiento, perla bellísima de España!..

PRIMERA PARTE

La historia primitiva de esa preciosa ciudad, se pierde entre las nieblas de los tiempos.

Afirman, sin embargo, graves historiadores, que era una poblacion importantísima, dependiente de la célebre *Iliberis*, en los tiempos antiguos.

No hacemos ánimo de remontarnos á épocas muy antiguas, y nos limitaremos únicamente á hablar de la Granada morisca, de la Granada del desdichado Boabdil, el último de sus reyes mahometanos.

Por aquel tiempo era la capital del único reino moro en España el último baluarte que el islamismo poseia en nuestra pátria.

A los Reyes Católicos Fernando é Isabel, de gloriosa memoria, les estaba reservada la heroica hazaña de terminar la reconquista que habia comenzado muchos siglos antes el invicto D. Pelayo en las asperezas de Covadonga.

La protectora del sábio Colon, la discreta, la ilustrada Isabel I, honra y orgullo de su siglo, ansiaba ver tremolar en los minaretes de las

mezquitas granadinas el estandarte de la cruz, y al fin consiguió su objeto despues de un cerco prolongado.

¡Cómo lloró Boabdil al abandonarte, Granada hermosa!

¡Contigo perdía su reino, y al perderlo, veíase precisado á abandonar á España para siempre!

¡Amargos suspiros de dolor desgarraron su pecho al mirar por última vez á la poética, á la maravillosa Alhambra, la fortaleza-palacio, en cuya construccion se emplearon inmensos caudales y nada menos que un siglo!

¡Alhambra, Generalife, misteriosa torre de los *siete suelos*, esfuerzos poderosos del arte, prestadle á mi pluma alguna inspiracion para que pueda referir vuestras historias de amores, de luchas y de gloria!

.

*
**

Al hablar de Granada, de la Alhambra, es necesario confesar una verdad muy triste.

Ese grandioso monumento, que más bien que obra prodigiosa de los alarifes moros, parece uno de los fantásticos palacios elevados al soplo de los génius de *Las mil y una noches*, es menos apreciada de propios que de extraños.

Los ingleses, por ejemplo, esos verdaderos

artistas de nuestro siglo, y el pueblo más envidioso del mundo, si poseyeran la Alhambra, la hubieran rodeado ya de muros de cristal, hubieran destinado para su conservacion cantidades fabulosas.

Y nosotros, ¿qué hemos hecho en pró de tan admirable palacio?

Rubor cuesta el decirlo, y por lo tanto no lo diremos.

El que desee enterarse de los *sacrificios* que España hace para que la Alhambra no se convierta en monton de ruinas, puede ver en los *presupuestos* la suma que se destina con tal objeto.

¡Valiente suma!

En cambio gastamos en pólvora cantidades fabulosas.

¡Viva el progreso!...

Pero dejando á un lado estas consideraciones que pueden ser enojosas para nuestros lectores, volvamos á ocuparnos de Granada.

Al atravesar durante la noche algunas de las moriscas y torcidas calles de esa poblacion encantadora, el hombre soñador remonta su pensamiento á los dias en que pertenecia á los hijos del Profeta.

No hay que hacer grandes esfuerzos de imaginacion para poblar esas calles de graves personajes envueltos en blancos alquiceles.

Los que soñais, los que teneis alma de poeta, id á Granada, y á la misteriosa luz de la luna creereis distinguir á la acongojada hermosura que desde la arabesca ventana confía á las auras de la noche sus ensueños, los amores de su alma, amores que no ha de ver nunca realizados.

Vereis tambien al don cel apuesto que suspira por la beldad agena, paseando su melancolía por las sombrías alamedas que humedecen el Darro y el Genil.

Si el viento muje airado, si la noche es triste y lóbrega, en los bramidos de la tempestad creereis estar escuchando las maldiciones que los *creyentes* prodigaron á sus vencedores; los gemidos de los *ulemas* al dar el adios postrero á las sagradas mezquitas; los últimos rumores del combate librado en las calles sobre las *mil treinta* torres que coronaban los muros, y en las *veinte* puertas de esa ciudad tan querida de los adoradores de Mahoma.

Si visitais *el patio de los Leones*, vereis aún la sangre inocente de los abencerrajes.

Pasad de noche por cerca de la ruinosa torre de los siete suelos, y vereis salir tambien de entre los escombros al caballo sin cabeza y al monstruoso perro de la leyenda árabe, corriendo el uno en pos del otro y relinchando de dolor el primero, exhalando el segundo tristísimos aullidos.

Cuando suena lentamente la célebre campana de la *Vela*, su metálico sonido habrá de pareceros un lamento, un suspiro doloroso que envía desde la Eternidad el *Rey Chico*; aquel pobre rey á quien su misma madre dijo rudamente, al tiempo de abandonar á Granada:

«¡Llora, llora como mujer, ya que no has sabido defenderla como hombre!...»

Por último, almas soñadoras: la voz de los serenos granadinos os parecerá tambien la lamentable, la trémula, la misteriosa voz de los *muezzines* llamando á los creyentes á la oracion desde las altas torres, desde los calados minaretes de las mezquitas.

*
* *

El aire, los caudalosos rios que hemos nombrado, los verdes bosques de naranjos, limoneros y arrayanes, los carmenes, la pintoresca é imponente Sierra-Nevada, los edificios y hasta el azulado cielo que sirve de toldo á la ciudad, por la cual suspiran aún los descendientes de los gomeles, de los zegries y de los abencerrajes; todo eso tiene cierto tinte misterioso, poético y melancólico; todo con su elocuente mutismo habla al alma, y le recuerda la época infausta para los moros, gloriosa y de ventura para nosotros, en que reinaban en España los Reyes Católicos.

*
* *

Espero que los sucesos que voy á referirte, lector mio, han de cautivar algun tanto tu atencion.

Si no consigo el objeto que me propongo, culpa será mia, y no de esos sucesos, que todos ellos reunidos forman una de las más bellas páginas de la gloriosa historia de nuestra pátria.

Sobre que los autores que voy a referir, leen y no, han de castigar algún tanto su atención.

Si no consigo el objeto que me propongo, culpe seré mío, y no de esos autores, que todos ellos reunidos forman una de las cosas más grandes de la literatura histórica de nuestra patria.

CAPÍTULO II

**El Real de Santa Fé.—Gonzalo Fernandez de
Córdova y Aguilar.—¡Pobre loco!**

A poco más de dos leguas de Granada, existe una ciudad cuyo nombre es Santa Fé.

Su fundacion, como no ignoran nuestros lectores, data del tiempo de los Reyes Católicos.

Cuartel general, ó mejor dicho cuartel de invierno de aquellos monarcas reconquistadores, en solos dos meses sus obras de defensa podían rechazar ventajosamente al enemigo.

A las tiendas de campaña habian sustituido las barracas, y á éstas, casas de piedra de robusta fábrica. Los reyes tenian un pequeño palacio.

El ejército cristiano que cercaba á la ciudad morisca constaba de cincuenta mil infantes y diez mil caballos.

Mandaban aquel ejército experimentados y valientes capitanes, entre los cuales figuraban los grandes Maestres de Santiago y de Alcántara, los duques de Cádiz, Medinaceli, Nájera, Medinasidonia, Plasencia, Alba, Infantado y Alburquerque; los condes de Benavente, Coruña, Calera, Feria, Miranda y Ureña, y el condestable de Castilla, D. Pedro Enriquez.

Tambien figuraba en el ejército, y era ya notable á pesar de empezar entonces la ruda carrera de las armas, Gonzalo Fernandez de Córdoba y Aguilar, que mereció andando el tiempo ser llamado el *Gran Capitan*.

Gonzalo Fernandez de Córdoba era un joven de aventajada estatura, de mirada de águila, de frente despejada y pensadora, y valiente hasta la temeridad.

Sereno como el que más en los peligros, su robusto puño manejaba con suma facilidad la mas pesada lanza, y regia al potro cordobés mas brioso y arrogante.

Cortés con las damas, piadoso con los vencidos y prudente en el consejo, empezaba á cobrar ya la envidiable reputacion que habia de llevar su nombre esclarecido á extrañas tierras.

Isabel I, aquella gran reina que empeñó sus

alhajas á los judíos á fin de que Colon pudiese descubrir el Nuevo Mundo, hacia gran aprecio de sus prendas morales y de su denodado valor.

Algunos escritores contemporáneos afirman que la reina Católica experimentaba por el *Gran Capitan* un sentimiento mucho mas tierno que el de la estimacion; pero esto no pasa de ser una maliciosa sospecha, que casi raya en calumnia.

De los pretendidos amores de Isabel I y de Gonzalo Fernandez de Córdoba no habla ningun historiador, ningun cronista.



Tambien figuraba en Santa Fé un hombre de aspecto grave y pensador. Era conocido con el nombre de *El Genovés*, y algunos creian que estaba loco.

Sin embargo, aquel hombre modesto, oscurecido entonces, y que se confundia en las últimas filas de los guerreros,—cortesanos que componian á la vez el ejército y la corte de los Reyes Católicos, llevaba ya marcado en su elevada frente un sello glorioso; el sello que distingue á los grandes hombres.

El Genovés no era otro que Cristóbal Colon, que tanta y tanta gloria habia de proporcionar á nuestra pátria.

Dedicado desde su más tierna edad al estudio de las matemáticas y de la astronomía, habia recorrido ya todo el mundo conocido entonces.

Impulsado por un secreto presentimiento, por el deseo de llegar á la India sin doblar el Cabo de Buena-Esperanza, se dirigió en vano al rey de Portugal y á la república de Génova, para que le facilitasen los medios necesarios para emprender el viaje de exploracion.

El Genovés, era pobre, tanto, que más de una vez llegó abatido y hambriento á las puertas de los conventos.

Lo mismo el rey de Portugal que la república de Génova, se burlaron de sus ofertas, despreciaron sus servicios.

Entonces Colon, desesperado, pero con más fé que nunca en su grandioso pensamiento, vino á España.

Más, ¡ay! que aquí tambien encontró pocos oyentes crédulos, pocos protectores!

Un pobre fraile, y la ilustrada Isabel I, fueron los únicos que supieron leer en el pensamiento de aquel grande hombre, los únicos que columbraron un nuevo mundo á través de las nieblas del inmenso Océano.

Pero el fraile no podia hacer más que alentar al sábio genovés y prodigarle sus bendiciones, é Isabel I era pobre; tan pobre ó quizás más,

que el último de los caballeros que componian su córte.

*
*
*

Cerca de seis años hacia que Colon iba en pos de los monarcas católicos.

Estos se hallaban sériamente empeñados en la conquista del reino de Granada, y no podian atender de modo alguno al infeliz genovés.

Le llamamos infeliz, porque la ingrata España, despues de deberle tanto, le hizo sufrir infinitas persecuciones, y murió sin dar siquiera su nombre al continente que habia descubierto, gloria que le usurpó *Américo Vespucio*.

Así como en la frente de Colon brillaba el génio, habia tambien una sombra de amargura, hija de lo que habia sufrido ya; presentimiento de lo que habia de sufrir todavía, cuando agobiado bajo el peso de los años y de la gloria, se viese cargado de cadenas lo mismo que si fuera un vil criminal.

La reina Isabel, que habia llegado á adivinar la pena que encerraba el alma de Colon, le dirigia la palabra con mucha frecuencia.

—Rogad á Dios, le decia; rogad que nos conceda la dicha de entrar triunfantes en Granada, que yo os empeño mi palabra de armar tres carabelas á mi costa, para que descubrais el paso de la India.

Estas palabras eran un bálsamo consolador para Colon.

Pero pasaban los dias, los meses y los años, y sus esperanzas no llegaban á realizarse.

Sin embargo, cuando reducidos los moros á la ciudad de Granada, último baluarte de Mahoma en España, el inmortal genovés cobró ánimos, alentó digámoslo así, y confiando en la real promesa, esperó poder realizar muy pronto sus ensueños de gloria.

Al verle atravesar los soldados castellanos las animadas calles de El Real de Santa Fé, exclamaban en voz baja, con tanta lástima como respeto:

—¡Pobre loco!...

CAPITULO III

Ultimos dias del reinado de Boabdil el Chico.

Es indudable que los Reyes Católicos no hubieran conseguido tan pronto la rendicion de Granada, si esta hermosa ciudad, único resto del floreciente reino de Boabdil *el Chico*, no se hubiese hallado, como se hallaba, dividida en bandos.

Las tribus de los zegríes, de los gomeles, de los venegas, de los alabeses y de los abencerrajes, atendian más bien á sus ódios particulares, que á la defensa de la ciudad.

A pesar del cerco y de que escaseaban los comestibles en la poblacion, esta se entregaba con frecuencia á alegres festejos, y las zambras se repetian en la Alhambra y en Generalife.

Durante aquellas fiestas, si no se olvidaban los rencores, estos se adormecian al ménos, y momentáneamente parecia que todos eran los mejores amigos del mundo.

Pero tras aquel disimulo, tras aquella máscara hipócrita, la discordia agitaba su tea humeante dispuesta de continuo á encender antiguos rencores.

Más de una vez durante la época de los últimos reyes de Granada, la guerra civil habia ensangrentado las calles de la ciudad.

El débil Boabdil, entregado siempre en manos de favoritos que lo manejaban á su antojo, no era el monarca más á propósito para dominar á los turbulentos granadinos y para rechazar al ejército cristiano que bullia á las mismas puertas de la ciudad.

Habia sonado ya la hora marcada por la Providencia para que los conquistadores de nuestra pátria tornasen al Africa, de donde habian venido impetuosos cual desbordado torrente.

Setecientos ochenta años habian trascurrido desde entonces, y la obra colosal, sublime, santa, comenzada en Covadonga por el invicto D. Pelayo, iba á terminar ante los moriscos muros de la ciudad del Darro y del Genil.

Poco importaba que los muezzines llamasen á los *creyentes* á la oracion desde los altos minaretes de las mezquitas; poco que los hijos del

Islam implorasen el auxilio de su falso Profeta para que los librase del vencimiento.

Los santos maldecían diariamente á los *nazarenos*, llamando sobre ellos todos los males, todas las desdichas que hay en el mundo.

Aseguraban los intérpretes de la ley de Mahoma que el ejército cristiano, que despues de haber talado las mieses se habia posesionado de los pueblos y castillos, llegando victorioso hasta las mismas puertas de Granada, no tardaria en verse diezmado por una peste asoladora.

Pero aquel ejército se mantenía en Santa Fé gozando de una salud inmejorable, y estrechando más y más el cerco.

Tenían fé los moros en las promesas de los *ulemas* (1) que juraban hablarles en nombre del Dios Altísimo y Unico; pero como aquellas promesas no llegaban á realizarse, se empezaba á apoderar de ellos un triste desaliento.

Procuraban dominar su terror con bulliciosas fiestas, aturdiéndose en ellas, y olvidando durante algunos instantes que un enemigo mucho más implacable que los cristianos, el hambre, llamaba ya á sus puertas.

Por eso nunca como en los últimos dias del reinado de Boabdil *el Chico*, hubo en Granada tantas zambras, tantas fiestas de toros y cañas.

(1) Doctores ó sábios encargados de explicar el Corán.

Aquellos festejos se parecían á las últimas llamaradas, á los últimos resplandores de una luz que se apaga.

Murmuraba sordamente el pueblo al ver que su rey y sus magnates se entregaban al regocijo, en tanto que la tempestad se aproximaba zumbando.

Pero sus murmuraciones no llegaban á oídos del monarca musulman, y respecto á los magnates, Dios habia puesto una espesa venda en sus ojos, para que no viesen el peligro en toda su terrible realidad.

Tal era la situacion del pueblo granadino el dia 6 de Octubre del año 1491, es decir, algunos meses antes de la rendicion de la ciudad.

Aquel dia, ó mejor dicho aquella noche, habia una gran fiesta en los maravillosos salones de la Alhambra, con motivo de ser el cumpleaños de la sultana Zoraya, madre de Boabdil *el Chico*.

CAPÍTULO IV

El jóven abencerraje.—Amor que enciende una mirada.—Rasgo de generosidad.

Aben-Amét era el jóven más galán que habia en Granada.

Cuando los moros salian á escaramucear con las avanzadas del ejército sitiador, Aben-Hamét tambien salia, y era de los últimos que se retiraban á Granada.

Valiente, más bien que valiente, temerario, era preciso que alguno contuviese su ardimiento, porque si no en más de una ocasion hubiera penetrado impetuosamente en el real enemigo, sin considerar el riesgo á que se exponia.

Aquel jóven musulman pertenecía á la noble y poderosa tribu de los abencerrajes.

Huérfano y heredero de cuantiosas riquezas, habia vivido durante mucho tiempo entregado al fausto y á los placeres; pero de repente, sin que nadie pudiese explicarse la causa de ello, se habia operado un cambio radical en su carácter.

La alegre expresion de su semblante y su habitual aturdimiento, se habian trocado en dulce melancolía y en seria reflexion, más propia de un anciano *alfaquí*, (1) que de un jóven ardiente é impetuoso.

Y no era esto solo.

Las lindas esclavas de su harem habian obtenido de él la libertad.

La causa única de tan brusco cambio era el amor; un amor impetuoso, volcánico.

Un dia habia visto á la hermosísima Fátima en los frondosos jardines de Generalife, y su corazón dormido hasta entonces, habia despertado amando con idolatría á aquella encantadora vírgen de ojos negros y rasgados, y de nevada tez.

Fué tan viva la impresion que experimentó, que su amigo Abu-Zamél, en cuya compañía se hallaba, le dirigió algunas preguntas.

(1) Nombre dado á los más sábios doctores de la ley de Ma-oma.

Aben-Amét que hasta entonces habia deparado alegremente con su amigo, se quedó pensativo y sin poder apartar su vista de los ojos de Fátima.

Esta por su parte, y á hurtadillas, le lanzaba tambien algunas de esas miradas que hacen del hombre más indómito un esclavo sumiso.

La risa de Aben-Hamét habia espirado en sus lábios, y al cabo de largo rato le preguntó á su amigo con voz trémula:

—Quién es aquella jóven?

—Fátima, la hija de Bulcami El-Meléc; respondió el interpelado. Esa preciosa niña, no parece hija del perverso alcaide.

El es astuto y traidor como la serpiente; ella una hurí del sétimo cielo; él más feo y repugnante que un judío avaro, y ella hermosa como una de las vírgenes del Paraíso del Santo Profeta.

Más, qué te sucede? Te has quedado estático, triste.

Triste se hallaba efectivamente Aben-Hamét. Acababa de enamorarse ciegamente de Fátima, y esta era hija del zegrí Bulcami, uno de los enemigos más irreconciliables de su tribu.

Imposible era por lo tanto pensar en un enlace entre él y la hermosísima niña que le habia cautivado el corazón.

A aquel enlace se oponian los sangrientos

rencores de los zegríes, de los cuales Bulcamí El-Meléc era el jefe principal.

El amor sin esperanzas que habia nacido en su pecho al calor de las miradas de Fátima, le entristecía el alma, porque la encantadora niña nunca podria ser suya.

Hé aquí explicada la causa de su melancolía; hé aquí por qué habia dado libertad á todas sus esclavas.



Para que nuestros lectores acaben de conocer al jóven abencerraje, referiremos uno de sus generosos rasgos, que probará la bondad de su alma.

Cierta mañana, cuando el sol no habia desvanecido aún completamente las brumas del amanecer, Aben-Hamét salió de Granada por la puerta del Genil, acompañado de un solo escudero y armado como para entrar en batalla.

Caminando al paso por bajo las frondosas ramas de los naranjos y limoneros que no habia talado el ejército cristiano, se dirigió hácia el Real de Santa Fé.

Habia despertado aquel dia con un vivísimo deseo de medir sus armas con las armas de un caballero cristiano.

El escudero caminaba tras él de muy mala

gana, y esto se adivinaba fácilmente, solo al mirar su rostro cejijunto y sombrío.

A poco más de una legua de la ciudad, el caballo de Aben-Hamét, al cual este dejaba caminar al paso, se paró á comer los verdes retoños de un arbusto, y el jóven moro aspiró con delicia el ambiente purísimo y embalsamado que se respiraba en aquellos encantadores lugares.

La cabalgadura del escudero se paró también.

Dirigió Aben-Hamét una mirada en torno suyo, y vió que se encontraba en los límites de un bosquecillo, desde los cuales se divisaba á lo lejos el campamento cristiano.

Ya iba el jóven á adelantar algo más hácia él, cuando sintió un pequeño ruido entre el ramaje.

Por lo que pudiera acontecer se afirmó bien sobre los estribos, y empuñó la lanza.

Hecho esto, aplicó los acicates á su caballo, y éste partió velozmente hácia el lugar en donde había sonado el ruido.

El escudero siguió á su señor, haciendo un gesto de desagrado.

Estuvo el caballo de Aben-Hamét á punto de atropellar á un jóven, mejor dicho, á un niño que se hallaba medio oculto entre el follaje.

Aquel niño era un cristiano, y vestía el airoso traje de los pajecillos de la reina Católica.

Su rostro blanco y sonrosado como el de una mujer joven y linda, no representaba tener más que nueve ó diez años.

—¡Señor moro, no me mateis! exclamó el pajecillo, dejándose caer de rodillas, y juntando las manos con terror.

Aben-Hamét, como casi todos los moros españoles, poseía el idioma castellano, y sonriéndose con agrado, le dijo al pajecillo:

—No tiembles, pobre niño, que no te haré daño alguno.

Pero, dime, ¿qué hacías en este bosque?

El paje, más tranquilo ya al escuchar las palabras benévolas de Aben-Hamét, se levantó, y con voz un si es no es trémula aún, contestó de este modo:

—He salido del Real muy de mañana en busca de nidos de ruiseñor.

Nadie me ha visto salir, porque si no no me hubiera sido posible llegar hasta aquí.

A su Alteza, mi amada reina y señora, le agradan mucho los ruiseñores, y yo, ya que no puedo blandir una lanza en su obsequio, quise sorprenderla agradablemente al menos, llevándole algunos de sus pajarillos favoritos.

Sabía que la reina había de reñirme por haber abandonado el Real, pero es tan buena, tan dulce, aun cuando riñe, que esperaba poder

aplacar fácilmente su enojo, solo con arrodillarme á sus plantas y besar el borde de su vestido.

Lo que acabo de contaros, señor moro, es la pura verdad.

Ahora haced de mí vuestro cautivo; pero otra vez os ruego que no me mateis, porque tengo padres y no quisiera morir sin volver á verlos.

Sonrióse de nuevo Aben-Hamét, y con acento dulce interrogó de nuevo al pajecillo, diciéndole:

—¿Y has encontrado ruseñores?

—¡Oh! sí!

Al decir esto el niño, sacó de entre las ramas en donde los tenia guardados, dos nidos de esos admirables cantores de los bosques, y se los enseñó á Aben-Hamét.

Los pajarillos alargaban sus pelados cuellos, y piaban tristemente, cual si adivinasen que iban á verse separados de sus padres.

—Niño, dijo el jóven abencerraje. Torna al Real, y no vuelvas á salir de él, pues pudieras tener un mal encuentro.

—¿No me haceis cautivo?

—Nó, yo solo cautivo á los hombres á quienes venzo, y no á las débiles criaturas.

Quiero que tengas además un recuerdo mio.

Esto diciendo el moro, sacó una rica cadena de oro, labrada en Córdoba, que llevaba puesta al cuello, y se la dió al pajecillo.

Puso este cuidadosamente los nidos en el suelo, y recibió la alhaja con infantil alegría.

De la cadena pendia un hermoso medallon, dentro del cual brillaba una gruesa esmeralda que despedia luces verdes y sombrías, y en la cual se veia grabado el sello del anillo de Salomon.

El marco de la esmeralda era tambien de oro purísimo, y se veian en él algunos caracteres árabes.

—Aben-Hamét, dijo el pajecillo leyendo aquellos caracteres con infantil curiosidad, y tan fácilmente, como si hubiese sido educado por un docto musulman. Aben-Hamét, repitió, siervo humilde del Dios Altísimo y Unico.

—Aben-Hamét es mi nombre, dijo el aben-cerraje.

—Juro no olvidarlo jamás; exclamó el niño con tierna gratitud, besando el medallon.

Despues de pronunciar estas palabras, se puso la cadena al cuello, saludó con respeto al generoso jóven, quitándose el birrete de veludillo que llevaba en la cabeza, y volviendo á coger los nidos de ruiñen, echó á correr desapareciendo muy pronto entre los árboles.

Este rasgo de generosidad del caballero musulman no tardó en hacerse público.

En el Real de Santa Fé se repitió con alabanzas, y hasta los mismos granadinos aplaudieron al noble jóven.

Este es el resultado del estudio que
se ha hecho en el campo de la
En el caso de la L. se ve que con el
caso y la gran cantidad de
al poco tiempo.

El estudio se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la

El estudio se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la

El estudio se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la

El estudio se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la

El estudio se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la

El estudio se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la

El estudio se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la
se ha hecho en el campo de la

CAPÍTULO V

La sultana de Granada.—Una sierpe entre las flores.—El pensamiento de un malvado.

Como llevamos dicho ya, habia fiesta en Generalife.

Las más hermosas damas de Granada, y todos los caballeros que tenían derecho á formar parte de la corte de Boabdil, figuraban allí, luciendo unas y otros trajes riquísimos.

Todo el lujo oriental á que eran tan aficionados los moros, brillaba en aquellos maravillosos salones que aún hoy, casi en ruinas, producen una envidia artística (y séanos permitido expresarnos así), en los ilustrados hijos de la nebulosa Albion.

¡Oh! ¡cuánto no darian los ingleses por poseer las preciosas joyas de arte que embellecen á Granada, joyas que apreciamos tan poco!

Pero esto es muy español, muy de la pátria del garbanzo y de la incuria, y á nadie debe causar extrañeza.

Una deliciosa noche, una de esas noches apacibles que se disfrutan con mucha frecuencia en Granada, tendia sobre la hermosa ciudad su estrellado manto.

En una de las espesas alamedas de Generalife, á la cual llegaban medio confusos los alegres rumores de la fiesta, departian amistosamente una dama y un caballero.

La alameda era bastante sombría, y un fresco vientecillo que llegaba á ella desde la Sierra Elvira, agitaba mansamente las frondosas copas de los árboles, no despojados todavía de su verde vestidura.

Llamábase la dama Alfaima, y era sultana y esposa del rey Boabdil.

El caballero tenia por nombre Aben-Hamét, y era el mismo noble mancebo de quien nos hemos ocupado en el capítulo anterior.

Alfaima, jóven de rara hermosura, no era sin embargo amada como deseaba serlo por el sultán de Granada.

Una sombra de dulce tristeza cubria de continuo su encantador semblante, y de su pecho y de sus labios se escapaba con frecuencia un suspiro de amoroso afán,

¡Ay! ¡aquella infeliz reina, se veía olvidada por su esposo, al cual idolatraba!

Incapaz de ocultar su dolor con la máscara del orgullo, dejaba adivinar fácilmente lo que estaba pasando en su oprimido pecho.

Boabdil, hombre tímido é irresoluto, hombre que se dejaba manejar por ambiciosos favoritos, no tenía para ella ni amor ni compasión siquiera, y él, que á todos trataba con singular dulzura, solo tenía para la esposa enamorada palabras de desden; una cruel frialdad que casi rayaba en desprecio.

¿De qué nacia aquel desprecio?...

Ni el mismo sultan quizá hubiera podido responder á esta pregunta.

Por uno de esos misterios tan frecuentes, pero al mismo tiempo tan inexplicables del corazón humano, cuanto más despreciada se veía la dulce Alfaima, más adoraba al sultan.

Por una mirada de amor de aquel hombre tan querido, por una sola palabra de ternura, hubiera dado sin vacilar la mitad de los días de su triste vida.

¿Qué le importaba á aquella pobre tórtola, á aquella reina abatida, el asentar su planta so-

bre un trono, si este no mitigaba sus pesares?

¿Qué interés tenia para ella que los más renombrados poetas de su pátria celebrasen su hermosura, si esta era despreciada por el único hombre á quien amaba, por el único sér á quien deseaba agradar?...

El amor apasionado, ardiente y dulce á la vez, que devoraba su alma, y el continuo desden de Boabdil, la hacian padecer tanto, que con mucha frecuencia se veian en sus ojos recientes señales de lágrimas y un ligero circulo azulado, hijo de frecuentes insomnios.

¡Ah! ¡Cuán fácil le hubiera sido al cruel Boabdil reanimar aquel abatido semblante, inundar de celestial alegría aquella alma acongojada!

Pero Boabdil no pensaba en darle semejante satisfaccion á la infeliz jóven, y entregado á los fáciles amores de sus esclavas, vivia encerrado en su harem, en tanto que la guerra civil desgarraba los últimos restos de su reino, y que un ejército enemigo estaba á punto de apoderarse de aquellos restos.

La noche á que nos referimos á principios de este capítulo, Alfaima más triste aún que de costumbre, abandonó los dorados salones animados por bulliciosa música y por danza voluptuosa, y buscó la soledad en la parte más retirada de los jardines.

El estado de su alma, su melancolía, no se hermanaba bien con aquella fiesta.

Uno de sus más sinceros amigos, uno de los que más la compadecían en la corte, Aben-Hamét, la siguió respetuosamente condolido de la profunda aflicción que revelaba su rostro.

A su vez un hombre de edad madura y de rostro astuto y atezado, siguió con cautela al jóven, procurando que su calzado hiciera el menor ruido posible en la arena de las calles de árboles, y buscando la sombra de estos.

Aquel hombre era el alcaide Bulcami El-Melé, el más autorizado, el jefe, digámoslo así, de los zegries.



Sentóse Alfaima con abatimiento en un banco de césped, á cuya espalda se extendía un espeso muro de verdura y de olorosa madreselva.

Un tristísimo suspiro pareció desgarrar su pecho y abrasar sus lábios.

Aben-Hamét se paró respetuosamente á poca distancia de ella, no atreviéndose á romper el silencio; y el alcaide dando un largo rodeo, fué á esconderse tras el muro de verdura, desde donde podia escuchar perfectamente todo lo que hablasen la jóven sultana y el abencerraje.

La sierpe estaba oculta entre las flores.

—¡Por el Santo Profeta, señora! exclamó Aben-Hamét despues de un largo silencio; por lo que haya en el mundo de más aprecio para tí, te ruego con encarecimiento que moderes tu afliccion.

—¡Oh, Aben-Hamét! replicó la sultana exhalaando un nuevo suspiro. ¡Tú que eres mi buen amigo, tú que quizá en esta corte egoista y frívola, eres el único que me compadece más sinceramente, sabes muy bien que mi pena ha echado profundas raíces en el alma, y que no puede moderarse!

¡Si el Santo Profeta en cuyo nombre me diriges la palabra, me arrancase del corazon este amor inextinguible, ardiente, entonces no me seria difícil seguir tu consejo; pero amando como amo á mi esposo y viéndome de continuo despreciada por él, todos aquellos que se interesen por mí, sólo verán lágrimas en mis ojos, y nubes de melancolía en mi frente!

¡Ay de mí! ¡He nacido desgraciada, y desgraciada tengo que ser hasta el fin de mis días!...

Otros momentos de silencio siguieron á estas palabras.

Por segunda vez Aben-Hamét rompió aquel silencio.

—¡Amada sultana! dijo. ¡El cielo sabe, que aun á costa de mi sangre, quisiera verte dichosa!

¡Merecerias serlo, sí, y perdóneme el sultan mi señor, si en este momento digo que es cruel

para contigo, indigno de la felicidad que le ha concedido el cielo, dándole tal esposa!

¿Qué valen al lado tuyo las mujeres de su harem? ¿Qué vale...?

—No prosigas, Aben-Hamét, dijo Alfaima interrumpiendo al abencerraje, con acento un sies no es severo.

—¡Señora, tienes razon! ¡Mi amistoso celo me extravía!

—¡Sufrir es mi destino! añadió la sultana, y viviré siempre sufriendo.

¡Cúmplase la voluntad del cielo!...

Pero no hablemos más de mí, porque es en vano; hablemos de tus amores.

Dime, Aben-Hamét, ¿has logrado hablar á Fátima?

—Una sola vez, señora, respondió el jóven. La hija del alcaide participa de mis amorosos sentimientos y me ama. ¡Oh, sí, me ama! pero teme á su padre.

Este, como no ignoras, me aborrece mortalmente; aborrece á todos los mios, y creo que estoy destinado tambien á vivir sufriendo.

—Yo te prometo, afirmó la sultana, que interpondré mi influencia, que suplicaré si fuese necesario, á fin de conseguir que Bulcami El-Meléc te conceda la mano de su hija.

—¡Será en balde, señora!

—¿Tan poco soy ya en Granada, tan poco val-

go, que mis súplicas habrán de verse desatendidas por un vasallo?

¿Crees Aben-Hamét que el alcaide desatenderá á su reina, si esta se humilla hasta el extremo de rogarle con encarecimiento que una á su hija con el mas noble caballero de la corte?..

Aben-Hamét cruzó las manos sobre el pecho, y se inclinó con tanta humildad como reconocimiento, ante la sultana.

Despues con acento apesarado, exclamó:

—¡El ódio de Bulcami está muy por encima de toda consideracion, de todo respeto humano!

Preferirá salir desterrado de Granada, perder el favor de que goza cerca del sultán, á hacer alianza con los mios.

¡Yo jamás he sentido hácia él rencor alguno, yo le daria gustoso el nombre de padre; pero mi corazon, este corazon leal en donde ha quedado grabada la imágen de su hija, me anuncia que jamás podré alcanzar la felicidad que anhe-lo tanto!

—Quiero probar, sin embargo, dijo Alfaima, y hoy mismo pediré para tí la mano de Fátima.



Bulcami El-Meléc no habia perdido una sola de las palabras de la sultana y del abencerraje.

Aquel hombre, uno de los mas turbulentos agitadores de Granada, revolvía en su imaginación cien infernales proyectos, cien inícuos planes.

—¡Bien haces, Aben-Hamét, pensó; bien haces en afirmar que nada extinguirá en mí el odio que te profeso!

¡Antes que hacerte dueño de la mano de mi hija, entregaría esta á *Eblis*, el ángel de las tinieblas!

¿Darte á Fátima?..

¡Oh! no!

¡Todos los poderes del cielo y de la tierra reunidos no lograrían que diese mi consentimiento para semejante union!

Hábleme en hora buena de ello la sultana; ruégue me humilde; que yo sabré lo que he de contestar á su demanda.

Pero, ¡qué idea!..

La sultana sola en este bosquecillo, sola con Aben-Hamét!..

¡Corramos, ¡oh! corramos, y la tribu odiada de los abencerrajes caerá esta vez para siempre!...

En los ojos del zegrí brillaron dos relámpagos de satánico gozo, y sus delgados lábios se entreabrieron sonriéndose, como debe sonreirse el espíritu del mal.

Pensando de este modo se alejó de su escondrijo, perdiéndose en las sombrías calles de árboles de los jardines.

Pocos momentos despues volvió á aparecer en ellos acompañado de dos ancianos zegríes y de cinco caballeros jóvenes, pertenecientes á la tribu de los venegas.

La luna nueva, que empezaba á remontarse en aquel momento por el cielo, alumbraba débilmente los moriscos edificios de Granada.

Era la media noche, y en los elevados minaretes se escuchaba la voz de los muezzines.

Bulcami El-Meléc condujo á los que le acompañaban hasta una estrecha calle de árboles que formaban una espesa bóveda, entrelazando sus frondosas ramas.

Desde aquel sitio, y ocultos en las sombras, podian ver perfectamente á la sultana y á Aben-Hamét.

Este último se habia arrodillado á los piés de la esposa de Boabdil, y le besaba una mano.

En aquel momento daba las gracias á la sultana, que de nuevo le prometia hacer todo lo posible para que Bulcami le concediese la mano de su hija.

Un rayo de la luna alumbraba débilmente tan

hermoso grupo, filtrándose, digámoslo así, por entre las hojas de los árboles.

¡Cuán ajenos estaban Alfaima y Aben-Hamét de pensar en el terrible peligro que los amenazaba!

*
*
*

El alcaide Bulcami, dirigiéndose á aquellos á quienes iba precediendo, los detuvo con un gesto imperioso, y despues señalándoles á la sultana y al jóven abencerraje, les dijo con voz sorda:

—¡Hé ahí la prueba del adulterio! Ya veis que no os engañaba.

Un murmullo de indignacion circuló entre los ancianos y venegas.

Uno de los primeros, el más viejo, se cubrió los ojos con ambas manos é invocó el nombre de Alá.

—¿Cuando sea necesario (preguntó el alcaide), atestiguareis lo que estais viendo?

—¡Oh, sí! respondieron unánimemente y sin vacilar los testigos del supuesto crimen de Aben-Hamét y de Alfaima.

—Está bien, añadió Bulcami. Ahora volvamos al lado del sultan, por cuya honra están obligados á velar todos los buenos musulmanes.

—Vamos, dijeron todos; y con el mismo silencio con que habian llegado hasta aquel sitio, volvieron á internarse en los amenos y sombríos bosquecillos de Generalife.

hermanos amigos, distinguidos, dignos de tal, por
entre las hojas de los árboles.
—¿Qué agones estaban afligidos y agonizan-
tes de pensar en el terrible peligro que los ame-
nazaba?

El alonzo Butroni, distinguido a quien
quienes lo presentaban, los había con un gran
impetoso, y después de haberse la salud y
el joven abanderado, los dijo con voz serena:
—He ahí la prueba del adiutorio. Ya veis que

no os equivocáis. Un momento de indignación circula entre los
ancianos y jóvenes.

Uno de los primeros, el más viejo, se cubrió
los ojos con ambas manos e invoca el nombre de
Allah.

—Cuando nos desprecia, preguntó el alonzo,
algunos de los que están viendo.

—Oh, el respetuoso, unánimemente y sin
vacilar los testigos del suplico, ordena de Aben-
Hamet y de Alifama.

—Basta, basta, alonzo Butroni. Ahora voltemos
al lado del altar, por cuyo honor están obligados a estar todos los jóvenes musulmanes.

—Y ahora, dijeron todos, y con el mismo alonzo,
eso con que habían llegado hasta aquí, esto
volvieron a internarse en las arenas y se cubrieron
con las albas de honor.

CAPITULO VI

La acusacion.

La fiesta continuaba animada y brillante.

El rey Boabdil, llamado en mejores crónicas *el Chico* y por sus vasallos *el zagoibi* (1), se hallaba entretenido en sabrosa plática con la bella Selima, hermana del alfaquí mayor Jusef-Aben-Comija.

En aquel tiempo los moros granadinos estaban mucho más civilizados que sus descendientes los actuales habitantes de Berbería, y no tenían reparo alguno en que sus mujeres embelleciesen con su presencia las *zambros*, las corridas de toros y los juegos de sortija y de cañas.

(1) Desventuradillo.

Entretenido se hallaba Boabdil, repetimos, cuando Bulcami El-Meléc se acercó á él.

—Bien venido Bulcami, le dijo alegremente el monarca. ¿En dónde has estado hasta ahora?

Mucho te haces desear, mi sesudo alcaide, y merecerías que no te apreciase tanto como te aprecio.

Una amarga y siniestra sonrisa animó algun tanto el atezado rostro del zegrí.

Repitió Boabdil su pregunta, y el traidor moro contestó en estos términos:

—Todo buen vasallo, señor, debe emplear sus horas en bien del monarca á quien sirve.

—Perfectamente, ¿y qué?

—Que yo no he venido antes á besaros las plantas, porque me lo impidió un deber mucho más importante; el deber sagrado de velar por vuestra honra.

—¿Qué dices, Bulcami?... Explicate, ¡vive Alá!

—Me explicaré, poderoso sultan, pues ese mismo deber me obliga á ello.

Sé que mis palabras van á oscurecer vuestro semblante y á llenar vuestra alma de amargura, de cólera y de dolor, pero no importa; si guardase silencio sería también culpable.

Este poco tranquilizador preámbulo, hizo agitar á Boabdil en su asiento.

Bulcami habia hablado en alta voz y con acento lúgubre.

Esto habia llamado la atencion de muchas personas, las cuales deseosas de saber alguna curiosa nueva, se habian agrupado á corta distancia en derredor del grupo que formaban Selima, Boabdil y Bulcamí El-Meléc.

—Sabad, señor, (prosiguió éste), que una dichosa casualidad, y digo dichosa, porque si no los culpables aún continuarían ocultando su crimen, sabe Alá cuánto tiempo, me hizo descubrir un vergonzoso secreto, un secreto que hará gemir de aflicción á toda Granada.

—¡Pero por el Santo Profeta! exclamó Boabdil con voz gemidora, ¿quieres decir de una vez de que se trata?

—¡Trátase, señor, de vuestra honra!

—¡Cielos!...

—¡Aquí mismo, en presencia de toda vuestra corte, en vuestra presencia, y á fuer de honrado y de caballero, alzo mi voz para acusar de adúltera á la sultana Alfaima!

¡Perdonadme, gran señor, si derramo en vuestra alma parte de la amargura de que está cubierta la mia, pues las penas de mi rey son mías también!...

Profundo silencio sucedió á estas palabras.

Boabdil, pálido como un cadáver, con los ojos chispeantes y tembloroso el lábio, se levantó con lentitud de su asiento y mirando á Bulcamí, sin pestañear siquiera, le dijo:

—¡Si has mentido, verdugos hay en Granada!

—¡Yo jamás miento! replicó el zegrí sin concertarse. ¡Mi único delito, y por Alá, señor, que no merece este nombre mi revelacion, es haber turbado vuestro ánimo!

¡Si esto merece castigo, castigadme en hora buena; pronto estoy á dar mi cuello al verdugo!

Esto, diciendo Bulcami, hincó una rodilla en tierra, delante de Boabdil *el zagoibi*.

Puede decirse que se hubiera sentido el vuelo de una mosca en el inmenso salon en donde tenia lugar esta escena.

Todos estaban consternados, mudos de asombro, y ni una sola exclamacion turbó el silencio.

Rompió éste, al cabo, Boabdil, diciendo con voz de trueno y con una firmeza de que nadie le hubiera creído capaz:

—¡Las pruebas de tu acusacion, Bulcami El-Meléc, y ¡ay! de tu cabeza si esas pruebas no son claras y terminantes!

—He sido testigo del crimen de la sultana, dijo el zegrí, y siete caballeros intachables, nobles como el que más, me acompañaban.

—¿Quiénes son esos caballeros? [preguntó el sultan.

Los dos ancianos zegríes y los cinco jóvenes de la tribu de los venegas, adelantaron pausadamente.

El círculo de los curiosos y asombrados cortesanos, se abrió para dejarles paso.

La escena iba siendo cada vez más interesante, más terrible.

—Hablad, gritó Boabdil, dirigiéndose á los recién llegados.

Uno de los dos viejos, dijo con el acento de la verdad y de la convicción:

—¡Noble señor! ¡me duele el alma al tener que confesar que son ciertas las palabras de Bulcamil!

¡Yo, porque así me lo ordena mi conciencia, también acuso á la sultana!...

—¿Y tú? preguntó Boabdil al otro anciano.

—He visto en la parte más retirada de los jardines, respondió éste sin vacilar, á Alfaima: un jóven se hallaba á sus plantas y le besaba la mano con pasión.

—Nosotros, dijeron los cinco jóvenes venegas llevándose con movimiento unánime la mano al pecho é inclinando tristemente la cabeza, hemos sido igualmente testigos de la liviandad de la sultana.

Boabdil se pasó una mano por la frente y reflexionó durante algunos momentos.

Su madre Zoraya, mujer ya entrada en años, pero llena todavía de fuego y de vivacidad, y oculta enemiga de Alfaima, no apartaba los ojos de él.

Después de largo rato de silencio, rompió

este diciendo con acento tranquilo en la apariencia, pero tras el cual se adivinaba la tempestad que rugia en su corazon:

—Levántate, Bulcami.

Bulcami obedeció, abandonando su humilde postura.

—Has acusado de adúltera á la sultana, prosi-guió Boabdil, y yo doy crédito á tu acusacion, agradeciendo al mismo tiempo el buen celo que siempre has empleado en mi servicio.

Pero es necesario, siguiendo añejas costum-bres, sujetar á la sultana al juicio de Dios.

¿Estás dispuesto á sostener tu acusacion?

—La sostendré, contestó el zegrí, con lanza, cimitarra y gumia; á pié y caballo; desde que salga el sol hasta que el sol se oculte, y Alá me hará salir vencedor de todos los que pretendan defender la causa de Alfaima.

—Está bien, dijo Boabdil con el mismo acento tranquilo.

Luego dirigió una penetrante mirada á los cinco venegas.

Estos comprendieron que aquella mirada equivalia á una pregunta, y añadieron:

—Nosotros nos hallamos igualmente prontos á mantener nuestro dicho, y peharemos hasta morir á vista del pueblo granadino.

—Que busquen á la sultana, gritó Boabdil despues de un nuevo momento de silencio, diri-

giéndose á los eunucos que guardaban la puerta del salon.

—Aquí estoy, señor, dijo Alfaima que entraba en aquel mismo instante acompañada de Aben-Hamét.

Los cortesanos que formaban círculo en derredor del sultan y de los acusadores de aquella desgraciada, se separaron, colocándose los unos á la derecha y los otros á la izquierda del monarca.

Alfaima adelantó sola hasta llegar cerca de su esposo, y una vez allí dijo con voz tierna, posando dulcemente sus ojos en el rostro de Boabdil:

—¿Qué teneis que ordenarme, esposo mio?

En vez de contestar á esta pregunta, el sultan dirigió una mirada hácia el fondo del salon, y viendo agrupados á la puerta algunos soldados de la guardia negra, les dijo imperiosamente señalando á Alfaima con desprecio:

—¡Prended á esta mujer, y llevadla en una silla de manos á la torre del Agua!

Me respondeis de ella con vuestra cabeza.

La estupefaccion y el dolor más agudo se reflejaron en el hermoso rostro de la enamorada sultana.

En el momento en que dos guardias la agarraban por ambos brazos, preguntó con acento preñado de lágrimas:

—¿Cuál es mi delito?

Ninguna voz dió respuesta á la pregunta, y la infeliz salió del salon empujada brutalmente por los dos guardias negros.

Entre tantos hombres que se preciaban de caballeros, entre tantos cortesanos como allí se hallaban reunidos, nadie salió entonces á la defensa de la hermosura oprimida.

Solo hubo uno que haciendo un movimiento involuntario, hijo de un impulso generoso, dió algunos pasos y tendió los brazos hácia Alfaima, en el momento en que esta desaparecia cercada por los guardias.

Mal disimulada sonrisa de gozo infernal brilló en el semblante de Bulcami.

El malvado reprimió instantáneamente aquella sonrisa, y dirigiendo la palabra á Boabdil al mismo tiempo que le señalaba al abencerraje, exclamó aparentando una gran indignacion:

—¡Ved ahí, señor, al vil amante de la sultana.

¡Él mismo acaba de venderse!

Reparad en su turbacion y en la pesadumbre que se esparce por su rostro.

Efectivamente, el enérgico rostro de Aben-Hamét, estaba cubierto de tristeza.

Empero aquella tristeza no tardó en ser reemplazada por el furor más vivo, al verse acusado por su enemigo mortal.

Reprimiendo á duras penas su cólera, pues la

presencia del sultan le contenia, dió algunos pasos hácia Bulcami El-Meléc, y arrojando llamas por los ojos, le dijo:

—¡Mientes, cobarde! ¡La sultana es pura como la azucena, y á tí y á todos los villanos que osen empañar con una calumnia el limpio cristal de su fama, yo, el descendiente de los antiguos califas de Damasco, os reto á muerte en campo abierto ó cerrado!

Agradece, infame Bulcami, á que estamos en presencia de nuestro noble señor, á quien Dios proteja y ensalce, que si nó aquí mismo te arrancaria el alma envuelta en tu sangre ruin y miserable!

Pero ya nos veremos en otro lugar, y entonces mi acero sabrá buscar el camino de tu corazon.

Esta amenaza hizo palidecer á Bulcami El-Meléc, no de temor, pero sí de coraje.

Lleno el corazon de rabiosa saña, tartamudeó estas palabras:

—¡Acepto el reto, y beberé tu sangre odiada!

—Te equivocas, alcaide, replicó Boabdil friamente. La vida de ese hombre pertenece al verdugo.

El ánimo del noble abencerraje se abatió al escuchar aquella sentencia, que probaba que el sultan creia ciegamente en la acusacion de su enemigo.

Se abatió, repetimos, no porque tuviese temor alguno á la muerte, sino porque creia imposible el poder probar la inocencia de la sultana, y su propia inocencia.



La guardia negra condujo tambien al abencerraje á un oscuro encierro.

Zoraya se inclinó al oido de su hijo que estaba mudo y sombrío, y con almibarado acento le dijo en voz baja:

—Doy gracias al cielo, hijo de mi alma, al verte demostrar bravura y energía.

Así deben ser los reyes; así era tu padre... .

.....



CAPÍTULO VII

El acento de la verdad.

Con la rapidez del rayo circuló por Granada la noticia de que Alfaima y Aben-Hamét habian sido acusados de adúlteros ante el sultan y toda su córte.

Noticia de tal trascendencia salvó tambien los muros de la ciudad y llegó al campamento cristiano, que cada vez tenia más probabilidades de levantar el cerco, y de entrar triunfante en la opulenta poblacion.

El hambre pesaba ya sobre esta de un modo horrible, y el descontento era general.

Nadie dudaba, Boabdil el primero, de que Alfaima era culpable.

Aquella infeliz, sepultada en un encierro indigno de la sultana de Granada, ignoraba todavía de qué delito la acusaban.

Estaba sola con su dolor, y de sus hermosos ojos corria un mar de lágrimas.

Su esposo, el hombre á quien adoraba, habia ordenado su prision sin concederla una sola mirada, y tratándola con el mayor desprecio.

—¿Qué he hecho yo, ¡oh, Alá! (exclamaba la pobre reina), qué he hecho yo para que así me maltraten?...

¡Ay! cruel y amado Boabdil mio! ¡Tú no ignoras cuánto te amo, tú sabes bien que eres mi Dios, el ídolo de mi corazon, y no tan solo me desprecias, sino que me encierrás en este horrible calabozo!

¿Es quizá un delito el amarte con exceso?...

¡Si mi amor hácia tí merece castigo, arráncame este corazon en donde reinarás despóticamente, en tanto que tenga un solo soplo de vida!

¡Ah, Boabdid, Boabdil!

¡Me amaste en otro tiempo; tiempo venturoso que ya pasó para no volver jamás, y tu cariño solo tuvo la duracion de un relámpago!

¿Por qué no habian de durar aún aquellos momentos venturosos?...

.

Así se quejaba la tierna Alfaima, cuando se abrió la puerta de su prision, y entró en esta un anciano de venerable aspecto.

Prolongada barba, blanca como la nieve de las sierras, rodeaba su rostro surcado de arrugas; sus ojos eran á la vez dulces y de penetrante mirada, y todo su semblante tenia cierta expresion de benevolencia que le hacia sumamente simpático.

El nombre del anciano era Muley-El-Mokatam.

Muley, el más reputado ulema, el más sabio doctor de Granada, interpretaba á su manera la ley de Mahoma, y léjos de ser fanático como sus compañeros, era tolerante, su corazon estaba lleno de misericordia para los que delinquieran, y siempre acudia allí en donde era preciso enjugar lágrimas de afliccion.

Al saber la desgracia de Alfaima quiso verla para proporcionarla algun consuelo, y Boabdil le concedió el permiso que solicitaba para entrar en su prision.

Ya en presencia de la sultana, le dijo:

—¡Hija mia! ¡Te encuentro triste y con los ojos humecidos por el llanto, y eso me prueba tu arrepentimiento!

Muley-El-Mokatam, creia como todo el mundo, en la culpabilidad de la sultana.

Sorprendida ésta al escuchar la palabra arre-

pentimiento, posó en el ulema sus ojos expresivos y llenos de candor, y con un acento apesadumado exclamó:

—¡No te comprendo, venerable Muley!

Dices que me he arrepentido, y como tengo, y he tenido siempre tranquila la conciencia, ignoro á lo que te refieres.

—¿Que lo ignoras, dices?

—¡Lo juro por el Dios Altísimo y Unico!

¡Ayer noche el sultan, mi señor, arrojando fuego por los ojos, ordenó delante de toda la corte que me condujesen á estos lugares!

¡Pregunté de qué culpa se me acusaba y nadie respondió á mi voz!

¿Quieres decirme, padre mio, cuál es mi delito?...

*
**

Muley-El-Mokatam se puso á examinar de hito en hito el rostro de la sultana, pero esta resistió sin pestañear siquiera aquel exámen.

Sorprendido el anciano de semejante serenidad, que no tienen comunmente los culpables, se dijo á sí mismo, pero en alta voz, estas palabras:

—¡Quién sabe! ¡quizá sea inocente!

—¡Pero dime, señor! gritó Alfaima con desesperado acento, ¿qué crimen he cometido?

¡Sepa yo de una vez á qué atenerme!

¡Habla, habla por favor!

—Te acusan, respondió el anciano despues de algunos momentos de pausa, te acusan...

—¿De qué, Dios mio?

—De tener culpables amores con Aben-Hamét el Abencerraje.

Alfaima estaba sentada en un viejo escaño de madera, y al escuchar las palabras de Muley, se levantó llena de indignacion.

La noble sangre que corria por sus venas, su alma pura y apasionada, se sublevó contra semejante acusacion.

En aquel momento no era ya la jóven enamorada y tímida, sino la reina ofendida, la reina que se irrita y rechaza la calumnia vil que pretende empañar su honra.

—¡Mentira! ¡infame mentira! exclamó con voz trémula: ¿quién ha sido el malvado que osó mover su torpe lengua, para arrojar sobre mí semejante acusacion?

—Bulcami El-Meléc.

—¡Miente el villano! ¡El mal caballero!

—El zegrí, prosiguió Muley, afirmó en presencia de la corte que te habia visto en un lugar retirado, rodeada por la misteriosa sombra de los jardines de Generalife, y que Aben-Hamét estaba á tus plantas besándote una mano.

Y no es solo Bulcami El-Meléc quien te acusa; siete personas más han jurado por su honor

haber sido testigos de que Aben-Hamét estaba á tus plantas.

—Y qué, replicó la sultana impetuosamente, ¿acaso no puede un vasallo, por noble que sea, arrodillarse sin delito á los piés de su soberana?...

Cierto es que Aben-Hamét se postró á mis plantas, cierto tambien que me besó una mano; pero fué para darme las gracias porque yo le habia prometido interponer mi influencia á fin de que el infame Bulcami le concediese la mano de su hija, de la cual el abencerraje está perdidamente apasionado.

¿Hay en esto algun crimen?

—¡Ciertamente que no, pobre sultana! exclamó el anciano profundamente conmovido, y sintiendo desvanecerse la creencia que tenia acerca de la culpabilidad de la reina mora.

El acento de la verdad, ese acento que ningun criminal, por astuto que sea, puede imitar perfectamente, era el acento de Alfaima.

En los ojos de la hermosa jóven brillaba la indignacion, y su frente se alzaba altanera porque no se hallaba empañada por la más leve mancha de deshonor.

La acusada sultana prosiguió de este modo:

—A pesar de que nunca me he mezclado en las intrigas de la córte, por más que yo nada significaba en ella, sabia que poderosos enemigos

deseaban mi pérdida; pero lo que jamás he podido figurarme, lo que jamás hubiera creído, es que mi esposo dudase de mí hasta el extremo de mandarme encerrar en un calabozo, sin oirme, sin permitir que defendiese mi inocencia.

¡Bien está!

¡Dios, para quien nada hay oculto, Dios que lee en los corazones de sus criaturas, velará por mí!...

THE STATE OF NEW YORK
IN SENATE
JANUARY 18, 1894.
REPORT
OF THE
COMMISSIONERS OF THE LAND OFFICE
IN RESPONSE TO A RESOLUTION
PASSED BY THE SENATE
MAY 18, 1893.
ALBANY: J. B. LIPPINCOTT & CO. PRINTERS.
1894.

1. The first of these is the fact that the
2. second is the fact that the third is the fact that the
3. fourth is the fact that the fifth is the fact that the
4. sixth is the fact that the seventh is the fact that the
5. eighth is the fact that the ninth is the fact that the
6. tenth is the fact that the eleventh is the fact that the
7. twelfth is the fact that the thirteenth is the fact that the
8. fourteenth is the fact that the fifteenth is the fact that the
9. sixteenth is the fact that the seventeenth is the fact that the
10. eighteenth is the fact that the nineteenth is the fact that the
11. twentieth is the fact that the twenty-first is the fact that the
12. twenty-second is the fact that the twenty-third is the fact that the
13. twenty-fourth is the fact that the twenty-fifth is the fact that the
14. twenty-sixth is the fact that the twenty-seventh is the fact that the
15. twenty-eighth is the fact that the twenty-ninth is the fact that the
16. thirtieth is the fact that the thirty-first is the fact that the
17. thirty-second is the fact that the thirty-third is the fact that the
18. thirty-fourth is the fact that the thirty-fifth is the fact that the
19. thirty-sixth is the fact that the thirty-seventh is the fact that the
20. thirty-eighth is the fact that the thirty-ninth is the fact that the
21. fortieth is the fact that the forty-first is the fact that the
22. forty-second is the fact that the forty-third is the fact that the
23. forty-fourth is the fact that the forty-fifth is the fact that the
24. forty-sixth is the fact that the forty-seventh is the fact that the
25. forty-eighth is the fact that the forty-ninth is the fact that the
26. fiftieth is the fact that the fifty-first is the fact that the
27. fifty-second is the fact that the fifty-third is the fact that the
28. fifty-fourth is the fact that the fifty-fifth is the fact that the
29. fifty-sixth is the fact that the fifty-seventh is the fact that the
30. fifty-eighth is the fact that the fifty-ninth is the fact that the
31. sixtieth is the fact that the sixty-first is the fact that the
32. sixty-second is the fact that the sixty-third is the fact that the
33. sixty-fourth is the fact that the sixty-fifth is the fact that the
34. sixty-sixth is the fact that the sixty-seventh is the fact that the
35. sixty-eighth is the fact that the sixty-ninth is the fact that the
36. seventieth is the fact that the seventy-first is the fact that the
37. seventy-second is the fact that the seventy-third is the fact that the
38. seventy-fourth is the fact that the seventy-fifth is the fact that the
39. seventy-sixth is the fact that the seventy-seventh is the fact that the
40. seventy-eighth is the fact that the seventy-ninth is the fact that the
41. eightieth is the fact that the eighty-first is the fact that the
42. eighty-second is the fact that the eighty-third is the fact that the
43. eighty-fourth is the fact that the eighty-fifth is the fact that the
44. eighty-sixth is the fact that the eighty-seventh is the fact that the
45. eighty-eighth is the fact that the eighty-ninth is the fact that the
46. ninetieth is the fact that the ninety-first is the fact that the
47. ninety-second is the fact that the ninety-third is the fact that the
48. ninety-fourth is the fact that the ninety-fifth is the fact that the
49. ninety-sixth is the fact that the ninety-seventh is the fact that the
50. ninety-eighth is the fact that the ninety-ninth is the fact that the
51. hundredth is the fact that the hundred-first is the fact that the
52. hundred-second is the fact that the hundred-third is the fact that the
53. hundred-fourth is the fact that the hundred-fifth is the fact that the
54. hundred-sixth is the fact that the hundred-seventh is the fact that the
55. hundred-eighth is the fact that the hundred-ninth is the fact that the
56. hundred-tenth is the fact that the hundred-eleventh is the fact that the
57. hundred-twelfth is the fact that the hundred-thirteenth is the fact that the
58. hundred-fourteenth is the fact that the hundred-fifteenth is the fact that the
59. hundred-sixteenth is the fact that the hundred-seventeenth is the fact that the
60. hundred-eighteenth is the fact that the hundred-nineteenth is the fact that the
61. hundred-twentieth is the fact that the hundred-twenty-first is the fact that the
62. hundred-twenty-second is the fact that the hundred-twenty-third is the fact that the
63. hundred-twenty-fourth is the fact that the hundred-twenty-fifth is the fact that the
64. hundred-twenty-sixth is the fact that the hundred-twenty-seventh is the fact that the
65. hundred-twenty-eighth is the fact that the hundred-twenty-ninth is the fact that the
66. hundred-thirtieth is the fact that the hundred-thirty-first is the fact that the
67. hundred-thirty-second is the fact that the hundred-thirty-third is the fact that the
68. hundred-thirty-fourth is the fact that the hundred-thirty-fifth is the fact that the
69. hundred-thirty-sixth is the fact that the hundred-thirty-seventh is the fact that the
70. hundred-thirty-eighth is the fact that the hundred-thirty-ninth is the fact that the
71. hundred-fortieth is the fact that the hundred-forty-first is the fact that the
72. hundred-forty-second is the fact that the hundred-forty-third is the fact that the
73. hundred-forty-fourth is the fact that the hundred-forty-fifth is the fact that the
74. hundred-forty-sixth is the fact that the hundred-forty-seventh is the fact that the
75. hundred-forty-eighth is the fact that the hundred-forty-ninth is the fact that the
76. hundred-fiftieth is the fact that the hundred-fifty-first is the fact that the
77. hundred-fifty-second is the fact that the hundred-fifty-third is the fact that the
78. hundred-fifty-fourth is the fact that the hundred-fifty-fifth is the fact that the
79. hundred-fifty-sixth is the fact that the hundred-fifty-seventh is the fact that the
80. hundred-fifty-eighth is the fact that the hundred-fifty-ninth is the fact that the
81. hundred-sixtieth is the fact that the hundred-sixty-first is the fact that the
82. hundred-sixty-second is the fact that the hundred-sixty-third is the fact that the
83. hundred-sixty-fourth is the fact that the hundred-sixty-fifth is the fact that the
84. hundred-sixty-sixth is the fact that the hundred-sixty-seventh is the fact that the
85. hundred-sixty-eighth is the fact that the hundred-sixty-ninth is the fact that the
86. hundred-seventieth is the fact that the hundred-seventy-first is the fact that the
87. hundred-seventy-second is the fact that the hundred-seventy-third is the fact that the
88. hundred-seventy-fourth is the fact that the hundred-seventy-fifth is the fact that the
89. hundred-seventy-sixth is the fact that the hundred-seventy-seventh is the fact that the
90. hundred-seventy-eighth is the fact that the hundred-seventy-ninth is the fact that the
91. hundred-eightieth is the fact that the hundred-eighty-first is the fact that the
92. hundred-eighty-second is the fact that the hundred-eighty-third is the fact that the
93. hundred-eighty-fourth is the fact that the hundred-eighty-fifth is the fact that the
94. hundred-eighty-sixth is the fact that the hundred-eighty-seventh is the fact that the
95. hundred-eighty-eighth is the fact that the hundred-eighty-ninth is the fact that the
96. hundred-ninetieth is the fact that the hundred-ninety-first is the fact that the
97. hundred-ninety-second is the fact that the hundred-ninety-third is the fact that the
98. hundred-ninety-fourth is the fact that the hundred-ninety-fifth is the fact that the
99. hundred-ninety-sixth is the fact that the hundred-ninety-seventh is the fact that the
100. hundred-ninety-eighth is the fact that the hundred-ninety-ninth is the fact that the
101. two hundredth is the fact that the two hundred-first is the fact that the
102. two hundred-second is the fact that the two hundred-third is the fact that the
103. two hundred-fourth is the fact that the two hundred-fifth is the fact that the
104. two hundred-sixth is the fact that the two hundred-seventh is the fact that the
105. two hundred-eighth is the fact that the two hundred-ninth is the fact that the
106. two hundred-tenth is the fact that the two hundred-eleventh is the fact that the
107. two hundred-twelfth is the fact that the two hundred-thirteenth is the fact that the
108. two hundred-fourteenth is the fact that the two hundred-fifteenth is the fact that the
109. two hundred-sixteenth is the fact that the two hundred-seventeenth is the fact that the
110. two hundred-eighteenth is the fact that the two hundred-nineteenth is the fact that the
111. two hundred-twentieth is the fact that the two hundred-twenty-first is the fact that the
112. two hundred-twenty-second is the fact that the two hundred-twenty-third is the fact that the
113. two hundred-twenty-fourth is the fact that the two hundred-twenty-fifth is the fact that the
114. two hundred-twenty-sixth is the fact that the two hundred-twenty-seventh is the fact that the
115. two hundred-twenty-eighth is the fact that the two hundred-twenty-ninth is the fact that the
116. two hundred-thirtieth is the fact that the two hundred-thirty-first is the fact that the
117. two hundred-thirty-second is the fact that the two hundred-thirty-third is the fact that the
118. two hundred-thirty-fourth is the fact that the two hundred-thirty-fifth is the fact that the
119. two hundred-thirty-sixth is the fact that the two hundred-thirty-seventh is the fact that the
120. two hundred-thirty-eighth is the fact that the two hundred-thirty-ninth is the fact that the
121. two hundred-fortieth is the fact that the two hundred-forty-first is the fact that the
122. two hundred-forty-second is the fact that the two hundred-forty-third is the fact that the
123. two hundred-forty-fourth is the fact that the two hundred-forty-fifth is the fact that the
124. two hundred-forty-sixth is the fact that the two hundred-forty-seventh is the fact that the
125. two hundred-forty-eighth is the fact that the two hundred-forty-ninth is the fact that the
126. two hundred-fiftieth is the fact that the two hundred-fifty-first is the fact that the
127. two hundred-fifty-second is the fact that the two hundred-fifty-third is the fact that the
128. two hundred-fifty-fourth is the fact that the two hundred-fifty-fifth is the fact that the
129. two hundred-fifty-sixth is the fact that the two hundred-fifty-seventh is the fact that the
130. two hundred-fifty-eighth is the fact that the two hundred-fifty-ninth is the fact that the
131. two hundred-sixtieth is the fact that the two hundred-sixty-first is the fact that the
132. two hundred-sixty-second is the fact that the two hundred-sixty-third is the fact that the
133. two hundred-sixty-fourth is the fact that the two hundred-sixty-fifth is the fact that the
134. two hundred-sixty-sixth is the fact that the two hundred-sixty-seventh is the fact that the
135. two hundred-sixty-eighth is the fact that the two hundred-sixty-ninth is the fact that the
136. two hundred-seventieth is the fact that the two hundred-seventy-first is the fact that the
137. two hundred-seventy-second is the fact that the two hundred-seventy-third is the fact that the
138. two hundred-seventy-fourth is the fact that the two hundred-seventy-fifth is the fact that the
139. two hundred-seventy-sixth is the fact that the two hundred-seventy-seventh is the fact that the
140. two hundred-seventy-eighth is the fact that the two hundred-seventy-ninth is the fact that the
141. two hundred-eightieth is the fact that the two hundred-eighty-first is the fact that the
142. two hundred-eighty-second is the fact that the two hundred-eighty-third is the fact that the
143. two hundred-eighty-fourth is the fact that the two hundred-eighty-fifth is the fact that the
144. two hundred-eighty-sixth is the fact that the two hundred-eighty-seventh is the fact that the
145. two hundred-eighty-eighth is the fact that the two hundred-eighty-ninth is the fact that the
146. two hundred-ninetieth is the fact that the two hundred-ninety-first is the fact that the
147. two hundred-ninety-second is the fact that the two hundred-ninety-third is the fact that the
148. two hundred-ninety-fourth is the fact that the two hundred-ninety-fifth is the fact that the
149. two hundred-ninety-sixth is the fact that the two hundred-ninety-seventh is the fact that the
150. two hundred-ninety-eighth is the fact that the two hundred-ninety-ninth is the fact that the
151. three hundredth is the fact that the three hundred-first is the fact that the
152. three hundred-second is the fact that the three hundred-third is the fact that the
153. three hundred-fourth is the fact that the three hundred-fifth is the fact that the
154. three hundred-sixth is the fact that the three hundred-seventh is the fact that the
155. three hundred-eighth is the fact that the three hundred-ninth is the fact that the
156. three hundred-tenth is the fact that the three hundred-eleventh is the fact that the
157. three hundred-twelfth is the fact that the three hundred-thirteenth is the fact that the
158. three hundred-fourteenth is the fact that the three hundred-fifteenth is the fact that the
159. three hundred-sixteenth is the fact that the three hundred-seventeenth is the fact that the
160. three hundred-eighteenth is the fact that the three hundred-nineteenth is the fact that the
161. three hundred-twentieth is the fact that the three hundred-twenty-first is the fact that the
162. three hundred-twenty-second is the fact that the three hundred-twenty-third is the fact that the
163. three hundred-twenty-fourth is the fact that the three hundred-twenty-fifth is the fact that the
164. three hundred-twenty-sixth is the fact that the three hundred-twenty-seventh is the fact that the
165. three hundred-twenty-eighth is the fact that the three hundred-twenty-ninth is the fact that the
166. three hundred-thirtieth is the fact that the three hundred-thirty-first is the fact that the
167. three hundred-thirty-second is the fact that the three hundred-thirty-third is the fact that the
168. three hundred-thirty-fourth is the fact that the three hundred-thirty-fifth is the fact that the
169. three hundred-thirty-sixth is the fact that the three hundred-thirty-seventh is the fact that the
170. three hundred-thirty-eighth is the fact that the three hundred-thirty-ninth is the fact that the
171. three hundred-fortieth is the fact that the three hundred-forty-first is the fact that the
172. three hundred-f

1. The first of these is the fact that the
 2. Government has not been able to
 3. maintain a consistent policy in
 4. the treatment of the Chinese
 5. population in the various
 6. provinces of the country.
 7. The second is the fact that the
 8. Government has not been able to
 9. maintain a consistent policy in
 10. the treatment of the Chinese
 11. population in the various
 12. provinces of the country.

[illegible]

1. The first step in the process is to identify the problem or issue that needs to be addressed. This involves gathering information and understanding the context of the problem.

CAPÍTULO VIII

Campeon que eligió la sultana Alfaima para que saliese á su defensa.—El clarín y la voz del pregonero.

—¡Bien has hablado, hija mía! exclamó Muley El-Mokatán, profundamente enternecido. ¡Dios lo vé todo, Dios que es la infinita misericordia, hace resplandecer siempre la inocencia perseguida, y castiga á los malvados!

Pero es necesario que no te dejes abatir por la pena, que...

—¿Abatirme yo? gritó Alfaima, interrumpiendo al anciano. No lo creas, sábio Muley.

Si yo me abatiese en esta ocasion, sería lo mismo que confesar un crimen que no he cometido, ni aun con el pensamiento.

No me abatiré, nó.

Desde este instante, ya nadie verá correr el llanto por mis mejillas, ya nadie escuchará mis suspiros de aflicción.

Soy la sultana de Granada, soy pura, y como mujer digna, y como reina, tengo precisión de alzar con serenidad mi frente.

—Necesario es también, añadió el ulema, que nombres defensores que combatan contra los que te acusan: estás sujeta al juicio de Dios.

—Ya lo presumía, dijo Alfaima sin inmutarse. Nombraré á mis defensores, ó mejor dicho á mi defensor.

—Enhorabuena, prosiguió Muley. Caballeros hay en Granada que tendrán á mucha honra el salir á tu defensa.

—¡Oh! nó! exclamó la esposa de Boabdil, con entereza, interrumpiendo por segunda vez al anciano. No escojeré mi campeón entre ninguno de esos caballeros.

—¿Qué dices, hija mía?

—Todos los que de caballeros se precian, prosiguió la sultana, se hallaban ayer noche en Generalife, en el momento en que mi esposo mandó que me condujese á este encierro.

Tendí la vista en derredor mio.

Ni una mirada compasiva en los ojos de aquellos hombres, ni una compasiva exclamación en sus labios.

Me creían culpable, y se apartaban de mí con repugnancia.

¿Cómo quieres que enristren por mí una lanza, creyéndome delincuente?...

Si les dirigiese una súplica, no la atenderían, ó bien se les vería ir al campo, sin fé, sin el generoso ardimiento que inspira una noble causa.

—Y entonces, sultana, á quién acudir?

—A los caballeros cristianos! respondió Alfai-ma, sin vacilar un solo instante. Uno hay entre ellos, que es modelo de cortesanía y de valor, y cuyo nombre vuela en alas de la más justa fama.

—¿Cuál es su nombre?

—Gonzalo de Córdova.

Las mismas leyes de caballería rigen para moros y cristianos, y Gonzalo de Córdova escuchará el lamento de una dama oprimida, villanamente calumniada.

Muley El-Mokatám inclinó la cabeza sobre el pecho, y durante algunos momentos, estuvo pensativo, y pareció reflexionar.

Después alzó la cabeza, y con reposado acento dijo:

—Apruebo tu determinacion, señora.

Ese cristiano goza de gran fama, efectivamente, no tan solo entre los suyos, sino también entre los musulmanes, pues su valor corre parejas con su hidalguía.

El vendrá á Granada, él vencerá á los mantenedores de la infame calumnia.

..

Iba á proseguir Muley, pero las notas agudas y vibrantes de un clarin que sonaba en las calles de la ciudad, se lo impidieron.

—¿Qué es eso? preguntó Alfaima.

Aun cuando los muros del encierro eran muy espesos llegó tambien hasta éste, pero apagado por la distancia, una voz confusa y plañidera.

Muley prestó atencion, y al cabo de unos breves instantes, respondió:

—Ese clarin y esa voz, son un pregon. Anuncian á los habitantes de Granada que su sultana está presa, y el próximo juicio de Dios.

—¡Cúmplase su voluntad! murmuró la esposa de Boabdil, con santa resignacion.

—¡Oh! exclamó el anciano. El corazon me anuncia que la ciudad caerá muy pronto en poder de nuestros enemigos!

En tanto que ellos perfectamente hermanados, solo se encaminan á un fin, á conquistar á Granada, nuestros guerreros no piensan más que en combatir los unos contra los otros, satisfaciendo los ódios que suscitan en sus corazones mezquinas banderías!

¡Se rendirá Granada! ¡perderemos á esta cara pátria, última é inestimable joya de la corona de Boabdil!...

CAPÍTULO IX

Carta de la reina mora.

Aquel mismo día, un moro que no llevaba sobre sí arma alguna, se acercó al campamento cristiano agitando un lienzo blanco sobre su cabeza.

Lo detuvieron antes de que pasase las trincheras, y dijo que deseaba hablar á Gonzalo de Córdoba.

Manifestaban los centinelas algun recelo, pero el moro les dijo:

—No temais, cristianos. Vengo enteramente desarmado. Podeis registrarme si dudais de mis palabras.

—¿Para qué deseas ver al noble Gonzalo de

Córdoba? preguntó el conde de Benavente, que aquel día mandaba las avanzadas.

—Soy mensajero de la sultana Alfaima, respondió el granadino, y traigo para él letras de mi señora.

—¿Es cierto que la sultana está prisionera y acusada de adúltera?

—¡Cierto es! afirmó el moro suspirando, y moviendo tristemente de alto á bajo la cabeza. ¡Alá permitió que la lengua de un perverso la acusase, pero no permitirá que el inicuo triunfe!...

*
**

Avisaron á Gonzalo de Córdoba, el cual acudió presuroso á las trincheras.

—El Poderoso Dios Grande y Unico, le dijo el moro inclinándose ante él profundamente, te proteja y ensalce.

—Y á tí tambien, añadió el valiente caudillo.

Metió el mensajero la mano derecha bajo su blanco alquicel, y de sobre su pecho sacó un pergamino rollado, y sujeto con un cordoneito de seda verde.

Despues de besar el pergamino, se lo entregó á Gonzalo de Córdoba, diciéndole:

—La sultana de Granada me envia á tí con este pergamino. Dígnate de enterarte de su contenido, y dame su contestacion, que es esperada con la mayor ansiedad.

Gonzalo de Córdova leyó la misiva, que estaba concebida en estos términos:

«Noble cristiano: una dama cautiva, inocente
»á pesar de estar acusada de haber cometido un
»crimen que infama, acude á tí en su cuita.

»A tu denodado valor, á tu caballerosidad
»nunca desmentida, confía la justicia de su causa; rogando á Alá que prolongue tus dias.

»Con preferencia á los nobles de mi pátria, á
»mis hermanos en religion, te encomiendo mi
»defensa.

»Sé mi amparo, quiebra por mí una lanza, y
»haz que brille la inocencia de esta pobre reina,
»hoy triste y abatida: el cielo estará de tu parte.

»¡Las manchas que cubren este pergamino,
»son lágrimas que saltan de mis ojos! ¡Mi alma
»está apesarada, y mi lábio suspira, pues para
»esta infeliz mujer ya no hay ventura posible!

»Perdona noble Gonzalo mis palabras de
»amargura!...

»Mañana al salir el sol, saldré de mi prision,
»para ser expuesta sobre un cadálsó á la indifere-
»rente curiosidad del pueblo granadino. El ver-
»dugo atizará la hoguera ó afilará el hacha que
»ha de poner fin á mis dias, si mis enemigos
»triunfan. Los que de adúltera me acusan, com-
»batirán en tanto que haya un solo defensor de
»esta desdichada, y hasta que se oculte el astro
»del dia.

»Entonces, si la torpe calumnia ha vencido,
»Alfaima morirá.

»Pero confío en Dios y en la fuerza de tu
»brazo, que harás morder la tierra á los que de-
»sean mi muerte.

»¡Acepta, generoso cristiano, acepta la mi-
»sion de defender á la cautiva sultana.

»Si mi desdichada suerte hace que rechaces
»mi súplica, entonces no sé á quién volver los
»ojos; entonces puedo ya contarme por muerta.

»Moriria contenta en esta ocasion, si mi nom-
»bre no quedase cubierto con la mancha de la
»deshonra.

»Adios, defensor mio, (te llamo mi defensor,
»porque no dudo que acogerás mi demanda),
»Guárdete el cielo, al que no cesa de rogar por
»tu bien,

ALFAIMA

Sultana de Granada.»

—¡Sí que iré! exclamó impetuosamente Gon-
zalo de Córdoba, despues que hubo leído la car-
ta de la reina mora.

—¿De qué se trata, si es que yo puedo saber-
lo? preguntó el conde de Benavente.

—Leed, amigo mio! respondió Gonzalo, entre-
gándole el pergamino.

Leyólo el conde, y despues devolviéndoselo
al *Gran Capitan*, le dijo, no sin cierto gé-
nero de envidia que en vano trataba de re-
primir:

—¡Suerte teneis, valeroso Gonzalo!

¡Yo daría la mitad de mi vida, porque la sultana se hubiese dirigido á mí!

Pero vos valeis más, infinitamente más que yo (añadió sofocando el ruin sentimiento que á pesar suyo empezaba á apoderarse de su corazón, y cediendo únicamente á los generosos impulsos de la noble sangre que circulaba por sus venas.) Recibid mi parabien, caballero.

Gonzalo de Córdoba estrechó la mano que le tendia el conde, y corrió á solicitar permiso de los Reyes Católicos para declararse campeón de la sultana.

Concediéronle el permiso que pedia, Fernando é Isabel.

El primero le dió igualmente el parabien, y la segunda le dijo con el entusiasmo y amabilidad que la distinguian, y que le valió tantos y tantos admiradores:

—Me siento orgullosa, buen Gonzalo, al ver en derredor del trono de España caballeros de tal valía.

¡Vé á Granada, prosiguió con acento ligeramente conmovido, y ampara á esa pobre reina!



Besó Gonzalo de Córdoba la diestra de sus monarcas, por la merced que le hacian, y vol-

viendo á las trincheras, le dijo al mensajero de Alfaima:

—Dile á tu señora, que cuando sea el momento oportuno, me verá en el palenque armado de punta en blanco, dispuesto á derramar por ella hasta la última gota de sangre.

Dile tambien, excelente servidor, que agradezco con toda mi alma la honra que me hace, y que procuraré no dejar desmentidas las esperanzas que en mí ha depositado.

Con el favor de Dios venceré á sus enemigos.

Despues de pronunciar estas palabras le ofreció al moro un puñado de monedas; pero el mensajero de Alfaima las rechazó sin orgullo, pero con dignidad.

Gonzalo de Córdova entonces sacó del dedo índice de su mano izquierda un grueso anillo de oro, en el cual se veian toscamente grabadas las armas de su casa, y presentándoselo, le preguntó:

—¿Supongo que no rechazarás mi anillo de caballero?

—Nó, respondió gravemente el moro, recibiendo el presente y poniéndoselo en uno de los dedos. Con este anillo me enterrarán, y él me recordará á cada instante que he tenido el alto honor de hablar con uno de los más nobles y valerosos capitanes de nuestro siglo.

Dicho esto hizo una profunda zalema ó salu-

do, y montando en un arrogante corcel de batalla, en el cual habia llegado hasta el campamento cristiano, se dirigió á Granada á todo escape.

*
* *

Gonzalo de Córdoba empezó á hacer sus preparativos.

La alegría animaba sus nobles y regulares facciones, y su corazon valeroso y esforzado latia de entusiasmo.

Todos le daban la enhorabuena, todos á porfia se apresuraban á felicitarle, pues todos sabian ya que era el caballero que habia elegido la sultana de Granada para que combatiere por ella al siguiente dia en la ciudad morisca.

A nadie se le ocurrió pensar que el Gran Capitán podia correr el peligro de caer prisionero.

En aquel siglo caballeresco, la traicion no era tan comun como en otras épocas ménos notables.

do, y pasando en un momento por el lado
de la casa, en el cual había estado el congre-
so, se dirigieron a la izquierda y a la derecha.

El congreso se reunió en el salón de la casa
de la izquierda, y se abrió a las diez y cinco.

El congreso se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.

La sesión se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.

La sesión se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.

También se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.
La sesión se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.
La sesión se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.

A las diez y cinco se abrió la sesión, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.
La sesión se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.

La sesión se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.

La sesión se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.
La sesión se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.
La sesión se abrió a las diez y cinco, y se
reunió en el salón de la casa de la izquierda.

CAPITULO X

El Juicio de Dios.

Amaneció.

Mucho antes de salir el sol, una de las plazas de más capacidad de la poética Granada se veía llena de inmenso gentío que esperaba silencioso un notable acontecimiento.

La plaza se había preparado convenientemente, lo mismo que si en ella fuese á tener lugar una justa ó torneo.

Alta empalizada; lugares preferentes destinados para el sultan y su córte; un balcon en el que debían tomar asiento los jueces del campo, y cómodas y extensas graderías para el pueblo.

En la empalizada, y frente la una de la otra,

se abrían dos puertas bastante anchas para dar paso á un hombre armado y á caballo.

A una de aquellas entradas se le habia dado el nombre de puerta de Granada, y la otra se llamaba puerta de la Vega.

Enfrente del sitio que debia ocupar el sultan, se veia un tablado al cual se subia por cinco gradas estrechas.

Gradas y tablado aparecian cubiertas de negros paños, haciendo extraño contraste con el resto de la plaza, engalanada con ricos tapices y colgaduras de seda damasquina.

Al pié del tablado habia un tajo.

Un hombre estaba sentado en él, apoyando ambas manos en el mango de una hacha de afilado corte.

Cerca de la puerta de Granada habia dos tiendas de campaña, y otras dos próximas á la puerta de la Vega.

Las tiendas eran de tela blanca, y estaban adornadas con flámulas y gallardetes.

.*.*

El pueblo no se atrevia á demostrar su impaciencia con gritos y alegres demostraciones lo mismo que en los dias en que se lidiaban toros ó tenia lugar un torneo.

Todos hablaban en voz baja, todos los sem-

blantes estaban cubiertos con una sombría nube de tristeza.

La sultana Alfaima era muy querida en Granada, y aquel ídolo del pueblo iba á verse sujeto á un juicio tremendo, al juicio de Dios.

Podia salir libre de él, pero tambien podia acontecer que quedasen vencidos sus defensores, y entonces allí estaba el verdugo para segar su hermoso cuello.

Creia el pueblo granadino que su reina era adúltera, pero adúltera y todo la amaba todavía.

Por eso estaba triste, acongojado; por eso de aquel numeroso gentío solo se elevaba un confuso murmullo, resultado de las conversaciones sostenidas en voz baja.

*
* *

Se oyó el agudo son de un clarín, y por la puerta de Granada entró Alfaima, cubierta de piés á cabeza con un espeso velo de ceniciento color.

Caminaba sin arrogancia, pero tambien sin abatimiento, como toda persona á quien no intimida el peso de la culpa ni de los remordimientos.

Muley El-Mokatám iba al lado suyo, y á sus espaldas, y armados como para entrar en batalla, la seguian seis caballeros abencerrajes.

El anciano ulema estaba triste, sombríos los

abencerrajes, y ansiosos de medir sus armas con los acusadores de la sultana.

Esta subió al tablado, y se sentó en unos almohadones, que un paje habia colocado pocos momentos antes.

Sentada ya Alfaima, subieron al balcon los jueces del campo, que eran tres ancianos caballeros; perteneciente el uno á la tribu de los venegas, el otro á la de los alaveses, y el tercero á la de los abencerrajes.

Por último: Boabdil el Chico, su madre Zoraya, y los mas altos dignatarios y las damas de la corte, ocuparon sus respectivos asientos al son de los añafles, tambores, trompetas y chirimias, que sonaban al pié del estrado real.

El pueblo en masa se levantó, saludando al sultan, no con ruidosas aclamaciones, sino inclinandose ante él.

Tambien lo saludó Alfaima, levantándose á medias, y cruzando las manos sobre el pecho.

Contestó Boabdil al saludo del pueblo, pero no hizo caso alguno, ó aparentó no ver, la reverencia que le habia hecho la sultana.

*
* *

A una señal del monarca moro sonaron de nuevo las trompetas y añafles, y de las tiendas de los mantenedores salieron Bulcami El-Meléc y los cinco caballeros venegas, y montaron en

los caballos que les tenían preparados sus escuderos.

Sus adversarios, los abencerrajes que habían acompañado á Alfaima, no se hicieron esperar, y montaron también colocándose los unos en frente de los otros, dispuestos á acometerse tan luego como los jueces del campo hiciesen la señal.

Bulcami El-Meléc cubría su cuerpo con una brillante armadura de Damasco, sobre la cual llevaba una marlota de seda encarnada, recamada de oro y plata. Encarnado era también el color de su turbante, y el pendoncillo de su lanza.

El rostro de aquel hombre estaba tranquilo.

Su alma malvada no experimentaba la menor inquietud, y parecía estar seguro de la victoria.

Ricas, fuertes y brillantes, eran también las armaduras de los abencerrajes y venegas.

Cada uno de aquellos dos bandos ostentaba los colores de la tribu á que pertenecía, lo mismo en las marlotas que en los pendoncillos de sus lanzas y paramentos de sus caballos.

Dada la señal, unos y otros clavaron los acicates á sus respectivos caballos, y se embistieron lanza en ristre y á todo escape.

Del primer encuentro quedaron tendidos en tierra dos abencerrajes y otros tantos venegas.

Bulcami El-Meléc no había derribado á su

contrario; pero éste pocos momentos despues, no pudiendo resistir el tremendo bote de lanza que el zegrí le habia asestado en mitad del pecho, se dejó caer del caballo arrojando torrentes de sangre por la boca.

Sobre la arena se veian algunos pedazos de armadura, girones de marlotas y pendoncillos de seda.

Como no eran ya las fuerzas iguales, uno de los mantenedores se retiró á su tienda, y los otros dos y Bulcami tomaron de nuevo campo y se prepararon para una segunda embestida.

Esta tambien fué terrible.

Un abencerraje y un venega perdieron los estribos, y cayeron pesadamente en tierra.

El abencerraje estaba herido en un brazo, del cual la lanza de su enemigo habia desmantelado la armadura, y el venega, moribundo y próximo á exhalar el último aliento.

Retiraron á los dos heridos.

Bulcami se apeó rápidamente de su caballo y su contrario hizo lo mismo.

Los otros dos combatientes los imitaron, y todos cuatro, despues de desenvainar sus cimitarras, se acometieron con rudo furor.

El ánimo de los espectadores estaba suspenso.

Los golpes redoblados que sonaban sobre los escudos y armaduras, hacian latir de dolor el co-

razon de Alfaima, que habia visto caer uno á uno á casi todos los partidarios de su causa que hasta entonces se habian presentado en la arena.

De aquellos partidarios pronto no le restó más que uno; el que combatia con Bulcami El-Meléc.

Tanto éste como su adversario eran bravos y pujantes, y nadie podia adivinar de parte de quién quedaria la victoria.

Centelleante la mirada, animado el rostro y fatigosa la respiracion; pero sin cejar ninguno de los dos, multiplicaban sus golpes procurando herirse de muerte.

Era el zegrí un terrible adversario, y lo mismo en las guerras civiles que habian cubierto de luto á Granada, que en los combates contra cristianos, habia adquirido la reputacion de hombre invencible.

El abencerraje conoció muy pronto la pujanza de su brazo, recibiendo un golpe tremendo sobre el casco, que despues de dividir este cual si fuera un objeto de poca resistencia, hizo penetrar el acero en su cráneo.

Dejó caer el abencerraje la espada y el escudo y se tambaleó lo mismo que si estuviera embriagado.

La sangre le corria en abundancia por el rostro, despues de empapar la tela de su turbante.

No pudiendo sostenerse en pié por más tiempo, lanzó un gemido profundo y doloroso que halló eco en el pecho de Alfaima, y cayó en tierra con la misma pesadez con que cae el tronco herido por el hacha del leñador.

Sordo murmullo circuló entre la muchedumbre.

Aquel murmullo podia tomarse por una aclamacion, por una especie de aplauso dado á Bulcami El-Meléc, y éste despues de saludar al sultan, con su cortante cimitarra, saludó tambien al pueblo.

El agonizante abencerraje fué retirado á su tienda, en la cual espiró á los pocos instantes.

Bulcami tambien se retiró para tomar aliento, á fin de continuar peleando con los contrarios que sucesivamente fuesen presentándose.

CAPITULO XI

Triunfo de una causa justa.

Mucho tiempo trascurrió sin que se presentasen en la plaza nuevos campeones de la sultana.

Por fin, poco despues del medio dia, tres caballeros abencerrajes entraron á caballo por la puerta de la Vega, y fueron á herir con el cuento de las lanzas los escudos de los mantenedores, que estaban colocados á la entrada de las tiendas.

Uno de los jueces del campo bajó á la plaza, y *partió el sol*, á fin de que los rayos del astro del dia, que inundaban á Granada con sus luces

brillantes, no molestasen á los combatientes, á los unos más que á los otros.

Tampoco entonces fué vencido Bulcami.

En cambio sus compañeros rodaron por tierra, y de los tres abencerrajes, el uno quedó muerto en el acto y los otros dos tuvieron que confesarse vencidos despues de romper lanzas con el zegrí, que, como Aquiles, parecia invulnerable.

Alfaima se hallaba cada vez más apurada; no por temor á la muerte, ya lo hemos dicho, sino porque su nombre iba á quedar deshonorado.

Mas ¿por qué no acudia á Granada Gonzalo de Córdova, el valiente entre los valientes, el caballero sin tacha?...

Habia dado su palabra de que iria á combatir con los mantenedores, y solo un acontecimiento imprevisto podia impedir que faltase á su promesa.

Boabdil habia dado órden para que se le facilitase la entrada en la ciudad, lo mismo á él que á todas las personas que le acompañasen.

El pueblo sabia ya que la sultana habia nombrado por defensor suyo al caballero cristiano, deseaba que éste se presentase en la escena; en primer lugar, por la novedad del caso, y en segundo, porque esperaba que venciese á Bulcami, al que tantos caballeros y tan esforzados no habian conseguido hacer morder la tierra.

Respecto al zegrí, no sentia pesar alguno al observar que Gonzalo de Córdoba no acudia á la cita.

Con satisfaccion interior, pero disimulando perfectamente sus sentimientos, veia que la tarde iba pasando, y que el sol empezaba á caminar lentamente hácia su ocaso.

La inmensa reputacion que el *Gran Capitan* tenia entre los moros, y sus recientes hazañas, le hacian alegrarse con toda su alma de no tener que combatir con él.

—¡Oh! ¡no vendrá! murmuraba á cada instante, sonriéndose con disimulo. ¡Yo sé muy bien que no vendrá!...

Empero su alegría fué de corta duracion.

Los clarines de la puerta de la Vega anunciaron la llegada de un caballero, y Gonzalo de Córdoba, armado de todas armas, y montando un arrogante bridon de batalla, entró en la plaza.

El Gran Capitan obligó á su caballo que se arrodillase delante de la sultana, y ésta contestó á aquella esquisita galantería agitando su blanco pañuelo, que habia empapado con sus lágrimas, al ver la derrota de los que hasta entonces habian salido á su defensa.

Gonzalo de Córdoba dió la vuelta al círculo que formaba la empalizada, y al pasar por frente al estrado del rey, saludó á éste inclinándose hasta el suelo la punta de su lanzon.

Despues atravesó á rienda suelta la plaza, y acercándose á la tienda ocupada por Bulcami El-Meléc, dió en su escudo tan recio golpe con el cuento de la lanza, que el escudo cayó en tierra con estruendo.

Feroz como el tigre á quien el temerario cazador va á provocar á la misma entrada del cubil; rugiente como un leon furioso, salió el zegrí de su tienda, y sin dar tiempo á que su escudero le tuviera el estribo, montó á caballo de un solo salto.

Despues empuñó la lanza, embrazó el escudo, y rechinando los dientes con desmedido furor, exclamó:

—¡Prevente, cristiano!

¡Te voy á arrancar la vida!

Gonzalo de Córdova se encogió levemente de hombros, y sin pronunciar una palabra sola, fué á situarse en frente del enemigo con quien iba á combatir.

Ambos habian tomado el necesario campo para lanzarse el uno contra el otro á todo el correr de sus corceles, y al escuchar la señal del clarin arrancaron con la mayor bravura.

El choque fué espantoso y fatal para Bulcami.

Herido en mitad del pecho el infame moro, y no pudiendo sostenerse sobre los estribos, soltó lanza y escudo y cayó de espaldas.

Gonzalo de Córdoba también arrojó su lanza, y apeándose del caballo, desenvainó su espada.

Luego apoyó ligeramente la punta del acero en la garganta del vencido, pero éste le dijo:

—Deseo hablar; espera.

—Desea hablar, gritó Gonzalo en alta voz, que se oyó perfectamente en la anchurosa plaza, dirigiéndose á los jueces del campo.

Estos desaparecieron del balcon y se encaminaron al lado del herido.

Al verlos éste cerca de sí, exclamó con voz que empezaba á debilitarse por momentos:

—¡La sultana es inocente del crimen de adulterio!...

¡Conozco que voy á morir, y no quiero comparecer ante el tribunal de Alá con el alma manchada!

¡Rogad en mi nombre á la sultana que me perdone!...

¡Ella me perdonará, sí, porque el rencor no puede tener cabida en su alma, y porque la voz de un moribundo se lo ruega!

¡En este momento se extingue el odio en mi alma! ¡Decid también á los abencerrajes que se guarden de la traición! ¡Existe una trama!...

¡Oh!, no puedo proseguir!...

¡Yo muero!...

Estas fueron sus últimas palabras.

Hizo aún algunos esfuerzos para hablar; pero su garganta sólo dió salida á sonidos inarticulados, á frases roncadas é ininteligibles.

Después espiró, arrojando por la boca grandes oleadas de sangre.

*
**

Los jueces del campo se dirigieron á las gradas que ocupaba el sultán, y en su presencia repitieron con voz alegre y conmovida las palabras de Bulcami El-Meléc.

Al mismo tiempo Gonzalo de Córdoba arrojándose ante Alfaima, decía:

—¡Señora! El infame á quien con la ayuda de Dios acabo de vencer, ha declarado que sois inocente.

Aprovecho esta ocasión para daros las gracias por la merced que me habeis hecho, nombrándome vuestro defensor.

He tardado en acudir al palenque porque la traición me esperaba en el camino que media entre el real de Santa Fé y la ciudad de Granada.

Había gran interés en que no llegase á esta plaza, y al atravesar una espesa arboleda, mi escudero y yo nos vimos cercados por un número considerable de moros que nos ordenaron que inmediatamente volviésemos al campamento.

No quisimos obedecer, y entonces nos acometieron ciegos de furor, y todos á la vez.

Mi pobre escudero queda tendido en el campo, y sin vida.

Yo he salido ileso, y gracias al cielo, he podido llegar hasta aquí para enristrar por vos mi lanza.

*
**

La sultana lloraba de gozo, y no permitiéndole su emocion pronunciar palabra alguna, demostró su agradecimiento á Gonzalo de Córdoba, tendiéndole una de sus blancas y torneadas manos.

El Gran Capitan aplicó sus lábios á aquella mano, y despues bajó á la plaza.

Dos escuderos moros cuidaban de su caballo.

Montó en él, y el pueblo que ya se habia enterado de la declaracion de Bulcami, prorrumpió entonces en ruidosos aplausos y en vítores atro-
nadores.

—¡Viva la sultana Alfaima!

—¡Viva el valiente cristiano!

Gritaban infinidad de voces á la vez.

Inmediatamente se vió rodeado Gonzalo de Córdoba por un sinnúmero de caballeros, entre los cuales figuraban los más nobles abencerrajes y alaveses.

Al anunciar que iba á partir de Granada,

quisieron darle una especie de escolta de honor, acompañándolo hasta el mismo campamento.

Gonzalo de Córdoba se resistía tenazmente á ello, porque su natural modestia le impedía aceptar tan marcada distincion.

Pero los moros se mantuvieron firmes, y el valeroso capitan salió de Granada acompañado de una escolta de caballeros, lo mismo que si fuera un rey.

Rey podia llamarse sin embargo; rey del valor y de la hidalguia.



La noche presentaba ya su estrellado manto, en el cual centelleaban millares de estrellas.

Las suspirantes áuras movian mansamente las ramas de las palmeras, limoneros y naranjos, que crecian lozanos en los encantadores *cármenes*, y multitud de riachuelos, que iban á unirse con el caudaloso Darro y con el Genil, cruzaban con son argentino la encantadora vega; verdadero paraíso, lugar de delicias, por el cual aún suspiran en la actualidad los descendientes de aquellos caballeros granadinos tan versados en ciencias, como valerosos en el campo de batalla.

Caminaba Gonzalo de Córdoba abismado en sus ocultos pensamientos, y los moros, respetando su silencio, guardaban silencio también.

Poco antes de llegar á Santa Fé, el conde de Benavente, el duque de Alba, el del Infantado, el condestable de Castilla y D. Alonso de Aguilar, salieron al encuentro del Gran Capitan.

Moros y cristianos se saludaron, si no con cariño, á lo ménos sin encono, y como enemigos que se aprecian recíprocamente.

Los moros, despues de cambiar algunas ceremoniosas frases con los caballeros de los Reyes Católicos, se despidieron de ellos, y aplicando los acicates á sus caballos, dieron la vuelta á Granada.

*
* *

Gonzalo de Córdoba entró en Santa Fé inundada el alma de esa dulce alegría, de ese legítimo y noble orgullo que experimentan los héroes, y fué á besar la mano de sus Reyes, que le colmaron de merecidas alabanzas.

CAPÍTULO XII

Determinacion de la sultana Alfaima.—El patio de los Leones.

No quiso Alfaima, á pesar de los ruegos de Boabdil, permanecer en Granada, y se acogió al amparo de la piadosa reina Isabel, que le ofrecia franca y cordial hospitalidad.

Su esposo habia dudado de su virtud hasta el extremo de sujetarla al mal llamado Juicio de Dios, y sin Gonzalo de Córdoba hubiera perecido irremisiblemente á manos del verdugo.

El corazon de Alfaima estaba herido de muerte.

Amaba con exceso al hombre con quien habia compartido el trono de Granada, al hombre

CAPÍTULO XII

Determinacion de la sultana Alfaima.—El patio de los Leones.

No quiso Alfaima, á pesar de los ruegos de Boabdil, permanecer en Granada, y se acogió al amparo de la piadosa reina Isabel, que le ofrecia franca y cordial hospitalidad.

Su esposo habia dudado de su virtud hasta el extremo de sujetarla al mal llamado Juicio de Dios, y sin Gonzalo de Córdoba hubiera perecido irremisiblemente á manos del verdugo.

El corazon de Alfaima estaba herido de muerte.

Amaba con exceso al hombre con quien habia compartido el trono de Granada, al hombre

del cual, las leyes la desligaban desde el momento en que aquel hombre la habia entregado al formidable *juicio*, y no queria, sabiendo lo débil y crédulo que era Boabdil, que una nueva calumnia la expusiese otra vez á tan temido trance.

Todo se lo hubiera perdonado al monarca de Granada, si éste hubiese sentido hácia ella una pasion igual á la que experimentaba; pero Boabdil no le habia amado nunca; nunca su corazon le habia pertenecido.

A pesar de su amor sin límites, la venda habia caido de sus ojos hacia ya mucho tiempo.

Además, la sultana madre aprobaba su determinacion, y al saber que queria marchar al lado de la reina Isabel, habia dicho con alegre acento:

—Es lo mejor que puede hacer.

En el momento en que Alfaima se desterraba voluntariamente de Granada, dicen las crónicas que exclamó llenos de lágrimas los ojos:

—¡Nadie se acordará ya de mí en esta ingrata ciudad, en donde tanto he amado, en donde tanto he sufrido!...

.
Aquella pobre reina, instruida en los misterios de nuestra Santa religion por el cardenal Francisco Jimenez de Cisneros, fué bautizada con el nombre de María, siendo sus padrinos los Reyes Católicos.

Jamás pudo olvidar enteramente á Boabdil, y al cabo fué á ocultar la afliccion de su alma en las soledades de un cláustro.

*
**

La advertencia que al morir habia hecho Bulcami El-Meléc, no era una advertencia vana.

Los encarnizados enemigos de aquellos valerosos mahometanos, trabajaban sin descanso para perderlos.

Hiciéronle creer á Boabdil que conspiraban para derribarlo de su trono, entregando á los cristianos la ciudad, y aquel débil y crédulo monarca señaló los últimos tiempos de su reinado con un acto de injustificada barbarie.

Aben-Hamét habia sido puesto en libertad, y una mañana, lo mismo que todos los demás abencerrajes, recibió un recado de parte del rey para que se presentase inmediatamente en la Alhambra.

El jóven se apresuró á obedecer el real mandato.

Al llegar al alcázar vió que los patios estaban llenos de fuerza armada, y que los gomeles y zegries discurrían de un lado á otro con extraña agitacion.

Quiso pasar á los aposentos del sultan; pero

Meruan Ben-Zumel, jefe de la guardia negra, le rogó que tuviese la bondad de esperar algunos momentos.

Aben Hamét se acercó á un caballero anciano perteneciente á su tribu, que como él esperaba tambien, y le manifestó su extrañeza por aquella detencion.

—No puedo explicarme la causa de ello, dijo el anciano. Yo tambien he sido detenido en el momento en que iba á ponerme á las órdenes del sultan.

Los nuestros van entrando uno á uno y no vuelven á salir.

¡Quiera Alá que tanto misterio no encierre alguna traicion!

—¿Traicion el sultan, á quien Dios ensalce?

—El sultan es bueno, prosiguió el anciano bajando la voz; pero adolece de un gran defecto; es débil, se deja dominar por gentes que adulan sus pasiones, y siempre será el juguete de ambiciosos favoritos.

No deberia regir los destinos del pueblo granadino.

El jefe de la guardia negra que se acercó á ambos abencerrajes, puso término á su diálogo.

Iba á decir al anciano que el sultan le estaba esperando.

Suspiró el viejo involuntaria y tristemente cual si adivinase el desdichado fin que le estaba

destinado, y se despidió de Aben-Hamét con una penetrante y larga mirada.

Momentos despues el jóven tambien obtuvo permiso para entrar.

Atravesó largos corredores, salones magníficamente decorados segun el gusto oriental, y en unos y otros vió numerosos guardias del sultan que armados y silenciosos, se paseaban gravemente.

Para llegar hasta los aposentos de Boabdil, tenia que atravesar el patio llamado de los Leones, y con segura planta, y con esa ciega confianza propia de la juventud, penetró en ese magnífico patio que es una de las infinitas maravillas de la Alhambra.

De sus lábios se escapó un grito de horror.

El espectáculo que acababa de ofrecerse á sus ojos, era sangriento.

Multitud de cabezas amontonadas unas sobre otras, é infinidad de cuerpos ya sin vida, se veian cerca de la fuente sostenida por leones de mármol, que dá nombre al célebre patio.

Delgados hilos de sangre, tibia aún, corrian por las losas. Parte de aquella sangre iba á mezclarse con las aguas del estanque, que hay en torno de la fuente.

Las lívidas cabezas eran todas de abencerajes.

Entre ellas reconoció Aben-Hamét la del anciano de quien acababa de separarse.

Antes de que tuviese tiempo de salir de su estupefaccion, rudas manos lo agarraron fuertemente por ambos brazos.

Hizo una desesperada resistencia, pero aquellas manos que parecian tenazas, en lugar de ceder lo llevaron arrastrando hasta cerca de un tajo ensangrentado que se veia próximo á las apiladas cabezas.

—¡Traicion infame! gritó el jóven caballero.

—¡Por traidor, vas á morir! exclamó roncamente una voz.

Le obligaron á que inclinase el cuello sobre el tajo. Hizo alguna resistencia aún, pero al fin se vió obligado á ceder á la fuerza brutal de seis hombres, que lo sujetaban con manos hercúleas.

Un golpe de hacha separó su cabeza del tronco.

Este cayó al lado del tajo, hizo algunos convulsivos estremecimientos, y por último quedó sin movimiento y sin vida, en tanto que la cabeza iba á aumentar el número de las que formaban la horrible pila.

*
* *

A pesar del misterio de que se rodeó aquel acto de feroz barbárie, por más que se tomaron

infinitas precauciones para que no se trasluciesen fuera de la Alhambra tan sangrientas ejecuciones, un abencerraje que se dirigia á aquel lugar de muerte, tuvo noticias por un pajecillo que era algo pariente suyo, de lo que estaba sucediendo en el patio de los Leones.

Lleno de horror y de indignacion, se situó en las cercanías de la Alhambra, y á todos los caballeros de su tribu que iban llegando, les enteró del sangriento suceso.

Creemos innecesario decir que ningúnó entró en el palacio del sultan.

Eran generalmente apreciados los abencerrajes en Granada por las nobles prendas que adornaban á casi todos los individuos de su raza, y á las sordas murmuraciones contra Boabdil *el Zagoibe*, sucedió el tumulto, que fué tomando cuerpo hasta parar en una insurreccion formidable.

Los pocos abencerrajes que habian quedado con vida no quisieron tomar parte en ella, para que no se dijese nunca que habian hecho armas contra su legítimo monarca.

Aquel mismo dia salieron de Granada, los unos para dirigirse á Africa, y los otros para buscar amparo y proteccion en el Real de Santa Fé, á la sombra de los Reyes Católicos.

*
**

No están conformes los autores en el número

de abencerrajes sacrificados en la espantosa hecatombe, pero lo que sí aseguran todos es que perecieron gran número de ellos en el fúnebre cuanto hermosísimo patio de los Leones.

En aquel patio, sobre las losas de mármol que componen su pavimento, se ven grandes manchas de oscuro color.

Todos están conformes en asegurar que aquellas manchas son manchas de sangre: la sangre de los abencerrajes.

CAPITULO XIII

¡Adios! ¡adios para siempre!...

La matanza horrible de los abencerrajes, que más bien que una justicia, tuvo el sello de la más fría é inícuca traicion, le enajenó á Boabdil el poco amor que le profesaban sus vasallos.

De desacierto en desacierto, de desventura en desventura, el último monarca africano de Granada corria á su inevitable ruina.

Sofocada casi al nacer, la naciente rebelion, la ciudad quedó entregada á los zegríes, que persiguieron encarnizadamente á todos los que habian hecho público alarde de sentir simpatías hácia los abencerrajes.

Trascurrió algun tiempo más, y los granadinos, acosados por el hambre, se vieron precisados á rendirse.

Mahoma, á quien invocaban no solamente en las mezquitas, sino tambien con desesperados gritos en calles y plazas, no se apresuraba á librarles de los horrores de la muerte.

Las condiciones bajo las cuales se rindieron confiados en la buena fé de los Reyes Católicos, eran que estos se obligarían á respetar las vidas, haciendas, culto, leyes, ritos y escuelas de los moros; á no alterar sus costumbres; á no imponerles tributo alguno durante tres años, terminados los cuales, tampoco se les gravaría con más que con los señalados por la ley musulmana, y á respetar otras condiciones de menos importancia.

*
**

El dia 2 de Enero de 1492, se notaba gran animacion en el campamento cristiano.

Todos esperaban con la mayor impaciencia oir tres cañonazos, que, disparados en las torres de la Alhambra, eran la señal convenida para que se pusiesen en movimiento las bravas huestes españolas.

Al fin la anhelada señal sonó, y las legiones de guerreros marcharon á coronar la gloriosa obra comenzada en Covadonga por el inmortal

D. Pelayo, tomando posesion de la rendida Granada.

Cuatro dias despues, Fernando é Isabel, hicieron su entrada solemne en medio del pavoroso silencio de los moros, y de los vivas entusiasmadas de las huestes cristianas.

Así terminó el imperio musulman en España.

El Dios de las batallas habia recompensado por fin á sus hijos, por los homéricos esfuerzos, fatigas y quebrantos que durante setecientos ochenta años habian pesado sobre ellos.

Acompañados los reyes por toda su corte de damas y caballeros, entraron en Granada por la puerta llamada del Genil.

El sultan, seguido de cincuenta de sus principales caballeros, salió á recibir á los vencedores.

En el momento de acercarse á ellos, se apeó del caballo en donde iba montado, y quiso besar las manos de los monarcas de Castilla; pero estos no lo consintieron.

Sin embargo, como insistiese, el rey Fernando se vió obligado á permitirle que besase sus vestidos.

Despues le entregó las llaves de la ciudad, las cuales, el rey de Castilla y de Leon puso en manos del conde de Tendilla.

Don Gutierre de Cárdenas y el cardenal Mendoza, subieron á la Alhambra, y el segundo

enarboló en la torre de Comares el estandarte de la cruz, en medio de las salvas de artillería y de los delirantes gritos de entusiasmo de los soldados cristianos.

Todo el ejército, incluso los monarcas y la corte, se arrodillaron, en tanto que las músicas guerreras celebraban con alegres sonidos tan fausto acontecimiento.

Las calles de Granada estaban desiertas.

En ellas no se veía un solo moro.

Los vencidos se hallaban encerrados en sus casas, llorando en ellas amargamente la pérdida de su querida ciudad.

Estaban inconsolables, y no podían acostumbrarse á aquella pérdida cruel, aún cuando tenían gran fé en la humanidad de los conquistadores.

Entre tanto, Boabdil *el Chico*, Boabdil *el Zagoibi*, se alejaba de Granada, la vista inclinada al suelo y preñados de lágrimas los ojos.

Su madre, la sultana Zoraya, mujer de duras entrañas, caminaba á su lado, mirándole de soslayo, y sonriéndose con desprecio.

La cólera, la desesperacion, devoraban el pecho de la sultana; y al llegar á la cima del monte Padul, desde el cual se disfruta de la vista deliciosa de Granada, aquella cólera estalló.

Las mal contenidas lágrimas de Boabdil, empezaban á correr entonces en gran abundancia.

Zoraya, más bien que tierna madre, enemiga cruel, exclamó roncamente, señalando á la encantadora ciudad que abandonaba para siempre:

—¡Llora, llora como mujer, ya que no has sabido defenderla como hombre!...

Palabras crueles que nos conservó la historia; palabras que revelaban el empedernido corazón de aquella mujer, que martirizaba el pecho de su hijo, en vez de apresurarse á enjugar el llanto que bañaba su rostro.

Boabdil no replicó á las palabras de su madre, y contemplando á Granada á través de sus lágrimas, exclamó con una voz entrecortada por profundos sollozos:

—¡Adios, adios para siempre!...

.

CAPÍTULO XIV

**Triste fin del sultan Boabdil.—Romance morisco.—
El Real de Santa Fé.**

Diremos cuál fué el fin de Boabdil.

Aquel desdichado monarca al abandonar la eminencia (1) desde donde por última vez contempló á Granada á través de sus lágrimas, se encaminó á sus dominios de las Alpujarras.

Allí, á la sombra, digámoslo así, de sus antiguos palacios, la más negra melancolía le destrozaba el alma.

La tristeza llegó á serle tan insoportable, que

(1) Aquella eminencia es designada en el dia con el poético nombre de *El último suspiro del moro*.

al año de entrar en las Alpujarras trocó su pequeño reino por una crecida suma que le dió el rey Fernando, y partió para Fez con toda su familia.

Ya en tierra de Africa, entró al servicio de un príncipe algo pariente suyo, y perdió la vida en una reñida batalla librada entre infieles.

Un cronista árabe al ocuparse de él, exclama lastimera y duramente:

«¡Desgraciado; perdió su vida por defender la
»agena causa, y no supo morir en defensa de la
»propia!

»¡Tal era el inmutable decreto del destino!

»¡Bendito sea Allah, que ensalza y humilla,
»segun su voluntad divina, en cuyo cumplimen-
»to consiste aquella eterna justicia que regula
»todas las cosas humanas!»

La puerta por donde Boabdil salió por última vez de Granada, fué tapiada á sus ruegos, á fin de que ninguno pudiera volver á pasar por ella, y en tal estado permanece aún actualmente.

Segun afirma un notable autor extranjero (1), Boabdil era de rostro afable y hermoso, color blanco y cabello rubio.

En la Armería Real se ven dos armaduras completas, que se dice le pertenecieron.

Una de ellas es toda de acero, con muy pocos adornos y celada entera.

(1) Irving.

Por estas armaduras se colige que *el Zagoibi* fué de buena estatura, y de robusta complexion.

De la entrada de los Reyes Católicos existe un antiguo romance morisco, de cuya traduccion copiamos las siguientes estrofas:

«En la ciudad de Granada
Grandes alaridos dan:
Unos llaman á Mahoma,
Otros á la Trinidad.

Por un cabo entran las cruces
Por otro sale el Alcoran;
Donde antes oian cuernos,
Campanas oyen sonar.

El *Te Deum laudamus* se oye
En lugar de ¡Alá! ¡Alá!
No se ven por altas torres
Ya las lunas levantar.

Mas las armas de Castilla
Y Aragon ven campear.
Entra un rey *ledo* en Granada,
Y otro llorando se vá.

Mesando la luenga barba
Grandes alaridos dá:
¡Oh! mi ciudad de Granada,
Sola en el mundo, sin par!» etc.



De la manera gloriosa que hemos referido, terminó la guerra de Granada, que los cronistas

castellanos comparan á la de Troya, y que sin duda alguna la igualó en cuanto á novelescos episodios.

En toda la cristiandad causó gran alegría la toma de Granada.

La católica Roma solemnizó el gran suceso con grandes festividades religiosas, lo mismo que Inglaterra, en donde á la sazón reinaba Enrique VII.

Dice un historiador, refiriéndose á la entrada de los Reyes Católicos en Granada, que el rey don Fernando no quiso de modo alguno entrar en la ciudad hasta que vió colocada la cruz sobre la torre más alta.

Que igualmente antes de hacer su entrada, rindió homenaje al Rey de los reyes, haciendo que un heraldo proclamase desde lo alto de aquella torre, que confesaba haber recobrado aquel reino con la ayuda de Dios Todopoderoso, y de la gloriosa Virgen María y del glorioso patron de España, y del Santo Padre Inocencio VIII, así como tambien con los auxilios y servicios de sus prelados, nobles y súbditos.

Que no se habia movido de su campamento de Santa Fé hasta despues de haber visto un pequeño ejército de mártires, en número de setecientos ó más cristianos, que habian vivido en el cautiverio como esclavos de los moros, pasar por delante de él, entonando cánticos por su re-

dencion; y que habia pagado tributo á Dios, socorriendo caritativamente á todos ellos, porque le permitia entrar en la ciudad.

..

Expulsados los moros, *El Real de Santa Fé*, fué mirado con singular cariño por los Reyes Católicos.

A las habitaciones *de lienzo encerado* (1), habian sustituido ya, conforme llevamos dicho, robustas casas de piedra.

La ciudad se construyó en forma cuadriangular, atravesándola dos espaciosas calles, que se cortaban formando ángulos rectos en el centro, en forma de cruz, ostentando soberbias puertas en cada uno de sus cuatro extremos.

En los diferentes barrios ó cuarteles se colocaron lápidas de mármol con inscripciones, en las cuales se expresaba la parte que cada ciudad habia tenido respectivamente en la construccion de la obra; y luego que esta se concluyó enteramente, el ejército entero quiso que la nueva ciudad llevase el nombre de su ilustre reina.

(1)

Cercada está Santa Fé
con mucho lienzo encerado;
alrededor muchas tiendas
de seda, oro y brocado,
donde están duques y condes,
señores de gran estado.

(*Romancero Español*.)

Isabel I rehusó, sin embargo, modestamente este tributo, y dió á la poblacion el título de *Santa Fé*, en señal de la constante confianza que su pueblo habia manifestado durante la guerra, en la Divina Providencia.

Con este nombre subsiste todavía, segun fué erigida, como monumento de la constancia y paciente sufrimiento de los españoles.

Esa histórica poblacion, valiéndonos de las palabras de un escritor castellano, *es la única ciudad de España que jamás ha sido manchada con lo herejía musulmana.*

La ereccion de Santa Fé produjo grandes terrores en los moros granadinos.

Estos veian que sus valerosos enemigos estaban decididos á terminar gloriosamente la lucha, y que nada haria decrecer su constancia.

Efectivamente; el ejército cristiano estaba decidido á no abandonar el suelo de Granada, hasta tanto que un glorioso triunfo completase la conquista del último reino moro en nuestra cara pátria.

Epoca gloriosa fué aquella para España.

Entonces, si bien es cierto que habia en ella hombres ambiciosos y turbulentos, la ambicion tenia, generalmente hablando, mucho más noble fin que en nuestros dias.

El Real de Santa Fé, esa ciudad querida, es uno de los monumentos más preciados de Espa-

ña; el testimonio elocuente de nuestras pasadas grandezas.

Al pisar sus calles hay que recordar precisamente á la entusiasta y noble Isabel la Católica y al valeroso y astuto rey D. Fernando, monarcas preclaros de esta poética pátria de héroes.

SEGUNDA PARTE.

EL NAVEGANTE FAMOSO

CAPITULO PRIMERO

La constancia triunfante.

Cristóbal Colon, conforme hemos dicho ya, seguia á todas partes á la corte de Castilla hacia seis años; seis años mortales que no habian extinguido la fé que ardia en su alma, y que inspirada por Dios, le decia á cada instante que al cabo llegaria á triunfar de todos los obstáculos.

Colon tambien habia combatido en los campos granadinos.

Durante la batalla se le veia figurar siempre en los puestos de mayor peligro.

Entonces era el guerrero de alentado corazón, de noble ardimiento, que no escasea su sangre, que no teme perder la vida.

En los triunfos permanecía mudo y silencioso, volviendo á abismarse en sus meditaciones, en sus profundos pensamientos.

Cristóbal Colon era hijo de un cardador de lana, y habia entrado en el mundo como suelen entrar los pobres; sin ostentacion, sin pompa.

De humilde cuna, aun cuando de noble procedencia, habia abierto los ojos á la luz del dia en Cogoreto, villa de poca importancia perteneciente á la república de Génova.

Desde allí, adolescente aún, habia pasado á Pavía, en donde con la mayor aplicacion se dedicó al estudio de las bellas letras.

Sin embargo, siguiendo sus invencibles inclinaciones, los misteriosos destinos que habian de hacer de él uno de los más grandes hombres del mundo, no tardó en abandonar estos estudios para dedicarse á la astronomía, á la cosmografía y á las matemáticas.

Más tarde, y durante veinte años, se dedicó á la navegacion.

Portugal, la ciudad de Lisboa, era entonces el centro en donde se reunian los navegantes más ilustres, y pasó á Lisboa á donde le llamaba su amistad con el célebre marino Toscanelli.

La idea de la existencia de una tierra inmensa al lado de los mares de Occidente, y la posibilidad de ir por un camino más seguro y más derecho á las costas orientales de Asia, empezó á germinar en su mente.

Como consecuencia de sus profundos estudios, de sus investigaciones científicas, de la forma esférica de la tierra, y de la opinion de Plinio, Tolomeo y otros sábios de la antigüedad, creia en la existencia de dilatados países, que, colocados en opuestas direcciones al continente conocido, hiciesen regular el movimiento de rotacion de nuestro planeta.

El astrolabio y la brújula le aseguraban el derrotero.

Era Colon un hombre tan superior á su siglo, que pocos, muy pocos, daban crédito á sus brillantes teorías, y casi todos creian que éstas eran hijas de un principio de demencia, de una imaginacion exaltada, y no de profundos y concienzudos estudios.

Para llevar á cabo su idea dominante, necesitaba el apoyo de algun Estado, de algun monarca.

Ofreció primero á Génova sus servicios, y su pátria fué la primera en desecharlos con desprecio.

Portugal tambien lo tuvo por visionario, por un pobre loco y entonces, llevando en su com-



pañía un niño de corta edad, que le debía el ser, se encaminó á España.

Pobre, enfermo, casi abatido, llegó al convento de la Rábida, convento de gloriosa memoria, pues dió benévola acogida al ilustre navegante.

El guardian de aquel convento, consignaremos aquí su nombre, se llamaba Juan Perez de Marchena.

Sábio y entusiasta, animó á Cristóbal Colon á que se presentase á los Reyes Católicos; pero entonces, como ya tambien hemos manifestado, los monarcas de Castilla no podian distraer su atencion de la conquista del reino granadino.

Sin embargo, recibieron al *Genovés* con bastante complacencia, aun cuando el rey Fernando no veia en el proyecto del sabio marino un plan de seguros resultados.

Pero al lado del monarca habia una mujer admirable, un ángel, cuyo más ardiente deseo era extender el cristianismo por los pueblos más remotos.

Aquel ángel, como es fácil adivinar, se llamaba Isabel I.

La reina Católica, alma noble y poética, corazon de fuego, comprendió perfectamente al pobre navegante, cuyos cabellos empezaban á encanecer, y cuya frente estaba ya surcada de arrugas, debidas más bien que á la edad á continuas vigili-
as.

Poco tiempo despues se nombró un consejo que debia reunirse en Salamanca; pero fué tanta la apatía de aquella junta, que se pasaron algunos años ántes de que resolviese si el proyecto de Colon era atendible ó descabellado.

Durante aquellos interminables dias, fué objeto el *Genovés* de marcadas distinciones por parte del cardenal Mendoza, despues arzobispo de Granada.

Tambien lo favorecieron mucho los duques de Medinaceli y de Medina-Sidonia.

Agotada la paciencia de Colon, pidió repetidas veces que la junta de Salamanca informase definitivamente, y al fin se presentó ante aquella reunion de sábios, y ante ellos rebatió los textos de Epicuro, de Lactancio, de Tolomeo, y de varios Santos Padres de la Iglesia.

Hay quien asegura que el consejo de Salamanca rechazó unánimemente el proyecto sometido á su informe; pero segun afirman graves escritores, fué de opinion afirmativa aquel tribunal inapelable, en el que habia algunos hombres versados en náutica y matemáticas.

En una palabra; segun parece, cierto número de jueces, vencidos por las poderosas razones de Colon, dieron honra á las ciencias de su tiempo, diciendo en su informe que el pensamiento del marino era realizable.

Pero aun despues de aquel informe, el viaje no se llevaba á cabo.

Las dilaciones rindieron al fin al desgraciado *soñador, al loco*, como le llamaban generalmente, y despidiéndose con lágrimas en los ojos, de su pequeño hijo, que se educaba por caridad en el convento de la Rábida, se dispuso á marchar á Francia, de cuyo monarca esperaba alcanzar los medios necesarios para realizar su aplazado viaje.

El P. Marchena, cuya memoria es digna del más profundo respeto, lo detuvo, y usando del valimiento que tanto él como el P. Talavera, confesor de la reina, tenian con aquella soberana, consiguió que ésta se decidiese al fin á cumplir la palabra que habia dado á Colon.

Opúsose á ello el rey Fernando, que no creia que pudieran realizarse los dorados sueños del *navegante famoso*, y entonces la reina dijo que empeñaria sus joyas para que la expedicion se llevase á cabo.

El Tesoro de Castilla estaba en gran penuria á causa de la conquista, todavía reciente, del reino de Granada, y la reina empeñó efectivamente sus joyas más preciadas.

Por lo tanto, el mundo es deudor á aquella soberana magnánima, justamente enaltecida, de un mundo más grande, más rico y más hermoso que el hasta entonces conocido.

Sin ella, á pesar del génio de Colon, que carecia de los medios materiales para hacer el descubrimiento, aún velarian quizá las brumas del Océano, esas dilatadas tierras, cuyas riquezas incalculables habian de dejar muy atrás á las fantásticas y soñadas opulencias de la quimérica *Catay*.

*
**

El dia 19 de Abril de 1492, es decir, poco más de dos meses despues de la rendicion de Granada, se firmaba una capitulacion entre la reina y Cristóbal Colon.

Algo exageradas le parecieron á Isabel I las pretensiones del marino; pero reflexionando que si el proyecto llegaba á ser una realidad, valian poco, y si no, carecian de valor, firmó las condiciones siguientes:

«Colon seria almirante y virey de todo el mar
»y tierra que se descubriese; tendria derecho de
»proponer al monarca tres personas para los
»cargos de gobernadores de las nuevas provin-
»cias, eligiendo uno la corona; se reservaría para
»sí el diezmo del oro y piedras preciosas que se
»hallasen; seria el único juez de los litigios, y
»contribuiria con la octava parte á los gastos
»que se hicieran en el descubrimiento; pero en
»cambio percibiria el octavo de beneficio.»

La expedicion atrajo todas las miradas, des-

pertó toda clase de ambiciones, y de todas partes acudieron á *Palos de Moguier*, que era el puerto destinado para la partida, infinidad de aventureros.

Aparejadas tres carabelas, cuyos nombres eran *Niña*, *Pinta* y *Santa María* (en esta última enarboló el *Genovés* el morado pendon de Castilla), la flota se hizo á la vela el 3 de Agosto del mismo año.

La constancia del inmortal Colón habia triunfado al fin de todas las contrariedades

Martin Alonso Pinzon, rico navegante, capitaneaba la *Pinta*, y la *Niña* era mandada por su hermano Francisco.

Aquel puñado de aventureros que se lanzaban á mares desconocidos, no surcados jamás por quilla alguna, debian descubrir los profundos misterios que guardaba el Océano.

CAPÍTULO II

Los mónstruos imaginarios.—Avería de la carabela Pinta.—Señales de las cercanías de la tierra.—Terror de los tripulantes.—Un efecto de óptica.

Atrevida era la empresa que emprendió Colon. A pesar de sus profundos estudios, por más que una voz secreta le decia que su viaje no seria inútil, habia momentos en que vacilaba, en que temia haberse equivocado.

En aquellos momentos de terrible angustia, frio sudor inundaba su frente, y su corazon se oprimia.

Pensaba entonces que si su proyecto fracasaba, los Reyes Católicos, el pueblo castellano, la

Europa entera, se burlarían de él, y que nadie dudaría ya de su pretendida *demencia*.

No le arredraban como á muchos de sus compañeros de viaje, los peligros desconocidos, los profundos misterios de aquellos inexplorados mares que se extendían ante su vista con grandiosa inmensidad, con sordo murmullo.

Aquellas olas murmuradoras entonces, man-sas y serenas, podían alzarse soberbias castigando de muerte á los atrevidos navegantes que pretendían rasgar el misterioso velo que ocultaba á los habitantes del viejo mundo, las apartadas tierras cuya existencia solo él había sospechado.

Los más audaces marinos solo se habían atrevido á llegar á ciertos límites, y después se habían vuelto al lugar de su partida, refiriendo cien pavorosas consejas.

Según ellos el Océano estaba poblado de mónstruos horribles, cual la imaginación más fantástica y creadora ni aun puede soñarlos.

Aquellos mónstruos, perpétuos guardadores de los misterios de Occidente, devorarían sin compasión á todos los que se atreviesen á ir más allá de los límites conocidos.

A pocas millas de distancia de las islas Canarias, y según la necia credulidad del vulgo, abundaban los mónstruos. Muchos marinos habían oído sus roncós gritos, más formidables to-

avía que el mugir de las olas, que la voz de la tempestad más furiosa. Algunos habían creído vislumbrar sus formas espantosas, á través de las nieblas del inmenso Océano.

En el alma superior del gran Colon no tenían cabida semejantes absurdos, los vagos terrores que ocupaban el pensamiento de no pocos de los tripulantes de la pequeña flota, los cuales á las pocas horas de haberse hecho á la mar, ya estaban arrepentidos de lo que creían ser un temerario arrojo.

Al tercer día de haber salido del puerto de Palos, la *Pinta* sufrió recia avería, y la flota tuvo que detenerse en las islas Canarias.

Esto era mal presagio, y los tripulantes empezaron á manifestar su temor y su disgusto, con sordas murmuraciones.

Cristóbal Colon aparentaba no apercibirse de aquellas primeras señales de la insubordinacion que dias despues debia estallar á bordo, y sereno y tranquilo en la apariencia, daba las disposiciones necesarias para la continuacion del interrumpido viaje.

Tranquila ya la mar, y favorable el viento, las carabelas se hicieron de nuevo á la mar.

Los de ánimo cobarde, los que estaban más persuadidos de que no volverían á pisar la amada tierra de la cual se alejaban á fuerza de velas, lloraban tristemente; otros se encomenda-

ban á Dios y á todos los Santos, y otros, en fin, con el semblante adusto y plegado el entrecejo, estaban á punto de maldecir *al loco*, al ambicioso que los arrastraba á lugares desconocidos, en los cuales creían que les aguardaba una muerte espantosa.

Colon que todo lo observaba, sufría en silencio lo que es indecible, mas no por eso se abatía su ánimo.

Aquel mártir de la ciencia elevaba al Señor su corazón, y esperaba.

El disgusto de los tripulantes se aumentó al observar la desviacion de la brújula, fenómeno inexplicable que arrebatava á los marineros hasta el último resto de esperanza.

Ya no podrian volver á su patria, estaban para siempre perdidos en la inmensa extension de los mares.

Cristóbal Colon, ocultando á todos la distancia á que se hallaban, dió una explicacion ingeniosa del fenómeno; pero quizá lo hubiera pasado mal, si la Providencia no hubiese llegado en su auxilio.

Aves desconocidas, algunas de ellas de corto vuelo y de brillante plumaje, fueron á posarse en los palos de las carabelas.

Aquellas aves que con trinos armoniosos parecían saludar á los navegantes, no podían haberse alejado mucho de tierra.

Además, habia otras señales de la proximidad de aquel *Nuevo Mundo*: sobre las olas del mar flotaban yerbas, ramas de árboles, parte, en fin, de una vegetacion desconocida.

Tambien recogieron los navegantes algunos trozos de madera extrañamente labrados.

Esta muestra de una civilizacion primitiva, digámoslo así, hizo pensar á los aventureros que acompañaban á Colon que iban á encontrarse con pueblos salvajes, con pueblos bárbaros, y no con los maravillosos paises descritos por el inexacto y célebre marino Marco Polo.

Fluctuando entre la esperanza y el desaliento; dando vida unas veces á las más brillantes ilusiones, y maldiciendo otras al almirante, que con halagüeñas promesas les habia decidido á emprender el viaje, continuaban los tripulantes de las carabelas navegando á través de aquellos mares, no surcados hasta entonces por nave alguna.

Vientos favorables, vientos que parecian no variar jamás, empujaban á las embarcaciones de los aventureros hácia el Nuevo Mundo.

Esta circunstancia, que debia alentarles, hacerles concebir las más risueñas esperanzas, fué causa de su nuevo temor.

Creyeron que aquellos vientos, soplando incesantemente, iban á ser causa de que no pudiesen volver á su pátria.

Las murmuraciones estallaron entonces con más fuerza.

Mas bien que murmuraciones eran gritos sediciosos, amenazas terribles contra *el loco genovés*.

Las señales de hallarse próxima la tierra, se repetían á cada instante.

En las alas del viento llegaban hasta las carabelas deliciosos perfumes, suaves emanaciones, arrebatadas á los deliciosos vergeles de *Guanahani*.

Pero nada calmaba á los exaltados ánimos, á los espíritus medrosos, fuertemente excitados por el temor de perder la vida.

Decían los más enconados contra Colon:

—¡Navegamos apresuradamente hácia un abismo sin fondo!

¡Traidoras corrientes, vientos traidores, nos llevan hácia él, y ya no es posible volver atrás!

¡Cuando más descuidados nos hallemos, llegarán á nuestros oídos siniestros rumores, y las naves, arrastradas con vertiginosa velocidad, correrán precipitadamente sobre las aguas!

¡Una inmensa catarata, cual no la han visto jamás ojos humanos, nos espera!

¡Todas las aguas de estos mares, tan tranquilos en este momento, van á precipitarse en una sima horrible, cuya profundidad ni aún puede medir el pensamiento!

¡Las corrientes nos arrastran suavemente ahora, luego aumentarán poco á poco la velocidad de nuestra marcha, y más tarde volaremos cual pluma arrebatada por el viento, sobre la tersa superficie de estas aguas!

¡Justo castigo de nuestra temeridad!...

¡Estamos perdidos!...



Colon, sin cejar en su empresa, puesto siempre en Dios el pensamiento, observaba que la insurreccion iba creciendo.

Su serenidad, jamás desmentida, imponia respeto aun á los más murmuradores; pero temia, y con razon, al instante en que el descontento fuese general; al instante en que, los que ya no tenian fé alguna en él, arrastrasen á los pocos que aún confiaban en sus promesas.

Tambien temia haberse equivocado en el rumbo que seguian.

Segun sus cálculos ya debian haber tocado tierra, y ésta no sombreaba aún la inmensa línea proyectada por el mar, allá á lo léjos.

Cuando se entregaba á semejantes reflexiones, en la *Pinta* que iba delante de las dos carabelas, estalló un alegre clamoreo.

En uno de sus costados brilló un relámpago

seguido de una blanca nubecilla de humo, y un instante despues un cañonazo retumbó en las soledades del Océano.

—¡Tierra! ¡Tierra!

Gritaban los tripulantes del barco mandado por Alonso Pinzon.

Efectivamente, á larga distancia se vislumbraban confusamente unas colinas.

Pero aquello no era mas que un efecto de óptica, una ilusion engañosa que se disipó casi en el mismo instante de haber nacido.

Las colinas no tardaron en desaparecer, y entonces el desaliento, la desesperacion de los que murmuraban contra el almirante, fué mayor que antes.

La noche sucedió al dia, y su misteriosa oscuridad veló las lágrimas silenciosas que corrian á lo largo del rostro de Colon.

—¿Me habré equivocado, Dios mio? se preguntaba á sí mismo aquel hombre admirable.

Despues oró con fervor.

Al terminar su oracion, la esperanza renació con más fuerza dentro de su pecho, y su mirada brillante y serena se clavó en la bóveda celeste, en la cual centelleaban millares de astros brillantes.

—¡Oh! ¡no me he equivocado! prosiguió.

¡Dios dá el triunfo y la victoria á los que siguen sus caminos!

La misma Providencia ha hecho nacer en mí el ardiente deseo de llevar á cabo este viaje, y me sostiene y ampara con su mano poderosa.

Dios está de mi parte; Dios es grande y misericordioso.

CAPITULO III

—

—

—

—

1. The United States is a free country and the people of the United States are entitled to the same rights and freedoms as the people of any other free country. The United States is a free country and the people of the United States are entitled to the same rights and freedoms as the people of any other free country.

... I have discovered that
... I have discovered that

From April to May was a very hot and dry season. The
land was very dry and the crops were very dry. The
land was very dry and the crops were very dry. The
land was very dry and the crops were very dry.

[illegible]

1. The first step in the process of identifying a problem is to recognize that a problem exists. This is often done by comparing current performance with a desired state or goal. If there is a significant difference, a problem is identified.

1. The first step is to identify the problem or question that needs to be answered. This involves understanding the context and the specific requirements of the task.

[illegible]

1. The first step is to identify the problem or question that needs to be answered. This involves understanding the context and the specific requirements of the task.

CAPÍTULO III

El mar de las algas.—La promesa de Colon.

Si bien se considera, eran disculpables las murmuraciones y temores de los navegantes que iban con Colon, en busca de desconocidos paises.

Todos conocian las descripciones de Mandeville y Marco Polo, célebres navegantes, que pintaban con brillantes colores las provincias de Cipango y Cathay.

En ellas abundaban los preciosos metales, las piedras preciosas, y los compañeros del al-

mirante tenían aún en el fondo de sus corazones una débil esperanza de poder llegar á tan ricos y floridos lugares.

Pero sobre la esperanza, estaba el temor; el natural temor de perder la vida, ó de no poder volver nunca á España.

Los vientos favorables continuaban hinchando las lonas de las carabelas, y haciendo adelantar á éstas en aquellos mares que parecían no tener orillas.

Colon era el único que sabia con exactitud la distancia que habían recorrido, pero aun cuando sus tripulantes creían que era mucha menor, ninguno ignoraba que se hallaban muy alejados de tierra.

—¡Perdidos, irremisiblemente perdidos en las vastas soledades del gran Océano! gritaban algunos con furor.

Otros recordaban, húmedos de lágrimas los ojos, las dulzuras de la madre pátria y los seres queridos con quienes no creían volver á reunirse jamás.

La insurreccion, á bordo de la pequeña flota, se habia desenmascarado ya.

Nadie procuraba ocultar su disgusto, y Colon veía con terror, perfectamente oculto bajo las más tranquilas apariencias, que la rebelion iba á hacer fracasar su empresa.

Su acento hasta entonces autorizado, sus sa-

bias explicaciones, eran sofocadas por tumultuosos gritos, por amenazas de muerte.

—¡Nos perderemos (gritaban los más inquietos), pero el causante de nuestra desdichada suerte, nos precederá antes en el fondo de estos mares insondables!

Otra circunstancia aumentó el disgusto de los navegantes.

Durante una noche en que el cielo apareció encapotado, las embarcaciones apenas podían caminar.

Creyeron algunos que navegaban sobre bancos flotantes de arena, pero la luz del día desvaneció aquella creencia, dando á conocer el verdadero obstáculo.

Las embarcaciones cruzaban por entre juncos y algas marinas.

En cuanto alcanzaba á medir la vista, aquella vegetación acuática mecía blandamente sobre las aguas sus hojas de color verdi-negro.

—¡El mar de las algas! gritaron infinidad de voces á la vez. ¡Estamos perdidos!

Colón intentó dar sus explicaciones, pero no fué escuchado: los gritos sediciosos sofocaron su acento.

Sin la serenidad que brillaba en su frente, es indudable que en aquel supremo instante hubiera perecido á manos de los amotinados.

Pero los hombres superiores, casi siempre legran imponerse á las turbas.

Además, la Providencia protegía á aquel sér extraordinario, en cuya mirada limpida y serena chispeaba el génio que habia de inmortalizarle.

Aun en aquel instante, que hubiera aterrado al más valiente, que hubiera logrado dar al traste con el espíritu más sereno, pudo hacerse escuchar al fin.

Sin embargo, los amotinados no cedieron, y lo más que de ellos pudo obtener, fué esta concesion:

—Si dentro de tres dias, le dijeron, no descubrimos tierra, la flota pondrá la proa hácia las costas de España.

—¡Antes de tres dias, exclamó Colon con acento profético, habremos pisado las costa oriental de Asia!

El navegante famoso se detuvo, y un sordo murmullo acogió sus palabras.

No se intimidó por esto y prosiguió:

—¡Antes de tres dias, con la ayuda del Señor, habré alcanzado el logro de mis deseos, y vosotros caereis á mis piés demandándome perdon por vuestra cobarde impaciencia, por haber quebrantado los sagrados juramentos que habeis hecho antes de salir de España!

Asi debia suceder.



Los mismos que entonces consideraban á Colon como á un aventurero despreciable, como á un loco ambicioso, habian de besar sus plantas tres dias despues, embriagados de entusiasmo, locos de alegría, al tocar el feliz resultado de su atrevida navegacion.

Siguió hablando el almirante durante largo rato, sin que nadie le interrumpiese.

La irresistible mágia de su palabra, sus brillantes teorías, consiguieron despertar de nuevo la ambicion de los marineros, cuya sed de oro les habia obligado á lanzarse á las desconocidas aguas del Océano.

Cuando dejó de hablar, uno de aquellos hombres, mitad marinos, mitad guerreros, preguntó bruscamente:

—¿Y si dentro de tres dias no descubrimos tierra?

—Entonces, respondió Colon solemnemente, volveremos á España: ¡lo prometo!...

Pero la descubriremos, no lo dudeis.

Cuando ese momento llegue; cuando toqueis el beneficioso resultado de una empresa que ahora os parece tan descabellada, el rubor cubrirá vuestras frentes, y sentireis remordimientos por haber olvidado mi autoridad; la autoridad que me concedieron los monarcas de Castilla, vuestros naturales señores.

Pero nada temais.

De antemano os perdono vuestra impaciencia, y las injuriosas palabras que me habeis dirigido,

Repito mi promesa:

Si dentro de tres dias no hemos descubierto tierra, volveremos á España...

CAPÍTULO IV

Gozo tras la aflicción. ¡Tierra! ¡tierra!...

Consiguieron atravesar los navegantes el extenso mar de las algas, que parecia no terminarse nunca.

Cuando dejaron á su espalda aquel obstáculo; volvieron á ver señales de tierra.

Sin embargo, la sonda no hallaba fondo.

Pasaron dos dias, y llegó el tercero.

La inquietud de Cristóbal Colon era inmensa, pero como de costumbre, no revelaba su rostro el estado intranquilo de su alma.

El dia trascurrió para él con una rapidez asombrosa.

Cuando se ocultó el sol, y empezaron á bri-

llar las estrellas en el firmamento, dirigió una súplica fervorosa al Señor.

La fé que llenaba su alma no se extinguía con los contratiempos.

Tampoco se extinguía la fé que le había obligado á seguir á los Reyes Católicos durante seis años, y continuaba creyendo en la existencia de tierras desconocidas.

Pero, volvemos á repetirlo: creía haberse equivocado en sus cálculos; creía haber cambiado el rumbo, pasando sin verla por cerca de aquella tierra que iba á descubrir al fin.

Con las manos apoyadas en la borda de la nave que montaba, no apartaba sus miradas de aquel mar que así había burlado hasta entonces sus esperanzas, pero que al cabo iba á proporcionarle una brillante aureola de gloria.

Dios que lee en el corazón humano; Dios para quien no son desconocidos los más ocultos pensamientos, debió apiadarse en aquel momento de las amarguras que llenaban su alma.

Ya iba á retirarse Colón á su camarote, cuando una voz infantil exclamó alegremente á corta distancia suya.

—¡Tierra! ¡tierra!...

El que había pronunciado esta exclamación,

era un pajecillo de la reina, el cual, habia obtenido permiso de su señora para acompañar al gran navegante en su viaje.

Restregóse Colon los ojos, y clavó su penetrante mirada en la sombría extension de los mares.

Allá á lo lejos, muy á lo lejos, distinguió unas bandas oscuras, que hasta entonces habia tomado por nubes.

El corazon le latia atropelladamente, y tuvo que contener con ambas manos sus latidos, en tanto que el pajecillo le decia:

—Señor: dareis testimonio ante su Alteza, mi amada reina, para que ésta me otorgue el premio ofrecido.

Yo he sido el primero que he visto tierra.

Isabel la Católica, habia prometido efectivamente un premio, al afortunado que diese el primer grito de tierra.

Iba Colon á responder al adolescente, cuando un cañonazo turbó por segunda vez la quietud del Océano, repitiendo los ecos su sordo y majestuoso estampido.

Al mismo tiempo, cien voces alegres y entusiasmadas, repitieron en torno del almirante:

—¡Tierra! ¡tierra!

La voz de tierra se oyó tambien en la embarcacion que seguia á la nave del sábio *Genovés*, y cual si fuera un eco lejano, se escuchó asimis-

mo la ansiada voz de tierra, que desde la *Pinta* que navegaba delante, llegó hasta la *Santa María* en donde segun hemos dicho, ondeaba el glorioso pendon de Castilla.

Cristóbal Colon se dejó caer de rodillas sobre cubierta, y oró de nuevo cruzados los brazos sobre el pecho, inclinada hácia el suelo la cabeza, y derramando lágrimas de agradecimiento.

Los tripulantes siguieron su ejemplo, y nunca oraciones más fervorosas subieron hasta el trono del Señor, en alas de las auras misteriosas de la noche.

Cuando el almirante terminó su oracion, se levantó, y con voz trémula, con pecho palpitante, gritó tendiendo sus brazos hácia aquella tierra deseada:

—¡Gloria á Dios en las alturas!

Muchos marineros empezaron á cantar el *Te-deum laudamus*.

Una luz que aparecia y volvía á desaparecer, brillaba un tanto á lo lejos, cual si fuese un faro destinado á guiar á los navegantes.

El secreto del misterioso Océano estaba descubierto.

Las profundas tinieblas en que hasta entonces habia permanecido envuelto, acababan de

desvanecerse, y la luz del Evangelio se iba á extender por aquellos países, de los cuales solo el gran navegante habia tenido una idea feliz inspirada por el cielo.

Todas las quimeras, todos los temores hijos de una ciega ignorancia, acababan de disiparse como se habia disipado el humo blanquecino del cañonazo que habia dado la alegre señal de tierra.

En los mares que acababan de recorrer los osados navegantes, no habia mónstruos, no habia abismos traidores, ni corrientes impetuosas.

La navegacion, no podia haber sido más dichosa.

Aun cuando al principio de ella habia estado una furiosa tempestad, despues vientos bonancibles habian hinchado sin cesar las velas de los expedicionarios.

—¡Gloria á Dios en las alturas! repetia Colon á cada instante, al compás de los latidos de su noble corazon, dentro del cual sentia el más legítimo de todos los orgüllos.

Ya nadie lo tendria por demente, ya nadie dudaria de sus palabras, ni observaria en ningun semblante sonrisas de incredulidad; las ofensivas sonrisas que tantas veces habia sorprendido en los lábios de muchos de aquellos que aparentaban creer en la existencia de un Nuevo Mundo, pero que tenian á Colon por un soñador alucinado.

El poderoso Océano, aquella inmensa cantidad de agua, no habia podido detener al génio á pesar del misterioso y sordo mugir de sus olas y de los profundos terrores de que, espíritus pusilánimes, lo habian revestido siempre.

El misterio habia dejado de serlo.

La tierra ambicionada estaba allí, á muy corta distancia, tanto, que el almirante mandó ceñir las velas, temeroso de que las naves chocasen contra algun bajo.

Dios habia permitido al hombre elegido por El, que se inmortalizase.

El Divino Hacedor acababa de conceder á España un dilatado imperio, en comparacion del cual, los dominios que entonces poseia, eran comparativamente lo que es para el mar, una sola gota de agua.

La magnánima Isabel I iba tambien á recoger el fruto de su desprendimiento.

Habia confiado en las promesas de Cristóbal Colon, habia tenido fé en su palabra, y el sábio, el gran navegante acababa de añadir el más hermoso florón á su corona de reina.

—¡La república de Génova, pensaba el almirante, mi ciega pátria, no ha querido admitir mis servicios; Portugal me ha rechazado con desprecio, creyéndome un visionario!

¡Cuánta no vá á ser la desesperacion de esas dos naciones, al saber que el infeliz marino que

no tenia pan para el hijo de su alma, que el hombre oscuro, el loco, dió á Castilla nuevos dominios!

• • • • •

CAPÍTULO V

Don Rodrigo y Doña Inés en la ciudad de Santa Fé.
Don Rodrigo y Doña Inés.

CAPITULO V

San Salvador.—Un descubrimiento precioso.—Regreso á España.

Grande fué la impaciencia con que el Almirante esperó la salida de la aurora.

Aquella tierra desconocida, que estaba allí, á muy poca distancia suya, le enviaba deliciosos perfumes de flores y de plantas, haciéndole concebir las esperanzas más risueñas acerca de su fertilidad.

Creemos innecesario decir que tanto él como todos los demás tripulantes de la flota, no cerraron los ojos durante toda la noche.

Los ambiciosos soñaban con minas de oro y de diamantes, y con ricos criaderos de perlas.

Los aficionados al sexo bello creían que aquella tierra desconocida estaría poblada de bellas mujeres, lo mismo que el Paraíso prometido por Mahoma á los buenos creyentes.

Colon solo ambicionaba la gloria, justo premio de sus constantes fatigas.

Por fin, unos débiles celajes, precursores del alba, empezaron á dibujarse en el horizonte.

Las brumas de la noche se desvanecían poco á poco, y el astro rey, elevándose majestuosamente, hizo saltar con sus rayos de fuego millares de chispas en las aguas del mar.

Un grito de entusiasmo y de delirante alegría partió de todos los pechos.

La luz deslumbradora del sol alumbraba á la desconocida tierra, florido vergel cuyas colinas estaban cubiertas de riquísima vejétation.

El Almirante se habia puesto un capotillo de terciopelo negro acuchillado de raso color de fuego, y despues de ceñirse la espada cogió el estandarte de Castilla y mandó botar al agua las chalupas.

Entró en una de ellas acompañado de algunos religiosos, de un notario y de los caballeros que le habian acompañado en el viaje. Los remos se hundieron en las aguas, vogando hácia el americano suelo.

A la chalupa de Colon seguian otras dos pequeñas embarcaciones, dentro de las cuales iban Martin Alonso Pinzon, su hermano Francisco, y todos los marineros y soldados que no eran necesarios para el cuidado de las tres carabelas.

Estas se balanceaban dulcemente sobre las aguas.

Cristóbal Colon fué el primero en saltar en tierra.

Despues de clavar en la arena la gloriosa enseña de Castilla, gritó con voz robusta:

—En nombre de Don Fernando y Doña Isabel I, monarcas de Castilla y de Leon, me posesiono de *San Salvador*.

San Salvador era el nombre con que habia bautizado de antemano á aquella tierra que hollaba su planta; tierra *salvadora* efectivamente, pues habia coronado sus nobles esfuerzos en los momentos más críticos.

Un viva prolongado, unánime, entusiasta, siguió á las palabras de Colon.

Este se arrodilló, y despues de besar la tierra, elevó ambas manos al cielo dando gracias al Altísimo por su protección.

Cuadro conmovedor era aquel.

Arrodillados tambien todos cuantos acompañaban al Almirante, elevaban al cielo las más

fervorosas oraciones, en tanto que la voz del cañon tronaba, saludando aquel acto solemne y delicioso; saludando á la toma de posesion de la isla de San Salvador. (1)

Sobre el pintoresco grupo que formaban los guerreros y navegantes castellanos, ondeaba majestuosamente el pabellon de Castilla.

Allá á lo léjos, asomando por entre los árboles, los naturales del país contemplaban con inocente curiosidad á aquellos extranjeros adornados con brillantes plumajes y cubiertos de vistosas armaduras, sobre las cuales derramaba el sol sus límpidos fulgores.

Los indígenas, segun más tarde se supo, creian que los españoles eran seres sobrenaturales bajados del cielo, y con interesante candidez les llamaban *hijos del sol*.

¡Ay! ¡desgraciadamente muy pronto habian de cambiar de opinion!

¡Hombres ambiciosos y perversos, tratándolos duramente y con inmerecido rigor, no tardaron en hacerles maldecir el dia en que nuestras naves tomaron puerto en sus tranquilas y hospitalarias orillas!

¡Algunos de los aventureros que acompañaban á Colon, *lo peor de cada casa*, como vulgarmente suele decirse, hicieron sus esclavos de aquellos infelices indios, sin tener en cuenta sus

(1) Isla de Cuba.

propios intereses y la mansedumbre y bondadoso carácter de los indígenas!

..

A la solemne toma de posesion de *San Salvador*, siguió la más viva alegría.

Los que el dia antes llamaban á Colon loco y visionario, se postraban entonces ante él besando humildemente sus vestidos.

El dios Exito habia coronado la empresa.

No son suficientes los estrechos límites de este libro, para referir con detenimiento los sucesos del primer viaje de Colon.

Despues de descubrir algunas otras tierras, todas ellas fértiles y hermosas, hizo construir en San Salvador una pequeña fortaleza, y dejando en ella algunos soldados, dió la vuelta á España.

Durante el viaje de regreso, la flota sufrió una violenta tempestad.

Creyendo Colon que iban á zozobrar, no quiso que España perdiese el fruto de su importante descubrimiento, y encerró dentro de una botella un pergamino, en el cual daba cuenta de que existian tierras de asombrosa fertilidad hácia el lugar que habia indicado siempre, y que habia tomado posesion de aquellas tierras en nombre de los Reyes Católicos.

«Las carabelas zozobran (decia en el perga-

»mino). Una desencadenada tempestad amenaza »sepultarnos en los abismos del mar, y no es »justo que España pierda lo que legítimamente »le pertenece.»

La botella que guardaba tan precioso aviso fué encerrada á su vez dentro de un coco, y arrojado este al mar por el mismo Colon, se alejó de las combatidas naves balanceándose furiosamente sobre las espumosas crestas de las olas.

El aviso de Colon quedó perdido; pero hace pocos años que un buque español mercante arribó á un arenal de las costas de Africa, á fin de hacer lastre.

Entre la arena que recogieron los marineros, les llamó la atencion un objeto de liviano peso, que algunos creyeron que era un pedazo de piedra pomez.

Examinado aquel objeto por el capitan del buque, resultó ser un coco carcomido por la accion de las aguas.

Partido en dos por un golpe de hacha, se encontró dentro de él una botella, y en esta un pergamino arrollado.

Aquel pergamino, como es fácil de comprender, era el que habia escrito el Almirante; era, digámoslo así, la escritura de propiedad del *Nuevo Mundo*, á la cual solamente España, y ninguna otra nacion, tenia derecho alguno.

Aquel precioso documento existe hoy depo-

sitado en uno de los museos de América, y encerrado dentro de una riquísima caja.

¡Quién habia de decirle á Colon que, andando el tiempo, solo habia de quedarnos del inmenso territorio americano, un pobre resto, un humilde rincon!

Y ese rincon, que hoy nos disputan encarnizadamente, ¡quién sabe! quizá muy pronto, sin que podamos evitarlo...

Pero dejando á un lado inútiles lamentaciones, prosigamos la interrumpida historia.

*

**

Apaciguada la tempestad, Colon prosiguió su viaje con rumbo á España.

Despues de haber arribado á nuestras costas, los Reyes Católicos, que se hallaban en Barcelona, recibieron cartas suyas, en las cuales les notificaba el feliz resultado de su atrevida empresa.

La admiracion que tan felices nuevas produjeron fueron proporcionadas á la incredulidad con que en un principio se habia acogido el proyecto del gran navegante.

El demente, el visionario, el soñador, era ya un hombre de gran importancia; un personaje célebre, cuyo nombre corria de boca en boca.

Los genoveses se desesperaban, y Portugal

se desesperaba tambien, por no haber tenido fé en sus semi-proféticas palabras.

Natural era la impaciencia que tenían los soberanos por saber detalladamente todas las particularidades del notable descubrimiento, que ensanchaba su poder y hacia de ellos los monarcas más poderosos de la tierra.

Sin pérdida de tiempo, enviaron un mensajero al Almirante, á fin de que éste se presentase en seguida en Barcelona.

Colon, despues de un viaje en extremo penoso, se habia visto obligado á tomar puerto en el Tajo.

El rey de Portugal, haciendo justicia á las prendas de aquel hombre extraordinario, le habia dispensado la más honrosa acogida.

Poco tiempo se detuvo Colon en Portugal.

Reparadas las averías que sus naves habian sufrido al regresar de América, durante cuyo regreso casi siempre habian reinado vientos tempestuosos, prosiguió su viaje, y cruzando la barra de Saltes, entró triunfante en el puerto de Palos, á cosa del medio dia del 15 de Marzo de 1493.

Siete meses y once días antes había salido de aquel mismo puerto, para cruzar el gran Océano.

Desconocido navegante entonces, volvía colmado de gloria y ceñida su frente por el laurel inmarcesibles, que es el legítimo premio de los héroes, de los grandes hombres que de tiempo en tiempo aparecen sobre la tierra.

Siete meses y once dias antes habia salido de aquel mismo puerto para cruzar el gran Océano.

Desconocido navegante entonces, volvió colado de gloria y cenida su frente por el laurel inmerecido que es el legítimo premio de los héroes, de los grandes hombres que de tiempo en tiempo aparecen sobre la tierra.

CAPÍTULO VI

Bajo el Almirante á tierra, y acompañado por toda su tripulación y por los habitantes de Palos, se dirigió á la **El triunfo de Colon.** Las campanas de la villa repicaban al mismo tiempo alegremente, y las salvas de artillería.

Grande, inmensa fué la agitacion en el pequeño puerto de Palos, cuando sus habitantes vieron entrar la carabela del Almirante.

Mucho tiempo hacia que todos creian sepultados en las aguas, ó devorados por los imaginarios *mónstruos del Océano*, á los atrevidos navegantes.

El invierno habia sido muy tempestuoso, y nadie pensaba volver á ver á los *aventureros* que con sin igual denuedo se habian atrevido á afrontar la furia de las olas, los *horrores sobrenaturales* de que estaba revestido el temerario viaje.

Los habitantes de Palos tenían á bordo de la flota parientes ó amigos, y salieron en tropel á su encuentro.

Cuando los vieron, cuando admiraron las numerosas pruebas del buen éxito de la expedicion, prorrumpieron en gritos de alegría.

España es y ha sido siempre el país de las almas entusiastas, de los espíritus exaltados.

*
* *

Bajó el Almirante á tierra, y acompañado por toda su tripulacion y por los habitantes de Palos, se dirigió á la iglesia Mayor en la cual se cantó un solemne *Te-Deum*.

Las campanas de la villa repicaban al mismo tiempo alegremente, y las salvas de artillería saludaban con majestuosos estampidos, tan dichoso acontecimiento.

Aquel suceso glorioso que aumentaba el poderío español, llenaba de entusiasmo aun á los más apáticos.

Colon se detuvo en Palos muy poco tiempo, y se puso inmediatamente en camino para la ciudad en donde le esperaban los reyes.

Seguido de inmenso tropel de gentes, le acompañaban tambien algunos indios ataviados á la usanza salvaje de su país, con toscos collares de oro y con vistosos plumajes ricos en colores y en brillantez.

A su paso por las ciudades y villas, hacia ostentacion de grandes cantidades del precioso metal que habia recogido, tanto en trozos como en polvo.

Tambien llevaba consigo inestimables vejetales de grandes virtudes medicinales y aromáticas; multitud de cuadrúpedos y de aves desconocidas en Europa, y otra infinidad de objetos que atestiguaban la existencia de unas tierras veladas hasta entonces, guardadas como guarda el avaro sus riquezas, por las olas misteriosas del Océano.

La mano poderosa del gran Colon habia rasgado aquellos velos, y los misterios ya no existian.

Tan inmenso como merecido era el triunfo del Almirante.

Los isleños con sus extraños atavios y con sus bronceados rostros, los cuadrúpedos jamás vistos en Europa, y las aves de abigarrados plumajes que parecian metálicos, aumentaban el efecto del nuevo espectáculo del cual hasta entonces ni aun habia una remota idea.

La muchedumbre salia al paso de Colon, obstruyendo los caminos y victoreando al descubridor de países, en cuya existencia hasta entonces nadie habia creido.

Al pasar por Sevilla, todas las ventanas y balcones se cubrian de ricas y vistosas colgadu-

ras, y los habitantes de aquella populosa ciudad demostraron su entusiasmo colmando de alabanzas al inmortal Colon.

Pero cuando aquel entusiasmo rayó en verdadero delirio, fué al llegar el Almirante á Barcelona.

Todas las autoridades de la ciudad y los caballeros y dignatarios de la corte, salieron á recibirle acompañándole despues hasta la presencia real.

Don Fernando y doña Isabel, con su hijo el príncipe D. Juan se hallaban sentados bajo un magnífico dosel, esperando con la más viva ansiedad la presentacion del Almirante.

Cuando vieron á éste, se levantaron de sus sillones y extendieron hácia él sus manos.

Isabel I tenia los ojos humedecidos por las lágrimas, y hasta el impasible Fernando estaba muy conmovido.

Quiso arrodillarse Colon, pero no se lo permitieron los monarcas, y á sus instancias ocupó el asiento que le habian mandado preparar.

En la altiva y ceremoniosa corte de Castilla no habia ejemplo de semejantes distinciones.

Todas las campanas de la ciudad, echadas á vuelo, y las salvas ruidosas de artillería, continuaban saludando la llegada del grande hombre.

Segun afirma el erudito escritor (1) que re-

(1) Guillermo H. Prescott.

firió la historia de los Reyes Católicos, aquel fué el momento de la suprema gloria en la existencia de Colon.

Habia probado completamente la verdad de sus teorías, durante tanto tiempo combatidas, á despecho de los argumentos, de los sofismas, de las burlas, de la duda y del desprecio; habia realizado, no por casualidad, sino por cálculo, todos sus sueños de gloria.

Pidiéronle los reyes la relacion de sus sucesos, y él entonces con tono conmovido y digno, pero algun tanto animado con el calor del natural entusiasmo, enumeró las diferentes islas que habia recorrido, extendiéndose acerca de lo benigno de su clima y de la belleza de su suelo, propia para toda clase de producciones agrícolas; presentando despues las muestras que consigo habia traído, como una de las mejores pruebas de su fertilidad. Mostró asimismo los preciosos metales, afirmando que creia en la existencia de minas riquísimas en los países que acababa de descubrir.

Presentó despues á los indios que contemplaban con asombro un espectáculo tan nuevo para ellos, y entró por último en extensas consideraciones sobre el vasto campo que al celo cristiano se ofrecia para esparcir la luz del Evangelio sobre una raza de gentes, cuyas almas, lejos de estar subyugadas por ninguna especie de idola-

tría, demostraban la mas inocente sencillez.

El corazon de la religiosa Isabel, latia de contento, y los oyentes todos se hallaban en extremo conmovidos.

Tan luego como *el navegante famoso* hubo terminado su relacion, el rey y la reina y todos los que la habian escuchado, doblaron la rodilla en tierra tributando las más humildes gracias al Señor, en tanto que el coro de la capilla Real llenaba el espacio con el sublime *Te-Deum*, lo mismo que si España acabara de alcanzar la más señalada y gloriosa de todas las victorias.

Victoria, si bien se considera, habia logrado el génio de Colon sobre la general ignorancia de su siglo.

Aquella victoria que no habia costado sangre ni lágrimas, y que abria ante la ciencia un campo anchuroso, era el más preciado triunfo y engrandecia á nuestra pátria hasta lo indecible.

Los ojos se humedecen con el llanto del entusiasmo, y la pluma no puede detallar sucesos tan grandiosos, tan extraordinario cuadro, como el que contempló la atónita y regocijada Barcelona aquel día inolvidable.

Aposentado Colon en el palacio de los reyes, era entonces una especie de semi-dios, un héroe, al cual el vulgo aclamaba con entusiasmo, y los grandes festejaban á porfia.

La embriaguez del triunfo alcanzado por la

ciencia, duraba todavía, y aun no habia de desvanecerse tan pronto.

Tampoco habia asomado aún su rostro lívido, la ruin envidia.

Todo entonces era felicitaciones, alegría y entusiasmo.

¿Por qué este último sentimiento es tan poco duradero?...

CAPÍTULO III

El momento propicio para la intervención del Señor
fue el momento de la gran fiesta.

El primer momento de la gran fiesta fue el momento de la gran fiesta.

El primer momento de la gran fiesta fue el momento de la gran fiesta.

El primer momento de la gran fiesta fue el momento de la gran fiesta.

El primer momento de la gran fiesta fue el momento de la gran fiesta.

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

CAPÍTULO VII

Distinciones prodigadas al descubridor del Nuevo Mundo.

Vivísimo entusiasmo, curiosidad ardiente, excitó el descubrimiento de Colon.

Toda Europa se ocupó de él, envidiando á España, que habia logrado la dicha de tener á su servicio á un hombre de tanto mérito.

Nadie habia que no se diese mútuos parabienes, por haber alcanzado una época en la cual habia tenido lugar tan grandioso acontecimiento.

Desde remotas tierras acudian los sábios de Europa á la ciudad de Barcelona, con el objeto de conocer á Cristóbal Colon; era una honra in-

estimable el estrechar su mano, el oír de su propia boca el relato de sus curiosas aventuras.

Disculpable era en verdad aquel ruidoso entusiasmo.

Los conquistadores antiguos, Napoleon el Grande, los hombres todos que han logrado alcanzar para sus frentes coronas de laurel, no han sido tan merecedores de ellas como el noble, el valeroso, el sábio *Genovés*, á quien España, ó mejor dicho, la inolvidable Isabel I, amparó bajo su manto protector.

Gloria tambien á tan excelsa reina.

Sin ella, como ya hemos dicho, y careciendo Colon de los medios necesarios para llevar á feliz término su colosal empresa, áun permanecería quizá el Nuevo Mundo rodeado de profundas tinieblas; áun no habria disfrutado la vieja Europa de las innumerables ventajas que le proporcionó aquel inmenso descubrimiento.

Segun se ve en la obra de Prescott, que ya hemos citado, la mayor parte de los sábios contemporáneos de Colon, adoptaron la errónea hipótesis de éste, que juzgaba que las tierras por él descubiertas se hallaban situadas en las costas orientales del Asia, y lindando con las vastas y opulentas regiones descritas por *Mandeville* y los *Polos*; y esta conjetura, que tan conforme se

hallaba con las opiniones del Almirante, antes de emprender su viaje, se corroboró más y más por la semejanza que aparecía entre varios productos naturales de aquellas islas y los del Oriente.

Por eso los nuevos dominios recibieron el nombre de *Indias Occidentales*.



Durante la residencia de Colon en Barcelona, aquel sér mimado entonces por la fortuna, continuó siendo objeto de las más honrosas distinciones.

Cuando el rey se presentaba en público, lo llevaba siempre al lado suyo, y con mucha frecuencia lo sentaba á su mesa, sin cansarse de oír hasta los más pequeños detalles de su viaje.

Los grandes de la corte, á imitacion de su señor, le obsequiaban tambien con opíparos banquetes, honrándose con su amistad.

¡Cuánto habian cambiado los tiempos!

El oscuro navegante era entonces un alto personaje, cuya privanza con los monarcas de Castilla le proporcionaba una envidiable posicion.

No vayan á creer, sin embargo, nuestros lectores, que el sábio descubridor de América llegó á envanecerse con tantas distinciones.

Modesto siempre, siempre comedido, no ig-

noraba que la corte y el favor de los grandes son mudables en extremo.

El apellido de Colon, aun cuando este descendia de esclarecida alcurnia, fué tambien ensalzado por los Reyes Católicos, los cuales le dieron carta de nobleza y un escudo de armas, en el cual se leia este mote:

*A Castilla y á Leon
nuevo mundo dió Colon.*

Estas y otras mercedes hicieron nacer la envidia, ese ruin sentimiento que emponzoña con frecuencia el corazon humano.

Algunos de esos seres propensos á envidiar el bien ajeno, empezaron á decir que el descubrimiento no era de tanta importancia como generalmente se creia, y que la casualidad, y no el cálculo, habia favorecido al Almirante.

No ignoraba éste que se propalaban semejantes voces, con las cuales se pretendia empañar su gloria; pero su alma elevada y grande estaba muy por encima de semejante ruindad, y no dió importancia alguna á la calumnia vil que zumbaba en torno suyo.

La vida de cortesano, para la cual no habia nacido, empezaba á fatigarle, y rogó á los reyes que diesen las órdenes necesarias para que pudiese emprender su segundo viaje.

Entre tanto, el pueblo portugués miraba con disgusto las crecientes adquisiciones marítimas

de España, porque mientras que sus expedicionarios recorrian las estériles costas de Africa, nosotros habiamos atravesado el inmenso piélaggo, sacado de su seno, hasta entonces ignorado, reinos desconocidos; reinos cuya extension se creia inmensa.

D. Juan II, rey de Portugal, y hombre político y ambicioso, buscó pretextos para oponerse á la continuacion de los descubrimientos, ó para ser participe al menos en los beneficios que de ellos resultasen.

Empero, la Santa Sede terció en el asunto, que ya empezaba á producir muy graves complicaciones, publicando bulas en las cuales concedia á España el dominio sobre las tierras *descubiertas, y que se descubrieran*, en el *Océano Occidental*.

D. Juan II entonces, se vió obligado á desistir de sus injustas pretensiones, y bajó la cabeza ante la determinacion del pontífice.

Apresuraba el Almirante todo cuanto le era posible la segunda expedicion.

Como entonces ya se habian desvanecido los fantasmas, los medrosos terrores, todos querian alistarse para buscar fortuna en las *Indias*.

Las exajeradas y maravillosas relaciones de

los primeros aventureros habian inflamado la codicia de la multitud, la cual se enardeciera todavía más y más con la vista de los ricos productos traídos á España por Colon.

Era general la creencia de que las tierras nuevamente descubiertas formaban parte de aquellas mágicas regiones del Oriente, de cuyas entrañas brotaban á millares las piedras preciosas, y el oro tan codiciado siempre por los individuos de la especie humana.

Entre los que deseaban acompañar al Almirante, habia personas de distincion, hidalgos de rica casa, cuyo espíritu emprendedor y caballeresco, ó mas bien cuya sed de gloria les obligaba á correr en pos de aventuras maravillosas.

Aquel siglo era un siglo de conquistas, de batallas encarnizadas, y el Nuevo Mundo ofrecia un anchuroso campo para que los hombres de alentado corazon y de robustos puños, pudiesen adquirir alto renombre.

Nadie dudaba que en las *Indias*, y tras los recientes descubrimientos, sería necesario combatir para asegurar nuestro dominio en tan remotas tierras.

Por lo tanto, si muchos sentian *fiebre de riquezas*, otros ambicionaban únicamente la gloria.

Se habia fijado el número de los expedicionarios en mil doscientos; pero en vista de la

importunidad de los pretendientes se aumentó este número en mil y quinientos.

La escuadra que iba á hacerse á la vela para *San Salvador*, se componia de diez y siete buques, tres de los cuales eran de cien toneladas, asombroso porte para aquella época.

Con tan brillante flota, descendió Colon por el Guadalquivir, dándose al mar desde la bahia de Cádiz, el día 25 de Setiembre del año de 1493.

Raro contraste ofrecia entonces su partida con la del año anterior.

Antes se habia lanzado á las aguas de un desconocido mar, á manera de errante caballero, y en aquella ocasion iba á cruzar aquellos mismos mares, revestido de un verdadero y grande poderío, que nadie por entonces pensaba disputarle.

CAPITULO VIII

Horrible venganza de los indios.

Si fuéramos á seguir paso á paso á Colon, despues de sus primeros descubrimientos, no serian bastantes todas las páginas de este libro para referir á la ligera sus aventuras en el Nuevo Mundo.

Por lo tanto, tenemos que limitarnos al corto espacio de que podemos disponer.



El segundo viaje fué tan feliz como el primero, aun cuando no reinaron siempre vientos favorables.

¡Triste espectáculo esperaba en América á los expedicionarios!

El fuerte que allí habia dejado Colon estaba convertido en ruinas, entre las que se veian esparcidos aquí y allá, los huesos de los españoles que en él habian quedado.

¿Qué habia sucedido? ¿Por qué razon habia tenido lugar tan horrible castástrofe?...

Aun cuando el Almirante hacia ánimo de vengar á sus desdichados compañeros, con su acostumbrada prudencia quiso enterarse antes de los sucesos que habian ocurrido durante su ausencia.

Entre los *indios* que habia traído á España habia uno que hablaba ya medianamente nuestro idioma, y este fué el intérprete de quien se valió para averiguar la verdad de los hechos.

Los pocos indígenas que habia logrado aprehender, pues los otros habian huido al interior de los bosques, le dijeron temblando de miedo, que los *hijos del sol* que habian quedado en la isla eran los únicos causantes de su propia desgracia; de una desgracia que, ellos los primeros, no dejaban de lamentar.

Es tan poderoso, tan persuasivo el acento de la verdad, que Colon no vaciló en creer á los indios, de cuya bondad y excelente condicion habia recibido siempre infinitas pruebas.

Hé aquí lo que habia dado lugar á la destrucion del fuerte, y á la matanza de los españoles que en él habia de guarnicion.

Aquellos hombres imprudentes, ansiosos de oro y de placeres, empezaron á internarse en el pais, apenas las carabelas se dirigieron á España.

No habia entre ellos un hombre enérgico, un brazo fuerte que contuviese á la desordenada turba, y ésta, dejándose llevar de sus instintos, empezó á hacer sentir á los indios el peso de la más odiosa tiranía.

A fin de alcanzar oro, los martirizaban bárbaramente, tostándoles las plantas de los piés y cruzando el cuerpo á latigazos.

¡Ay! ¡Aquellos *hijos del sol*, aquellos hombres, considerados hasta entonces por los indigenas como seres sobrenaturales, no tardaron en ser mirados con profunda aversion!

La avaricia no habia adormecido sus lascivos pensamientos, y convirtieron en esclavas suyas á las hijas y mujeres de los infelices indios.

Los jefes eran los primeros en dar ejemplos de desenfreno, y los más oscuros soldados llegaron á reunir un crecido número de mujeres, una especie de serrallo.

Brutales siempre, empleaban para con aquellas desdichadas hermosuras, los peores tratamientos.

La proverbial hidalguía española, tan justamente celebrada en todas las épocas, no existía en aquellos miserables, esclavos de sus viles pasiones.

Los sentimientos de humanidad tambien se hallaban embotados en ellos.

El sufrimiento de los indios empezaba á agotarse, pero aún continuaban lamiendo, como el humilde perro, la mano que los oprimia.

Un dia un anciano cacique llamado Jaxamalco, se presentó en el fuerte.

Iba casi solo, cuando hubiera podido presentarse acompañado de un numeroso ejército, y reclamó con lágrimas en los ojos á una hija suya que dias antes le habia sido robada por un soldado.

Este en vez de compadecerse del dolor del cacique, se burló de él, y no tan solo se negó á devolverle la prenda de su alma, sino que cansado de sus lamentaciones hirió su rostro con mano airada.

El sufrimiento humano tiene sus límites, y tan brutal accion hizo estallar al fin el furor de los indios.

Jaxamalco se alejó del fuerte, derramando no ya lágrimas de dolor, sino de desesperacion y de cólera.

El soldado no fué castigado como debiera

serlo por sus jefes, y aquellos aventureros que tan lejos se hallaban de su patria, y que vivian en un país que por su culpa era casi todo él enemigo suyo, continuaron adormecidos en la más culpable confianza.

Durante una noche lóbrega y triste en que el viento silbaba agitando el ramaje de los árboles, fueron despertados bruscamente por millares de gritos de venganza.

Los que lanzaban aquellos gritos eran un considerable número de indios guiados por un hijo de Jaxamalco, que llegaba ansioso de vengar el honor de su hermana, y la injuria hecha á su padre.

Quisieron los españoles echar mano á sus armas, pero ya era tarde: la sorpresa habia sido completa, pues los indios no habian encontrado ni un solo vigilante centinela en la empalizada que rodeaba al fuerte, y cayeron como una tromba sobre sus dormidos enemigos.

Ninguno de estos quedó con vida, aun cuando se defendieron desesperadamente: todos perecieron al golpe de las mazas de los indios, y al filo de sus cuchillos de piedra.

Terminada la cruel matanza, el hijo de Jaxamalco mandó poner fuego al fuerte, despues de haber sacado de él á su hermana y á las demás indias que allí estaban encerradas, causa inocente de tan sangrienta catástrofe.

Tambien se llevaron las armaduras y vestidos de sus enemigos, como trofeos de su victoria.

Avivado el fuego por el viento de la tempestad, la fortaleza tardó muy poco tiempo en quedar reducida á cenizas y á un humeante monton de escombros sembrados de cadáveres.



No halló por entonces el Almirante en quien vengar la muerte de los viciosos y mal aconsejados españoles.

Los que habian destruido el fuerte, pertenecian á una de las tribus guerreras que habitaban el interior de los bosques de la isla, y no juzgó prudente ir hasta allí.

Además, en el fondo de su alma, culpaba de aquel desastre á los españoles.

¿No habian vejado de mil modos á los indios?

Reunió, sin embargo, á sus capitanes y á todos los hombres de buen consejo que formaban parte de la expedicion, y les pidió su parecer.

Unos opinaban que era necesario penetrar á sangre y fuego en el interior de la isla, en tanto que los otros decian que en justicia los indios habian estado en su derecho al tomar represalias, y que convenia, al menos por entonces, olvidar aquel desdichado asunto.

Colon se decidió por este último parecer, y mandó dar sepultura á los restos de sus desgra-

ciados compañeros, víctimas de las malas pasiones que los habian esclavizado.

Tambien mandó construir una nueva fortaleza sobre las ruinas de la que habian tomado por asalto los indios.

CAPITULO IX

Segunda y tercera parte.



...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

CAPITULO IX

Agravio y reparacion.

La calumnia y la envidia consiguieron torcer el ánimo de los Reyes Católicos; especialmente de D. Fernando, el cual envió con ámplios poderes á América á un caballero de la órden de Calatrava, llamado D. Francisco de Bobadilla.

Revestido de suprema jurisdiccion, tanto en lo civil como en lo criminal, su mision era procesar á cuantos hubiesen conspirado contra la autoridad de Colon. Respecto á éste, tambien estaba encargado de averiguar secretamente sus actos.

D. Francisco de Bobadilla era, segun se cree, persona poco idónea, tratándose de un puesto

tan elevado y de tanta responsabilidad como el que tenia á su cargo.

De alma mezquina y arrogante, se llenó de desmesurado orgullo, y desde el primer momento consideró á Colon como á reo convicto del delito de abuso de autoridad, y determinó hacer caer sobre él la espada de la ley.

Al llegar á la isla, y despues de una ostentosa ceremonia durante la cual hizo públicas sus credenciales, envió á llamar al Almirante.

Acudió éste al llamamiento, y Bobadilla, sin aparentar siquiera las formas de un exámen judicial, mandó cargarle de cadenas y lo redujo á prision. (1)

¡Oh, mengua! ¡El ilustre marino, el noble anciano á quien segun la elocuente frase de un escritor de su época, *si hubiera vivido en los antiguos tiempos de Grecia y Roma se le hubieran levantado estátuas y erigido templos lo mismo que si fuera un dios*, se vió tratado del mismo modo que los criminales!

Aun cuando despues se procuró reparar aquel acto injusto y deshonroso para España, es preciso confesar que el inícuo atropello de Bobadilla ha dejado una pequeña mancha en nuestra historia, que empaña algun tanto sus gloriosas páginas.

Colon, alma grande y heroica, no opuso la

(1) Esto sucedió el 23 de Agosto del año de 1500.

menor resistencia, y sin replicar permitió que le pusiesen *esposas* y que lo encerrasen en una oscura prision.

Otro que no hubiera sido Bobadilla se hubiera conmovido; pero el representante de los monarcas Católicos no dió muestras de semejante sensibilidad, y despues de acumular en su proceso todos los frívolos pretextos y calumnias que circulaban contra Colon, envió á este á España.

Durante el viaje, el Almirante permaneció cargado de cadenas y estrechamente vigilado, temerosos sin duda, dice una obra notable (1) *de que por algun accidente pudiese volver nadando á la Isla.*

Tan inmerecido y repugnante ultraje no ofendió al inmortal Colon; ofendió, si, á los mismos que habian pretendido hacerle perder su valimiento.

España entera se indignó, considerando que cualesquiera que fuesen los desaciertos cometidos por el grande hombre, era una indignidad, un padron de ignominia para nuestra pátria el haberlo tratado de aquel modo.

Afirma la historia que en nadie se manifestó esta indignacion general con más fuerza, que en los reyes de Castilla.

Comprendieron que el mundo haria pesar so-

(1) Historia del Almirante.

bre ellos un cargo terrible, si no se apresuraban á enmendar la injusticia de Bobadilla, y enviaron á Cádiz, en donde habia desembarcado Colan, órdenes terminantes para que inmediatamente fuese puesto en libertad.

Al mismo tiempo le dirigieron una carta afectuosa y tierna, rogándole que tan luego como le fuera posible, se pusiese en camino para Granada, en cuya ciudad residia la corte por aquel tiempo.

Tambien le libraron mil ducados para los gastos del viaje, enviándole asimismo una lucida comitiva para que le acompañase.

Reanimado algun tanto el abatido espíritu de Colon, partió para Granada.

Refiere tambien la historia, que tan luego como hubo llegado á la presencia real, la sensible Isabel I, no pudo reprimir sus lágrimas.

El rostro del Almirante estaba demacrado y cadavérico y sus ojos hundidos.

Es el rostro espejo del alma, y el alma de aquel sér privilegiado que tanto habia hecho en pró de España y de la humanidad entera, habia sufrido mucho durante los últimos tiempos.

Siempre habia confiado Colon en la rectitud y bondad de la reina Isabel, y las lágrimas que vió correr por sus mejillas, le demostraron que no se habia equivocado.

Procurando los reyes que la reparacion de la injusticia de Bobadilla fuese pública, como público habia sido el agravio, colmaron al Almirante de agasajos en presencia de toda la corte, prometiéndole solemnemente que seria repuesto en todos sus cargos y honores.

Hacian ánimo de cumplir esta promesa; pero antes quisieron reinstalarle con ventaja, destruyendo los bandos que habia en la Isla.

El nuevo comisionado que enviaron á América, se llamaba D. Nicolás de Ovando, Comendador de Lares, y de la orden militar de Alcántara. Iba provisto de las más amplias instrucciones, y llevaba orden para hacer venir á España á Bobadilla, á fin de residenciarle.

De este modo, y esto honra mucho su memoria, procuraron los reyes de Castilla satisfacer al agraviado Colon.

Indignos de las cosas que la república de la
 injusticia de Roberto de los Rios, como pa-
 ramos de los de los de los de los de los de los
 tanto de los de los de los de los de los de los
 prometiéndole solemnemente que sería respetado
 en todas sus cosas y personas.

Hicimos saber de cumplir esta promesa: pero
 antes que se cumpliera no venía, desgraciada-
 mente por las cosas que en la vida.

En estos acontecimientos que enviamos a Ameri-
 ca, se llamaba a los de los de los de los de los
 dar de los de los de los de los de los de los
 los de los de los de los de los de los de los
 los de los de los de los de los de los de los
 dula, a fin de responderle.

De este modo, y esto, como se ve, en mi-
 moria, prometiéndole los reyes de Castilla satis-
 car al agraviado Colon.

CAPÍTULO X

Amarga melancolía.

A pesar de la reparacion, el alma del inmortal *Genovés* estaba triste y abatida.

De su melancolía, de sus más secretos pensamientos, hacia depositario á su leal y sincero amigo Fray Juan Perez de Marchena, encontrando algun alivio para sus amarguras en los sábios y prudentes consejos que del buen religioso recibia.

Enfermo el cuerpo, enfermo tambien el espíritu, ya no encerraba dentro de su alma aquel ardoroso entusiasmo, aquel invencible afan por alcanzar la gloria, que le habian hecho vencer tantos obstáculos.

¡Gloria!.....

¿Qué más gloria podia ambicionar que la inmortal é imperecedera que cubria ya su nombre?

Los que han dicho que Colon era un sér esclavo de mezquinas ambiciones, fueron injustos con él ó padecieron un lamentable error emitiendo juicio tan temerario.

Jamás tuvo aquel hombre inolvidable, sed de grandes riquezas.

De todos los que pisaban la fértil tierra del Nuevo Mundo, él era el más humanitario, el que más abogaba en favor de los pobres indios, á los cuales habia llegado á considerar como á hijos suyos.

..

Triste y abatido estaba, repetimos.

Próximo á emprender su cuarto viaje al mundo que habia descubierto, se sentia débil y convencido de que iba perdiendo poco á poco el prestigio popular, porque la humanidad ha sido siempre ingrata y egoísta, decia con frecuencia que deseaba renunciar en su hermano Bartolomé, la empresa de ulteriores descubrimientos.

Por un lado la vejez que ya habia encanecido sus cabellos, y por otra parte los sinsabores que amargan incesantemente las dulzuras de la gloria, habian conseguido desalentarle y entibiar en él su antiguo ardimiento.

Su vida habia sido siempre una lucha titáni-

ca; una lucha sin treguas contra la ignorancia y la envidia, y las fuerzas humanas son desgraciadamente muy limitadas.

Casi todos los génios, esos grandes hombres que han aparecido en la tierra, fueron unos verdaderos mártires.



El ilustrado y bondadoso Perez de Marchena, consiguió reanimar algun tanto el abatido espíritu del Almirante, aconsejándole que no se dejase vencer por sus obstinados enemigos.

La voz del buen religioso sonaba dulcemente en su alma, y era, digámoslo así, el bálsamo mejor para su corazon lastimado.

Antes de emprender el viaje, rogó á su amigo que le acompañase á la ciudad de Santa Fé, sin decirle el motivo por qué deseaba visitar los lugares en donde por vez primera le habia dado audiencia la reina Isabel.

Perez de Marchena accedió á sus ruegos, y juntos se encaminaron hácia la gloriosa y naciente ciudad.

Al llegar á ella, dijo tristemente:

—¡Preveo mi cercano fin, y antes de abandonar el mundo, he querido despedirme de estos amados lugares!

¡Aquí, añadió suspirando, renacieron mis casi extinguidas esperanzas en el momento en

que la reina de Castilla, esa noble señora, me dió su real palabra de proteger mi empresa tan luego como terminase la conquista de Granada!

¡En este mismo sitio, dejando de ser marino para convertirme en soldado, ceñí la dura coraza y coloqué en mi cabeza el férreo casco, tomando parte en todas las batallas y escaramuzas que precedieron á la rendicion de la ciudad morisca!

¡No escaseé mi sangre en pró de la nueva pátria que he adoptado; no dí apenas descanso á mi cuerpo, y más de una vez oí decir en torno mio á los soldados castellanos:

—Más le valdria *al Genovés, al loco*, abandonar para siempre su profesion de navegante y continuar siendo soldado. Tiene serenidad, y tiene tambien robusto puño.

—Robusto puño tenia, efectivamente, y entonces aún podia empuñar una lanza y manejar con facilidad un pesado mandoble.

¡Hoy... no soy más que un débil anciano!

Mi antiguo vigor ha empezado ya á agotarse, mis manos y mi frente están surcadas de profundas arrugas, y mi cuerpo se encorva hácia la tierra, buscando en ella el lugar de mi sepultura.

—Olvidad tan fúnebres pensamientos, dijo el P. Marchena.

—¡Oh, nó! prosiguió el Almirante, moviendo de un lado á otro la cabeza, y sonriéndose con

amargura. ¡Esos pensamientos son para mí un consuelo, una esperanza muy dulce!

Bien sabeis, amigo mio, que las creencias religiosas no se apagaron afortunadamente en mi alma, conforme llegaron á apagarse otras creencias; las que tenia en la justicia é imparcialidad de los hombres. Hoy tan solo creo en Dios, que es la sabiduría y la bondad sin límites.

No esperando ya nada del mundo, y viendo únicamente en el sepulcro un lugar de eterno descanso, no es extraño que abrigue tales pensamientos.

Muerto ya, los hombres del porvenir harán justicia á mi memoria.

Porque yo he probado (1) todo lo que propuse; la existencia de tierras en el Occidente; y he abierto un camino que otros pueden seguir á su placer, como en efecto lo siguen, arrogándose el título de descubridores, al cual ningun derecho pueden tener, puesto que no hacen otra cosa que seguir mis huellas.

Pero esto ya nada me importa.

Sancione el mundo las pretensiones de esos aventureros, hasta el punto de conferir el nombre de uno de ellos (2) á ese mundo presentido por mí.

Haré la nueva expedicion que me aconsejais,

(1) Estas palabras son históricas.

(2) Américo Vespucio.

padre Marchena, no por ambicion de gloria y de bienes terrenales, sino por complaceros á vos y á mi señora la reina, alma sensible y grande y una de las pocas que han sabido comprenderme.

En mi poder tengo la carta que me ha dirigido últimamente, asegurándome en su nombre y en el de su real esposo, que se cumplirá todo cuanto me han prometido, y que se perpetuarán en mis descendientes todos los honores y prerogativas, que creo haber ganado bien.

Y sin embargo, Dios tan solo sabe lo que puede suceder.

—La reina Isabel, afirmó el P. Marchena, es incapaz de faltar á su promesa y de echar en olvido que vos habeis aumentado la gloria de su trono.

—La reina Isabel sí, prosiguió Cristóbal Colon. Esa augusta señora, magnánima entre las magnánimas, grande entre todos los grandes de la tierra, abogará por mi causa; pero tengo muchos y poderosos enemigos, que influirán de nuevo poderosamente en el ánimo del monarca Católico, y quizá tenga que volver otra vez prisionero á España.

¿No he sido ya cargado de cadenas, lo mismo que si fuera un criminal, un vil usurpador?...

—¡Eso hubiera sido una eterna vergüenza para España, exclamó el religioso, si los reyes no se

hubieran apresurado á daros las debidas reparaciones!

En la pátria del Cid y de D. Pelayo, en tanto que haya en el mundo la costumbre de grabar en mármoles y en bronce los nombres de los hombres esclarecidos, el vuestro aparecerá rodeado de gloria.

Volvió á sonreirse tristemente Colon, y añadió:

—Puede ser que las generaciones futuras den algun esplendor á mi sepulcro; pero hubiera deseado tambien que los hombres del presente no hubiesen proporcionado á mi vida tan amargos sinsabores.

CAPÍTULO XI

La tierra bendita.

El famoso navegante, despues de una breve pausa, continuó:

—¡Cúmplanse los decretos del Altísimo!

¡Sufra yo en hora buena hasta el martirio que padecian los antiguos cristianos, y extiéndase por las apartadas regiones que he logrado descubrir, la consoladora y santa religion de Jesu-cristo!

Aquí, en el Real de Santa Fé, experimenta mi alma un gratísimo bienestar.

Navegando por los anchurosos mares, com-

batiendo las bravías tempestades que amenazaban sumergir mis embarcaciones, y en los pintorescos verjeles del Nuevo Mundo, jamás eché en olvido estos lugares.

En ellos uní mis votos á los de tantos otros cristianos, para que Dios concediese la victoria á los monarcas de Castilla y de Leon.

Aquí esperé, aquí continué *soñando*, y aquí, en fin, más de una noche apacible y encantadora, vislumbró mi fantasía los floridos bosques y los sonrientes valles del nuevo imperio, que por mí posee España en Occidente.

Amo á Santa Fé mucho más que á la pátria en donde abrí mis ojos á la luz del dia.

En Santa Fé hubo muchos que se mofaron de mis proyectos; pero tambien existian algunas almas elevadas que escuchaban mis teorías sin una sonrisa de desden ó de incredulidad en los lábios.

No era tan solo Su Alteza, mi augusta reina, la que se dignaba escucharme; D. Alfonso de Cárdenas, Maestre de Santiago; D. Enrique de Guzman, D. Juan Pacheco, Marqués de Villena; D. Rodrigo Ponce de Leon; D. Fadrique Enríquez y otra infinidad de nobles señores, me escuchaban tambien y llegaban á convencerse de que era posible la existencia de tierras en Occidente.

Tengo buena memoria, y recuerdo que una

vez D. Juan Pacheco, me dijo amistosamente, posando una mano en mi hombro:

—¡Colon, creo que ha sido una ventura para España, el que Génova y Portugal no hubiesen aceptado vuestros servicios!

Vos ensanchareis, el corazon me lo anuncia, los límites de la monarquía castellana.

—Y los he ensanchado, sí, los he ensanchado de tal suerte, que mi pátria adoptiva ha llegado á ser la nacion más poderosa del mundo.

Dios únicamente sabe, y yo no llegaré jamás á verlo, hasta dónde se extienden esas tierras que guardaba avaro el Océano.

El mundo conocido, quizá sea un insignificante átomo, comparado á lo que áun resta por descubrir en Occidente.

¡Oh! ¡Dios mio! ¡Cuán grande es tu misericordia para conmigo!

¡Tú has hecho nacer en mi cerebro el pensamiento que me obligó á cruzar los extensos mares, no explorados jamás; tú me diste aliento y perseverancia; tú, Señor, habiendo determinado recorrer el tenebroso velo que ocultaba ese remedo del paraíso terrenal que existe allende los mares, me has elegido á mí para tanta empresa! ¡Gracias te sean dadas, Dios mio!...

Al pronunciar estas palabras, los ojos del Almirante se fijaron en el cielo, con muestras del

más vivo reconocimiento hácia las bondades divinas.

—¡Bella teneis el alma! exclamó fray Perez de Marchena enternecido. ¡Gloria alcanzará vuestro nombre en la tierra, y gloria tambien, la gloria imperecedera, obtendrá vuestro espíritu en el cielo!

—Aun cuando quizá sea indigno de ella, prosiguió el Almirante, he hecho siempre todo lo posible para merecerla.

He soportado con resignacion todas las vicisitudes, todos los contratiempos que al Señor le plugo enviarme, y á cada nueva herida que he recibido en mi amor propio, nunca dejé de dar gracias al cielo.

¡Y por Dios, que no han sido pocas esas heridas!...

Pero dejemos eso, y vamos á lo que importa.

He venido aquí porque el fin de mis dias se aproxima á pasos ajigantados.

Más aún que los años, los pesares han minado mi salud, un tiempo tan robusta, y hoy no soy más que un decrepito anciano.

He venido aquí porque quiero despedirme del Real de Santa Fé, lugar amado, lugar para mí digno de veneracion.

Además, de todas las poblaciones de España que he recorrido, esta es la que tiene para mí más agradables recuerdos.

No queriendo ser enterrado en Génova, en la obcecada Génova, que fué la primera en tenerme por demente, desearia que mis restos descansasen en Santa Fé; pero eso quizá no sea posible.

Los mares que voy á surcar de nuevo, quizá me den tumba en su seno insondable, y cuando esto no, probablemente serán depositados mis huesos en el Nuevo Mundo.

Cualquiera de estas dos cosas que acontezca, deseo llevar sobre mí un puñado de tierra de este suelo bendito, pues entonces me haré la ilusion de que mis cenizas reposarán en la ciudad que he visto nacer, durante una época de inolvidable gloria para España.

Esto dijo Colon, é inclinándose trabajosamente, cogió uno tras otro hasta tres puñados de tierra, y los echó en una escarcela de veludillo carmesí que llevaba al cinto.

Despues presentó aquella escarcela á su amigo, y éste, adivinando su pensamiento, la bendijo, en tanto que el descubridor de América inclinaba la cabeza sobre el pecho para recibir al mismo tiempo la bendicion.

Aquel acto tan sencillo y tan solemne á la vez, no tenia más testigos que Dios.

El Real de Santa Fé, despues que los Reyes Católicos se habian posesionado de Granada, habia quedado casi solitario y en poder de una pequeña guarnicion.

Faltábale su antigua alegría, su vida de otros tiempos.

Ya no se escuchaban en sus calles los roncossones de los atambores, ni las vibrantes notas de las trompas de guerra.

Todo era silencio, todo soledad, y solo cerca del muro que daba vista á Granada, se veía un puesto de soldados, que mataban su aburrimiento refiriendo historias de amores y de batallas, ó cantando antiguos romances.

Años despues, el Real de Santa Fé empezó á tomar incremento.

Los Reyes Católicos concedieron terrenos á algunos de sus buenos vasallos, y estos edificaron casas y restauraron los antiguos edificios, que ya empezaban á arruinarse.

Solo así se pudo evitar que el célebre *campamento*, la ciudad de los monarcas conquistadores, quedase reducida á un desierto páramo.

CAPÍTULO XII

Colon tachado de nigromántico.—Los Reyes Católicos.—La campana de Velilla.

Parecia que la mala estrella que hacia sentir á Colon su maléfica influencia, se habia extinguido; pero no era así: brillaba aún, para martirio de aquel sér extraordinario, y la envidia no cesaba de clavar en su honra su arpon envenenado.

Casi al mismo tiempo que partia para América, revestido ya de todas sus antiguas prerogativas, una flota conducia á España la enorme suma de *doscientos mil castellanos de oro*.

El precioso metal correspondiente á la corona

de Castilla, era una parte insignificante de lo que habian producido las célebres minas de *Hayna*.

El tamaño de algunas de las muestras en ellas recogidas, era portentoso.

Un solo pedazo habia pesado tres mil doscientos castellanos, y sobre él habian servido un cochinillo asado al gobernador, diciéndole que ningun otro magnate europeo podia comer en *plato de tan alto precio*.

La flota que traia el oro mencionado, se sumergió mucho antes de llegar á España, y solo pudo salvarse del naufragio una vieja embarcacion, en la cual estaba encerrada la parte de rico metal que correspondia al Almirante.

Esto bastó para que el vulgo dijese que Colon era nigromántico, y que disponiendo á su antojo de los vientos y de las olas del mar, habia querido vengarse de España.

Acriminacion tan nécia halló fácilmente eco hasta en algunos grandes de la corte; pero no así en la reina Isabel, mujer tan superior á su época.

Ella era la más constante defensora del *navegante famoso*, su amiga, la única que procuraba rechazar todos los tiros que la maledicencia asestaba contra el anciano venerable y sábio, á quien muchos deseaban ver por segunda vez humillado.

Aquella gran reina no olvidaba tampoco que los indios eran súbditos suyos; tan acreedores á su clemencia y benignidad como los seres nacidos en la Península, y preveyendo los malos tratamientos que les harian sufrir hombres sin corazon, no dejó de abogar por ellos hasta sus últimos instantes.

Consultando únicamente á su buen corazon, abolió la esclavitud, y declaró á los indios *tan libres como sus propios súbditos*.

Desgraciadamente se hallaba muy distante de América, para que pudiera hacer cumplir sus benéficos mandatos, y no hubo entonces ningun celoso defensor de la humanidad que denunciara con robusta voz y valentía, las desgracias que pesaban sobre los pobres isleños.

Era Isabel I una de las mujeres de más talento y más alentadas de su siglo, como lo demuestra el haber seguido á su esposo y al ejército, en todas sus conquistas.

En cierta ocasion la ciudad de Segovia se insurreccionó contra su alcaide, el marqués de Moya, á quien una severa rigidez habia privado del afecto popular.

La reina se hallaba en Tordesillas, y al saber lo que pasaba, montó á caballo, y haciéndose

acompañar del cardenal Mendoza, del conde de Benavente y de algunos otros personajes de la corte, se dirigió con presteza á Segovia.

A corta distancia de esta poblacion le salieron al encuentro varios de sus principales habitantes, rogándole que rechazase de su lado á la marquesa de Moya y al conde de Benavente, esposa la primera del alcaide, y amigo íntimo el segundo de aquella autoridad, que había llegado á ser tan impopular.

—De lo contrario, añadieron los comisionados, no podremos responder de las consecuencias.

Isabel les dijo, con altiva dignidad, *que era reina de Castilla; que Segovia era suya además, por derecho de herencia, y que no estaba acostumbrada á recibir condiciones de súbditos rebeldes.*

Y sin detenerse más siguió adelante, sin que se advirtiese en su rostro la más leve señal de temor.

El alcázar estaba todavía en poder de las gentes del marqués de Moya, y por una de sus robustas puertas hizo su entrada en él, sin que los sublevados se opusieran á ello.

Pero el pueblo continuaba reuniéndose en mayor número que ántes, y sus imponentes masas no cesaban de gritar:

—¡Al asalto! ¡Muera el alcaide!...

Los que acompañaban á la reina estaban aterrados; pero ella nó: su serenidad no llegó á des-

mentirse en aquella ocasion, ni con palabras ni con ningun acto de ese temor que es tan natural en su sexo.

Rogáronla que hiciese asegurar todas las puertas del alcázar, que entonces podian resistir un sitio en toda regla; pero no quiso dar oidos al consejo.

Los amotinados, cual embravecida tempestad, tronaban entre tanto al pié de los robustos muros.



Bajó la reina á uno de los patios, acompañada únicamente de uno de sus pajes, y dando orden para que se abriesen todas las puertas á fin de dar al pueblo entrada franca, esperó con frente serena la llegada de los del motin.

La furiosa multitud no tardó en llenar casi todo el patio.

Pero al ver á su reina, á aquella mujer sublime revestida de toda la mágia de la belleza y de la majestad, inclinaron hácia el suelo las puntas de sus espadas, y un respetuoso silencio sucedió al tumulto.

Entonces Isabel I les dijo con benevolencia:

—Contadme vuestras cuitas, que yo haré cuanto pueda para remediarlas, porque estoy segura de que vuestro interés es el mio y el de toda la ciudad.

Acobardados los insurrectos al ver el tranquilo continente de la soberana de Castilla, tardaron algun tiempo en formular sus quejas; pero al cabo uno de los más osados tomó la palabra y dijo, que lo que únicamente pedían era que el marqués de Moya fuese depuesto aquel mismo dia.

—Lo será, añadió Isabel I, si hay motivo bastante para ello; pero de lo contrario, nó.

Entre tanto entregaré el alcázar á uno de mis servidores, el cual desempeñará el cargo del Marqués.

Envainad, pues, esas espadas, y volveos á vuestros hogares para cuidar de vuestras familias y haciendas.

—¡Viva la reina! gritó la multitud que llenaba el patio del alcázar.

A aquel viva atronador, los amotinados que no habian conseguido penetrar en el edificio, prorrumpieron en alegres aclamaciones.

Despues de calmar tan fácilmente la furia popular, se dirigió la animosa señora al palacio que tenia en la ciudad.

La multitud la seguia: volvióse hácia ella, y de nuevo le dijo que se retirase, pues haria justicia.

Obedeció el pueblo, y la reina mandó hacer una informacion de la cual resultó que el marqués de Moya estaba inocente de los abusos que

se le imputaban, y que el obispo de Segovia era el promovedor de la rebelion.

Por lo tanto, el alcaide fué repuesto en su cargo, y gracias á la presencia de espíritu de la soberana, se evitó un derramamiento de sangre que amenazaba cubrir de luto á la ciudad de Segovia.

★

★ ★

La esposa del monarca de Castilla era infatigable, y en las guerras contra los moros animaba con su presencia á sus soldados.

En la Armería Real de Madrid se conserva una espada de no muy largas dimensiones, que dicen solia usar cuando las conquistas de Málaga y Granada.

No creemos que este acero haya sido en sus manos mas que un objeto inútil, pues no consta en ningun libro ni documento alguno, que jamás haya hecho uso de ella.

★

★ ★

Era la reina Isabel de hermosa presencia, y de talle esbelto y majestuoso á la vez.

Su mirada serena y dulce parecia que tenia la facultad de leer en los corazones, é inspiraba tanto respeto como cariño; sentimientos bastante difíciles de hermanar.

En más de una ocasion, con su habitual dulzura, templó la severidad y el rigor de su esposo, y si éste llegó á merecer el sobrenombre de monarca prudente y justiciero, á ella fué deudor en gran parte de tan honrosos dictados.

Cuando dejó de existir, segun su última voluntad, sus restos fueron trasladados á Granada.

Allí, y en el monasterio llamado de la Alhambra, enterraron tambien el cadáver del rey Fernando; pero un año despues, cuando estuvo terminada la real capilla de la iglesia metropolitana, las cenizas de ambos monarcas fueron trasladadas á ella.

Adornan el sepulcro multitud de figuras de mármol, que representan santos y ángeles, y bajo-relieves primorosamente esculpidos.

Ya que hemos hecho, aun cuando muy brevemente, el retrato de la reina Isabel, dedicaremos tambien algunas líneas á su esposo:

«Este, dice un historiador contemporáneo suyo, tenia buen color, y los ojos brillantes y animados, su nariz era correcta, sus dientes sumamente blancos, y abundantes sus cabellos y de color castaño claro.

»De maneras corteses y reposado en el hablar, jamás pudieron notarse en su rostro señales de melancolía ó de tristeza. Era, en fin, todo su continente, el de un gran rey.

»Haciendo siempre una vida muy activa é in-

»fatigable en los negocios públicos, la única
»clase de lectura á que tenia gran afición, era á
»la de la historia.

»No sintiéndose inclinado á los placeres de la
»mesa, era muy frugal en sus comidas, siendo
»tambien parco en los gastos de su persona y
»casa, lo cual debe atribuirse en parte, induda-
»blemente, al deseo de corregir á los nobles sus
»ostentosos gastos.

»No perdía ocasion de hacerlo así, y se cuenta
»que un dia hablando con uno de sus cortesanos
»notado por su ostentacion en el vestir, le dijo
»mostrándole el traje que llevaba puesto:

—»Mira qué tela tan excelente. Este sayo me
»lleva ya gastados tres pares de mangas (1).

»Su espíritu de economía, llegó hasta gran-
»jearle fama de tacaño.

»Sin embargo, no debe tachársele de este de-
»fecto, si se tiene en cuenta que siendo suma-
»mente escasas sus rentas y grandes las empre-
»sas que acometia, necesitaba manejar sus fón-
»dos con la mayor prudencia.

»Tampoco era amigo de acumular caudales,
»y murió tan pobre, que apenas dejó en sus ar-
»cas con que sufragar los gastos que sus fune-
»rales ocasionaron.

»Con más justicia se le achacan los defectos

(1) Sempere, *Historia del lujo*.

»de astuto é hipócrita, porque se observó que su
»celo católico le servia maravillosamente para
»adelantar sus intereses temporales.»

Pocos dias antes de su muerte, y hallándose ya bastante enfermo á causa de una afeccion al corazon y de la hidropesía que lo llevó á la sepultura, tuvo lugar un suceso maravilloso.

La milagrosa campana de *Velilla* (1), que sonaba sola siempre que iba á tener lugar un acontecimiento notable, hizo oir su profética lengua de metal.

No habia brazo humano capaz de detener sus golpes en tales ocasiones, y bien á su costa lo probaron segun afirma el *Dr. Dærmer*, los que por una profanacion quisieron intentarlo.

La campana doblaba fúnebremente anunciando el cercano fin del monarca de Castilla.

Sus fatídicos sonidos se oyeron por última vez en Marzo del año de 1677, y como no se siguió acontecimiento alguno de importancia, es probable que tocara á su propio funeral.

El que desee saber más detalladamente la historia de aquella célebre campana, puede leer á *Doermer*, ya citado, en su «Piadosa historia de

(1) Pueblo de Aragon, situado á nueve leguas de Zaragoza.

los milagros, virtudes y *hechos* de la campana de Velilla.»

Aquella campana, segun unos, ha sido robada durante la época de la invasion francesa, en tanto que otros afirman que es la misma que aún subsiste en la iglesia del pueblo.

1950-1951

1. The first of these is the fact that the
the government of the United States is
the only one of its kind in the world.

[Faint, illegible handwriting]

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

1. The first step is to identify the problem or question that needs to be answered. This involves understanding the context and the specific requirements of the task.

[Faint, illegible text from bleed-through]

1. The first part of the book is a historical survey of the development of the theory of the firm. It begins with the classical economists, who viewed the firm as a simple production function, and moves through the neoclassical era, where the firm was seen as a profit-maximizing entity, to the modern era, where the firm is viewed as a complex organization with multiple objectives and stakeholders.

11/ 2000 10/ 2000 9/ 2000 8/ 2000 7/ 2000 6/ 2000 5/ 2000 4/ 2000 3/ 2000 2/ 2000 1/ 2000 12/ 1999 11/ 1999 10/ 1999 9/ 1999 8/ 1999 7/ 1999 6/ 1999 5/ 1999 4/ 1999 3/ 1999 2/ 1999 1/ 1999 12/ 1998 11/ 1998 10/ 1998 9/ 1998 8/ 1998 7/ 1998 6/ 1998 5/ 1998 4/ 1998 3/ 1998 2/ 1998 1/ 1998 12/ 1997 11/ 1997 10/ 1997 9/ 1997 8/ 1997 7/ 1997 6/ 1997 5/ 1997 4/ 1997 3/ 1997 2/ 1997 1/ 1997 12/ 1996 11/ 1996 10/ 1996 9/ 1996 8/ 1996 7/ 1996 6/ 1996 5/ 1996 4/ 1996 3/ 1996 2/ 1996 1/ 1996 12/ 1995 11/ 1995 10/ 1995 9/ 1995 8/ 1995 7/ 1995 6/ 1995 5/ 1995 4/ 1995 3/ 1995 2/ 1995 1/ 1995 12/ 1994 11/ 1994 10/ 1994 9/ 1994 8/ 1994 7/ 1994 6/ 1994 5/ 1994 4/ 1994 3/ 1994 2/ 1994 1/ 1994 12/ 1993 11/ 1993 10/ 1993 9/ 1993 8/ 1993 7/ 1993 6/ 1993 5/ 1993 4/ 1993 3/ 1993 2/ 1993 1/ 1993 12/ 1992 11/ 1992 10/ 1992 9/ 1992 8/ 1992 7/ 1992 6/ 1992 5/ 1992 4/ 1992 3/ 1992 2/ 1992 1/ 1992 12/ 1991 11/ 1991 10/ 1991 9/ 1991 8/ 1991 7/ 1991 6/ 1991 5/ 1991 4/ 1991 3/ 1991 2/ 1991 1/ 1991 12/ 1990 11/ 1990 10/ 1990 9/ 1990 8/ 1990 7/ 1990 6/ 1990 5/ 1990 4/ 1990 3/ 1990 2/ 1990 1/ 1990 12/ 1989 11/ 1989 10/ 1989 9/ 1989 8/ 1989 7/ 1989 6/ 1989 5/ 1989 4/ 1989 3/ 1989 2/ 1989 1/ 1989 12/ 1988 11/ 1988 10/ 1988 9/ 1988 8/ 1988 7/ 1988 6/ 1988 5/ 1988 4/ 1988 3/ 1988 2/ 1988 1/ 1988 12/ 1987 11/ 1987 10/ 1987 9/ 1987 8/ 1987 7/ 1987 6/ 1987 5/ 1987 4/ 1987 3/ 1987 2/ 1987 1/ 1987 12/ 1986 11/ 1986 10/ 1986 9/ 1986 8/ 1986 7/ 1986 6/ 1986 5/ 1986 4/ 1986 3/ 1986 2/ 1986 1/ 1986 12/ 1985 11/ 1985 10/ 1985 9/ 1985 8/ 1985 7/ 1985 6/ 1985 5/ 1985 4/ 1985 3/ 1985 2/ 1985 1/ 1985 12/ 1984 11/ 1984 10/ 1984 9/ 1984 8/ 1984 7/ 1984 6/ 1984 5/ 1984 4/ 1984 3/ 1984 2/ 1984 1/ 1984 12/ 1983 11/ 1983 10/ 1983 9/ 1983 8/ 1983 7/ 1983 6/ 1983 5/ 1983 4/ 1983 3/ 1983 2/ 1983 1/ 1983 12/ 1982 11/ 1982 10/ 1982 9/ 1982 8/ 1982 7/ 1982 6/ 1982 5/ 1982 4/ 1982 3/ 1982 2/ 1982 1/ 1982 12/ 1981 11/ 1981 10/ 1981 9/ 1981 8/ 1981 7/ 1981 6/ 1981 5/ 1981 4/ 1981 3/ 1981 2/ 1981 1/ 1981 12/ 1980 11/ 1980 10/ 1980 9/ 1980 8/ 1980 7/ 1980 6/ 1980 5/ 1980 4/ 1980 3/ 1980 2/ 1980 1/ 1980 12/ 1979 11/ 1979 10/ 1979 9/ 1979 8/ 1979 7/ 1979 6/ 1979 5/ 1979 4/ 1979 3/ 1979 2/ 1979 1/ 1979 12/ 1978 11/ 1978 10/ 1978 9/ 1978 8/ 1978 7/ 1978 6/ 1978 5/ 1978 4/ 1978 3/ 1978 2/ 1978 1/ 1978 12/ 1977 11/ 1977 10/ 1977 9/ 1977 8/ 1977 7/ 1977 6/ 1977 5/ 1977 4/ 1977 3/ 1977 2/ 1977 1/ 1977 12/ 1976 11/ 1976 10/ 1976 9/ 1976 8/ 1976 7/ 1976 6/ 1976 5/ 1976 4/ 1976 3/ 1976 2/ 1976 1/ 1976 12/ 1975 11/ 1975 10/ 1975 9/ 1975 8/ 1975 7/ 1975 6/ 1975 5/ 1975 4/ 1975 3/ 1975 2/ 1975 1/ 1975 12/ 1974 11/ 1974 10/ 1974 9/ 1974 8/ 1974 7/ 1974 6/ 1974 5/ 1974 4/ 1974 3/ 1974 2/ 1974 1/ 1974 12/ 1973 11/ 1973 10/ 1973 9/ 1973 8/ 1973 7/ 1973 6/ 1973 5/ 1973 4/ 1973 3/ 1973 2/ 1973 1/ 1973 12/ 1972 11/ 1972 10/ 1972 9/ 1972 8/ 1972 7/ 1972 6/ 1972 5/ 1972 4/ 1972 3/ 1972 2/ 1972 1/ 1972 12/ 1971 11/ 1971 10/ 1971 9/ 1971 8/ 1971 7/ 1971 6/ 1971 5/ 1971 4/ 1971 3/ 1971 2/ 1971 1/ 1971 12/ 1970 11/ 1970 10/ 1970 9/ 1970 8/ 1970 7/ 1970 6/ 1970 5/ 1970 4/ 1970 3/ 1970 2/ 1970 1/ 1970 12/ 1969 11/ 1969 10/ 1969 9/ 1969 8/ 1969 7/ 1969 6/ 1969 5/ 1969 4/ 1969 3/ 1969 2/ 1969 1/ 1969 12/ 1968 11/ 1968 10/ 1968 9/ 1968 8/ 1968 7/ 1968 6/ 1968 5/ 1968 4/ 1968 3/ 1968 2/ 1968 1/ 1968 12/ 1967 11/ 1967 10/ 1967 9/ 1967 8/ 1967 7/ 1967 6/ 1967 5/ 1967 4/ 1967 3/ 1967 2/ 1967 1/ 1967 12/ 1966 11/ 1966 10/ 1966 9/ 1966 8/ 1966 7/ 1966 6/ 1966 5/ 1966 4/ 1966 3/ 1966 2/ 1966 1/ 1966 12/ 1965 11/ 1965 10/ 1965 9/ 1965 8/ 1965 7/ 1965 6/ 1965 5/ 1965 4/ 1965 3/ 1965 2/ 1965 1/ 1965 12/ 1964 11/ 1964 10/ 1964 9/ 1964 8/ 1964 7/ 1964 6/ 1964 5/ 1964 4/ 1964 3/ 1964 2/ 1964 1/ 1964 12/ 1963 11/ 1963 10/ 1963 9/ 1963 8/ 1963 7/ 1963 6/ 1963 5/ 1963 4/ 1963 3/ 1963 2/ 1963 1/ 1963 12/ 1962 11/ 1962 10/ 1962 9/ 1962 8/ 1962 7/ 1962 6/ 1962 5/ 1962 4/ 1962 3/ 1962 2/ 1962 1/ 1962 12/ 1961 11/ 1961 10/ 1961 9/ 1961 8/ 1961 7/ 1961 6/ 1961 5/ 1961 4/ 1961 3/ 1961 2/ 1961 1/ 1961 12/ 1960 11/ 1960 10/ 1960 9/ 1960 8/ 1960 7/ 1960 6/ 1960 5/ 1960 4/ 1960 3/ 1960 2/ 1960 1/ 1960 12/ 1959 11/ 1959 10/ 1959 9/ 1959 8/ 1959 7

CAPÍTULO XIII

La mala nueva.

Muerta Isabel I, perdió Colon su más firme apoyo.

Ya sin amigos ni proteccion, y casi á merced de los implacables enemigos que su gloria le habia adquirido, conoció que cada vez era mayor el desaliento y la melancolía, que por lo general son compañeros inseparables de la ancianidad.

Su cuarto viaje habia sido una série no interrumpida de desengaños y desastres.

Despues de haber atravesado el golfo de Honduras, costeó las márgenes de aquellas do-

radadas regiones, que por tanto tiempo habian halagado su imaginacion.

Los naturales del pais le invitaban á que penetrase en los senos interiores de aquel mundo Occidental; pero fueron vanas sus instancias, y siguió su rumbo hácia el Sur.

Por último, despues de haber adelantado con gran dificultad algo más hácia el cabo de *Nombre de Dios*, se vió obligado por el furor de las tempestades, y por las quejas de su gente, á retroceder.

Tambien la ferocidad de los naturales de Tierra Firme le impidió el dejar establecida allí una colonia.

La desgracia que le perseguia, fué causa igualmente de que no pudiera salir de la isla de Jamáica, en donde lo tuvo detenido más de un año la suspicacia de Ovando, gobernador entonces de Santo Domingo.

Finalmente, habiendo vuelto á embarcarse con su quebrantada tripulacion en una nave fle-tada á sus expensas, despues de sufrir en la travesía violentas y frecuentes tempestades, logró dar fondo en el puerto de San Lúcar el dia 7 de Noviembre del año de 1504.

En aquel pequeño puerto esperaba encontrar el reposo que le era tan necesario.

Al saltar en tierra, supo la noticia más desconsoladora, más triste que podía recibir; supo la muerte de la reina, su amiga constante, su mejor amparo.

Este fué un golpe terrible para sus esperanzas, *porque siempre habia encontrado en ella favor y amparo*, dice su hijo Fernando en su historia, *al paso que el rey, no solo se manifestaba indiferente, sino contrario á sus intereses.*

Traspasada el alma de dolor, escribió una carta dirigida á su hijo Diego, en la cual, hablándole de la reina, le decia entre otras cosas estas sentidas frases:

«Nuestro principal deber es el de rogar á
»Dios con la más ferviente devocion por el alma
»de nuestra difunta señora la reina.

»Su vida fué siempre católica y virtuosa, y
»pronta para cuanto pudiera redundar en provecho de la religion; debemos, por lo tanto,
»confiar en que está ya en la gloria, lejos de todas las penas de este mundo miserable.

»¡Lágrimas hay en mis ojos, querido hijo mio,
»al escribirte esta carta.

»¡Respeto la voluntad del Señor, y sin embargo, la muerte de la gran reina que acaba de
»perder España, me tiene inconsolable!...»

*
**

Tiempo hacia que la gota, ese horrible mal,

tan abundante en vivos dolores, molestaba á Colon, y por aquel tiempo se exacerbó de tal suerte, que apenas le permitia algun descanso.

Tanto llegó á molestarle, que durante todo aquel invierno no pudo ponerse en camino para Segovia, en donde residia la corte.

Hallábase el rey muy ocupado en sus negocios personales, para atender cual debiera á los del Almirante, y éste se vió reducido á una gran estrechez.

Sus repetidas súplicas y quejas, hallaron al fin acogida, y al empezar la primavera recibió orden de trasladarse á la corte.

Existia entonces una pragmática prohibiendo en España el uso de las mulas, pero se derogó en favor suyo, permitiéndosele que hiciese el viaje en mula, y á jornadas cortas, porque estaba muy débil y achacoso.

El venerable anciano, el sábio navegante á quien todo faltaba, excepto la gloria, apenas podia caminar.

Lástima daba el verlo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, pálido y surcado de arrugas el rostro, y trémulas las manos.

Las gentes le salian al encuentro, y haciendo justicia á sus merecimientos, repetian en voz baja y con acento respetuoso, el lema de su escudo: *«A Castilla y á Leon, Nuevo Mundo dió Colon.»*

Algunos se aproximaban á él y le besaban las manos, pidiéndole sus bendiciones lo mismo que si fuese uno de los muchos reverendos religiosos que con frecuencia encontraban entonces en su camino, los que viajaban por España.

Estas muestras de aprecio, eran un bálsamo bienhechor para el pobre é ilustre anciano, cuyo bondadoso corazon habia sufrido y sufria tanto.

La mala nueva que habia recibido al llegar á San Lúcar, habia acabado de abatir su espíritu.

Algunos de los señores de la villa de Madrid
 mandaron a sus vasallos que les diesen
 a ellos una de las casas que ellos tenían en
 la villa para que ellos pudiesen vivir en ella
 como los otros señores de la villa.

Los señores de la villa de Madrid
 mandaron a sus vasallos que les diesen
 a ellos una de las casas que ellos tenían en
 la villa para que ellos pudiesen vivir en ella
 como los otros señores de la villa.

Los señores de la villa de Madrid
 mandaron a sus vasallos que les diesen
 a ellos una de las casas que ellos tenían en
 la villa para que ellos pudiesen vivir en ella
 como los otros señores de la villa.

Los señores de la villa de Madrid
 mandaron a sus vasallos que les diesen
 a ellos una de las casas que ellos tenían en
 la villa para que ellos pudiesen vivir en ella
 como los otros señores de la villa.

Los señores de la villa de Madrid
 mandaron a sus vasallos que les diesen
 a ellos una de las casas que ellos tenían en
 la villa para que ellos pudiesen vivir en ella
 como los otros señores de la villa.

Los señores de la villa de Madrid
 mandaron a sus vasallos que les diesen
 a ellos una de las casas que ellos tenían en
 la villa para que ellos pudiesen vivir en ella
 como los otros señores de la villa.

Los señores de la villa de Madrid
 mandaron a sus vasallos que les diesen
 a ellos una de las casas que ellos tenían en
 la villa para que ellos pudiesen vivir en ella
 como los otros señores de la villa.

Los señores de la villa de Madrid
 mandaron a sus vasallos que les diesen
 a ellos una de las casas que ellos tenían en
 la villa para que ellos pudiesen vivir en ella
 como los otros señores de la villa.

CAPÍTULO XIV

Muerte de Cristóbal Colon.

El rey D. Fernando recibió á Colon con las mayores muestras de cortesía, asegurándole además, que apreciaba en lo que valian los importantes servicios que de él habia recibido, y que, lejos de limitar sus recompensas á los términos precisos de la capitulacion, tenia pensado dispensarle en Castilla más amplias mercedes.

Sin embargo de esta promesa, los hechos no correspondieron á tan benévolo ofrecimiento, y lejos de recibir la parte que le correspondia de las cantidades enviadas desde América, se vió precisado á contraer deudas para atender á sus gastos más precisos.

No consta qué asistencias recibiera de la corona por aquel tiempo, ni si se le dieron algunas; pero continuó residiendo en la corte, á la que acompañó á Valladolid cuando el rey se trasladó á esta ciudad.

Lo que consta, sí, es que continuó gozando de la consideracion pública que á su alta reputacion y extraordinarias hazañas se debia, y que el rey Fernando le propuso que cediese sus derechos en el Nuevo Mundo, á cambio de otros Estados y dignidades en España.

El Almirante se negó á admitir esta proposicion.

—No por mí, dijo, si no por mis descendientes, no puedo ceder ninguno de los derechos que creo haber ganado bien.

Muerto el rey de Castilla, su sucesor el rey D. Felipe no se apresuró á reparar las injusticias cometidas con el Almirante.

La vigorosa naturaleza de éste desfallecia rápidamente, y el 19 de Mayo del año de 1506, sintiendo que se acercaban sus últimos momentos, otorgó un codicilo, en el cual confirmaba otra disposicion testamentaria que tenia hecha anteriormente, con referencia á la vinculacion de sus Estados y dignidades.

Quería perpetuar su ilustre nombre, quería que sus sucesores disfrutasen del fruto de sus afanes y fatigas.

Ya en la agonía, rodeaban su lecho sus dos hijos Diego y Fernando, su hermano Bartolomé y tres indios bautizados que habia traído consigo de América, y que le profesaban un entrañable cariño.

Todas aquellas personas vertian abundantes lágrimas.

—No lloreis, les dijo el Almirante, si como creo deseais mi bien.

Hace ya bastante tiempo que no espero nada de esta vida: mis esperanzas se cifran tan solo en la que hay más allá del sepulcro.

*
*
*

Hijos de mi corazon, hermano, pobres amigos mios, añadió queriendo incorporarse en el lecho, y sintiendo en aquel momento una gran mejoría; la que se conoce vulgarmente con el nombre de *mejoría de la muerte*. No lloreis, repito, y dad gracias al Señor, como yo se las doy, porque al fin me saca de este mundo de miserias para llevarme á mejor vida.

Mis padecimientos físicos y morales van á terminar.

Os dejo, hijos mios, un nombre honrado que enaltecerán las generaciones futuras.

Próximo el hombre á su fin, casi es profeta, porque está más cercano al mundo de la eterna

verdad, y por lo tanto preveo lo que ha de suceder.

—¡Ah señor de mi alma! exclamó sollozando uno de los indios. ¡Jamás podré consolarme!...

Colon le dirigió una larga y dulce mirada, y le tendió una de sus descarnadas manos, sobre la cual el indio dejó correr su llanto en gran abundancia.



Antes de exhalar aquel grande hombre su último suspiro se acordó de la tierra que habia cogido en la ciudad de Santa Fé, y la cual conservaba en su poder.

Aquella tierra, que como saben nuestros lectores, habia recibido la bendicion del P. Marchena, fué esparcida por orden suya sobre las ropas de su lecho.

Era el dia de la Ascension del Señor, y Colon se rogocijaba pensando que iba á dejar el mundo en dia tan señalado.

Despues de haber recibido los auxilios espirituales, bendijo por la última vez á sus hijos y entregó su alma á Dios.

La paz de que disfrutaba su alma habia dejado en su rostro una especie de dulce mansedumbre, de santa resignacion.

Sus restos mortales fueron depositados pri-

mero en el convento de San Francisco de Valladolid.

Trasladados despues al monasterio de la Cartuja de las Cuevas de Sevilla, se le erigió un soberbio mausoleo, en el cual se leia el memorable lema de:

A Castilla y á Leon, etc.

No fué este el último lugar de reposo para las cenizas del inmortal navegante.

Desde Sevilla fueron trasladadas á la isla de Santo Domingo á fines del año de 1536, y cuando se cedió aquella isla á los franceses en 1795, fueron nuevamente removidos y llevados á Cuba, en cuya capital reposan hoy tranquilamente.

Allí, en la catedral, y á la izquierda del altar mayor, se vé un busto de Colon colocado en un nicho abierto en el muro.

Cerca de este nicho hay una urna de plata que contiene todos los restos mortales que aún se conservan del *famoso navegante*.

Este, el dia de su fallecimiento, habia cumplido ya setenta años.

Más bien que la edad, los pesares y las fatigas habian puesto término á su vida.

Ha quedado de él en la historia de su vida, una minuciosa descripcion acerca de su persona y costumbres.

Dice esta descripcion que tenia los cabellos

rubios y abundantes; pero que á la edad de treinta años ya habian empezado á encanecer.

Su presencia era majestuosa, y grande la afabilidad de sus maneras.

Su conversacion tenia mucho de instructiva, y si bien se exaltaba en algunas ocasiones por efecto de la exquisita sensibilidad de su corazon, no tardaba en volver á su acostumbrada templanza.

Parco en la comida, gustaba tambien muy poco de las diversiones, porque el colosal proyecto á que habia consagrado su vida entera absorbia demasiado su atencion para que pudiera fijar esta en los frívolos placeres á que suele entregarse el vulgo de los hombres.

Religioso en sumo grado, abrigaba tambien el proyecto de una cruzada para reconquistar el Santo Sepulcro.

Este proyecto hizo asomar la risa á los labios de Alejandro IV, el Pontífice más egoista de todos los sucesores de San Pedro.

Existen algunos grandes hombres en quienes se encuentran reunidas las más extraordinarias virtudes, con verdaderos vicios ó con ridiculeces degradantes; pero el carácter de Cristóbal Colon no ofreció jamás tales contradicciones.

Considerado en su vida pública, lo mismo que en su conducta privada, ofrece un aspecto noble y elevado, muy en armonía con la grandeza de

sus planes, cuyos resultados fueron los más brillantes que jamás ha podido realizar hombre alguno.

Añadiremos que tambien manifestó el mayor celo por los intereses de los que le seguian en sus expediciones, gastando hasta el último maravedí en provecho de los marineros que le acompañaron en su último viaje.

The first of these is the fact that the
 Government has been unable to
 secure the necessary funds to
 carry out its programme of
 social and economic reform.
 This is due to a number of
 factors, including the fact that
 the Government has been unable
 to secure the necessary funds
 to carry out its programme of
 social and economic reform.
 This is due to a number of
 factors, including the fact that
 the Government has been unable
 to secure the necessary funds
 to carry out its programme of
 social and economic reform.

Enfin, la machine, qu'elle soit ou non
pour les diversions, peut être employée
pour la culture et la production de
diverses denrées, et ainsi que pour
la fabrication de divers produits qui sont
employés dans la culture de la terre.

Respectfully,
[Signature]

El primer libro de la serie es el de la historia de la literatura. El segundo es el de la historia de la filosofía. El tercero es el de la historia de la ciencia. El cuarto es el de la historia de la política. El quinto es el de la historia de la economía. El sexto es el de la historia de la sociología. El séptimo es el de la historia de la psicología. El octavo es el de la historia de la medicina. El noveno es el de la historia de la religión. El décimo es el de la historia de la cultura.

The first of these is the human eye, which
 is not able to see the light of the stars
 because of the darkness of the night.
 The second is the human ear, which
 is not able to hear the sound of the stars
 because of the silence of the night.
 The third is the human mind, which
 is not able to understand the meaning of the stars
 because of the darkness of the night.

1. The first step is to identify the problem or issue that needs to be addressed. This involves gathering information and understanding the context of the problem.

CAPÍTULO XV

Los descendientes de Colon.—Una pregunta inocente.

En el capítulo anterior hemos hablado de los hijos de Colon, y creemos conveniente dar á nuestros lectores algunas noticias acerca de ellos.

Eran dos, como ya hemos dicho.

El mayor, Fernando, no era legítimo; pero heredó parte del génio inmortal de su padre.

Llamábase el segundo Diego, y estaba colocado en clase de paje en la Casa Real de los monarcas de Castilla.

Fernando Colon, además de otras obras que

se han perdido, nos dejó escrita una apreciable historia de su padre.

Muy aficionado á la literatura, logró reunir una librería compuesta de más de veinte mil volúmenes, que era quizá la más completa que entonces poseía ningun particular en Europa.

Diego, cuando llegó á su mayor edad, obtuvo una sentencia en favor suyo y en contra de la corona.

Esta sentencia fué dictada por el Consejo de Indias, lo cual prueba, no tan solo la justicia que le asistia, sino tambien la imparcialidad é independencia que ya entonces tenian los tribunales en nuestra pátria.

Gozando del alto empleo y de todos los honores que le correspondian, el jóven Almirante se casó con una señora de Toledo, que pertenecía á la más alta nobleza de Castilla.

Esto prueba tambien la gran estima que se hacia del apellido de Colon.

Nada de particular ofrece la vida de su descendiente.

Muerto éste, su sucesor, que tambien se llamaba Diego, se desanimó por la perspectiva de un litigio, que amenazaba ser interminable, litigio que entabló contra él Carlos V.

Entonces consintió en permutar sus derechos por rentas y honores que se le señalaron en Castilla, y vivió sin ambiciones, pero sosteniendo

dignamente el apellido ilustre que le habia dejado su abuelo.

La familia del descubridor de América no se ha extinguido todavía.

Su descendiente lleva hoy los gloriosos títulos de duque de *Veraguas* y de marqués de *Jamaica*, procedentes de lugares á donde el Almirante llegó durante sus últimos viajes.

Gloriosos son estos títulos, repetimos; pero el noble duque, digno por todos conceptos del general aprecio que todos le tienen, debe envanecerse más, y con justicia, de descender del gran *Cristóbal Colon*; del hombre admirable que dedicó á España sus importantes servicios.

*
* *

Antes de terminar este capítulo, se nos ocurre hacer una pregunta:

¿En qué consiste que una de las calles principales ó plazas de la coronada villa, no lleva el nombre del inmortal descubridor de América?...

En otro libro (1) hemos hecho igual pregunta, refiriéndonos al festivo autor de *El gran tañero*.

Como debe suponerse, nadie nos dió la con-

(1) Quevedo y el Conde-Duque.

testacion que deseábamos, ó mejor dicho, solo se nos dió *la llamada por respuesta*.

En estos últimos tiempos *de conquistas revolucionarias*, hemos visto, sin ningun género de envidia, por supuesto, cómo se bautizaban nuevamente varias plazas y calles de Madrid con los nombres de algunos personajes políticos.

Mucho podrán haber hecho esos señores en pró de la humanidad, no lo dudamos; pero, ¿y Colon?

¿No ha hecho nada el inmortal *Genovés* para que así le hayan olvidado?...

¡Oh! pátria del garbanzo! ¡Sobre ti ha pesado siempre y continúa pesando, el negro pecado de la ingratitud!...



Si no estamos equivocados, solo existe en Madrid una pequeña calle que lleva el nombre de Colon, y una callejuela desnivelada y súa, que se llama *calle del Almirante*.

Dado caso que esta última haga tambien referencia al descubridor del Nuevo Mundo, hay que confesar que la capital de España peca de olvidadiza ó de ingrata, como ya hemos dicho.

Mucho debe haber encarecido el mármol, cuando aún no se vé en todo Madrid una estatua de Colon.

¿Se verá, andando el tiempo?

Hé aquí *una pregunta inocente* de muy difícil respuesta.

Dicen, pero esto no pasa de dicho, que existe el proyecto de alzar un monumento al gran navegante, que ha dado asunto á estas páginas.

Dios lo quiera.

500 mg to 1 g daily, given as:

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

Elle est la seule à avoir été créée par un homme d'État, le général de Gaulle, qui en a fait un symbole de la France libre.

...the ... of ... and ... of ...

1964-1965

1. The first step is to identify the problem or question that needs to be answered. This involves understanding the context and the specific requirements of the task.



1991-1992

...the
... ..
... ..

... of the

...the ... of ...

1954

CAPITULO XVI

Insurrección de las Alpujarras.

Antes de terminar este libro diremos algunas palabras acerca de la insurrección de las Alpujarras, que tuvo lugar poco tiempo después de la conquista de Granada.

En aquellas ásperas regiones existían multitud de aldeas y pueblos moriscos, que coronaban las crestas de sus montes.

Sus rudos habitantes, odiando siempre á los vencedores de la capital morisca, y ansiosos de vengar la derrota de sus hermanos, dieron el grito de guerra, y después de haberse apoderado de los castillos que estaban en nuestro poder,

entraron á sangre y fuego por tierra de cristianos.

Semejantes actos de resuelto atrevimiento, causaron mucho sobresalto en Granada, y el valeroso y prudente conde de Tendilla resolvió sofocar la rebelion en su origen.

Gonzalo de Córdoba, que á la sazón residia en aquella ciudad, se ofreció á ponerse al frente de las tropas, y estas partieron á marchas forzadas contra los insurrectos.

Su primer movimiento se dirigió contra Huejar, cuyos habitantes se habian hecho cabezas de la sublevacion.

Sin embargo, la empresa ofrecia no pocas dificultades, pues los moros dieron suelta á las aguas de las acequias que cruzaban sus campos, y los caballos del ejército cristiano se vieron al punto sumidos hasta las cinchas.

La marcha se hacia sumamente difícil, y *los enemigos de Dios*, nombre que se dá en las crónicas á los habitantes de las Alpujarras, aprovecharon aquellos momentos para hacer llover sobre sus enemigos una nube de armas arrojadizas.

Estos, con pérdidas considerables, consiguieron pisar terreno firme, y entonces cargaron sobre los moros, los cuales tuvieron que ampararse de sus riscos casi inaccesibles.

Cercado el pueblo de Huejar nada detuvo ya

el ardor de los sitiadores, los cuales arrimaron escalas de asalto á las murallas.

Gonzalo de Córdoba fué el primero que subió por ellas.

Cuentan que un moro vigoroso que trataba de arrojarle desde lo alto del muro, recibió en la cabeza tan soberbia cuchillada del valeroso caudillo, que cayó muerto en el acto.

La resistencia que opusieron los de Huejar, fué muy débil, y casi todos sus moradores quedaron aquel dia pasados á cuchillo.

Semejante castigo no intimidó á los insurgentes, y fué necesario que el rey de Castilla se pudiese á la cabeza de un cuerpo de caballería, tan lucido y numeroso como el que habia cercado á Granada.

*
* *

El pueblo que ofrecia más seguridades á los moros, era Lanjaron.

Situado en una de las sierras más inaccesibles, sus habitantes no se cuidaron de defender las avenidas, y el ejército despues de atravesar espantosos barrancos y profundos precipicios hollados únicamente hasta entonces por los animales selváticos, consiguió despues de innumerables riesgos y fatigas, llegar á una posicion elevada desde la cual se dominaba el pueblo.

Cuando los estandartes cristianos tremolaron

sobre aquellos riscos, el desaliento empezó á apoderarse de los insurgentes.

Después de una desesperada resistencia, la plaza fué tomada por asalto, y sus moradores sufrieron el mismo duro tratamiento que los de Huejar.

Aquella guerra sangrienta tenia el mismo carácter de ferocidad que suele distinguir á casi todas las luchas civiles.

La rebelion estaba dominada ya en gran parte, pero aún hacia oír sus ecos formidables hácia las sierras *Bermeja* y de *Villaluenga*.

En aquella parte, poblada por una raza de hombres belicosos, entre los cuales figuraba la tribu africana de los *Gaudules*, ardía el fuego de la insurreccion.

En vano para extinguirlo se habian hecho aceptables proposiciones á aquellos turbulentos y ardientes mahometanos; en vano se habia enviado, para dulcificar sus costumbres, un corto número de misioneros á sus pueblos salvajes.

Exasperados al ver la apostasía de sus compatriotas, que en crecido número abrazaban la religion de Jesucristo, asesinaron á los misioneros y pusieron en prisiones á algunos cristianos que fueron vendidos luego como esclavos en los mercados de Africa.

La insurreccion estaba alimentada por los moros del lado opuesto del Estrecho, que apo-

yaban con hombres y dinero aquella guerra de exterminio.

El monarca castellano desplegó en aquella ocasion su acostumbrada actividad, y despachó órdenes á las principales ciudades de Andalucía para que reuniesen apresuradamente sus fuerzas.

Las calles de Ronda, que era la poblacion destinada para concentrar las fuerzas, no tardaron en verse obstruidas por un bullicioso tropel de guerreros, que á ellos habian acudido para marchar contra los indómitos pueblos de las Alpujarras.

Entre los guerreros figuraban el conde de Cifuentes, asistente de Sevilla; el conde de Ureña, y D. Alonso de Aguilar, hermano mayor de Gonzalo de Córdoba.

..

Púsose en marcha el ejército para Sierra Bermeja, llamada así, como no ignoran nuestros lectores, por el color rojizo de sus rocas y picachos.

Al llegar al frente de Monarda, lugar situado en la falda de su monte, y en donde los moros se hallaban reunidos en gran número, las tropas que mandaba Alonso de Aguilar se inflamaron de tal modo á la vista del enemigo, que cargaron sobre éste con valerosa pujanza.

Tales eran, sin embargo, las ventajas que tenían los moros, debidas á las fuertes posiciones que ocupaban, que rechazaron el ataque con denuevo, y con muchas pérdidas de los nuestros.

El conde de Ureña acudió con las tropas que mandaba en auxilio de las gentes de Aguilar, el cual hacía prodigios de valor.

El afan de alcanzar un rico botin hizo que las tropas castellanas empezasen á dispersarse en todas direcciones, en persecucion de los moros que ya empezaban á cejar.

En vano el conde de Ureña y el hermano del *Gran Capitan* les advirtieron que el enemigo no estaba aún completamente vencido; en vano procuraron restablecer el orden en sus filas, esforzándose por contener el imprudente ardimiento de sus soldados: las órdenes y advertencias de ambos capitanes fueron desatendidas, y entonces los moros lograron rehacerse de nuevo.

Las sombras de la noche habian empezado á extenderse por la sierra, que elevaba hasta las nubes sus peladas cumbres.

Disipó instantáneamente la pavorosa oscuridad la explosion de un barril de pólvora que se inflamó por un lamentable descuido, y á su siniestro resplandor se vió á los guerreros cristianos esparcidos aquí y allá, y combatiendo desesperadamente con sus numerosos contrarios.

En medio de la confusion más espantosa, el conde de Ureña consiguió llegar hasta una de las llanuras de la sierra, en la cual hizo alto procurando reanimar á sus aterradas gentes.

Alonso de Aguilar, su bravo compañero de armas, se sostuvo en la posicion que ocupaban en las alturas.



Solo un corto número de caballeros, entre los cuales se contaba á Pedro de Córdova, hijo del señor de Aguilar, rodeaban á aquel valeroso caudillo.

Cercados por infinidad de alarbes, no quisieron rendirse, y unos tras otros fueron cayendo acribillados de heridas.

Viéndose casi solo Aguilar, apoyó su espalda en una gran peña, y dando frente al enemigo, continuó defendiéndose, aun cuando bastante debilitado ya por la pérdida de sangre.

Un moro de extraordinaria altura y de fuerzas hercúreas, le acosaba en primer término.

Durante la lucha se habian roto las hebillas que sujetaban el peto de Aguilar, y aquella defensa de su esforzado pecho cayó al suelo, al mismo tiempo que el caballero recibia una profunda herida en la cabeza.

Conociendo que su muerte era inevitable,

cerró con su contrario, y abrazándose á él estrechamente, ambos rodaron por tierra.

El ajigantado moro habia caído encima; pero el ánimo del caballero aún no estaba vencido, y aquel héroe, despues de desnudar su puñal *de misericordia*, gritó con voz atronadora:

—¡Yo me llamo D. Alonso de Aguilar! (1)

—¡Y yo soy el Ferí de *Ben Estepár*! replicó el moro en mal castellano.

El Ferí de Estepár, hombre feróz y fanático en sumo grado, era el más temible enemigo que teníamos en las Alpujarras.

Jamás daba cuartel, jamás en él habian hallado piedad los vencidos.

Al escuchar aquel nombre odiado, el hermano del Gran Capitan, recogió todos sus alientos, y asiendo fuertemente á su enemigo trató de matarle de un solo golpe.

Pero su brazo ya debilitado, se negó á secundar su propósito, y el puñal se le cayó de la mano.

—¡Muere, perro! gritó entonces el *Ferí* sepultando su corva gumia en el corazon del héroe español.

Su muerte fué cantada en un antiguo romance, en el cual se describe la guerra de las Alpujarras.

(1) Histórico.

Ocupándose de Aguilar, dice así:

«Don Alonso en este tiempo
muy grande batalla hacía;
le habian muerto el caballo,
por muralla le tenia.

Arrimado á una gran peña,
con valor se defendia.

Muchos moros tiene muertos,
pero poco le valia,
pues sobre él cargan otros
y le dan grandes heridas;
tantas, que allí cayó muerto,
entre la gente enemiga.

El padre Abarca, refiriéndose al señor de Aguilar, dice que por su linaje, por sus prendas personales, por sus vastos dominios y por los altos puestos que ocupó así en tiempos de paz como de guerra, fué merecedor del alto renombre que habian alcanzado sus antepasados.

*
**

Muchos años duró aún la guerra de las Alpujarras.

Difícilmente se hubiera terminado aquella rebellion, cuyos chispazos brotaban á cada momento, sin las rigurosas medidas que se tomaron contra los moros.

Entre estas medidas figuraba la de obligar á todo moro que hubiese cumplido catorce años,

si era varon, y doce si era hembra, á escojer entre la alternativa de ser bautizado ó de salir para el destierro.

Muchos pidieron el bautismo, pero los más salieron para Marruecos.

Se les habia dado un mes de término para que pudiesen vender todos sus bienes y efectos; pero se les prohibió terminantemente sacar de España plata ú oro, y los expulsados tuvieron que cargar con las mercancías señaladas en la real pragmática.

La expulsion de los moriscos fué una lamentable pérdida para España.

Con su marcha padecieron mucho la agricultura y el arte arquitectónico, que habian conseguido elevar tanto en nuestro suelo.

El terrible edicto de expulsion que tanta analogía guardaba con el dictado contra los judíos, se llevó á cabo despiadadamente.

Restablecida ya la tranquilidad en todos los ángulos de la monarquía española, la bandera de la cruz flotó triunfante sobre las agrestes cumbres de las Alpujarras.

En ellas no habia ya ni una sola mezquita; estas habian sido convertidas en templos católicos, y los moros bautizados profesaban nuestra religion y cumplian todos sus preceptos.

Sin embargo, como debe suponerse, la mayor parte de aquellos hombres, obligados por

las circunstancias á renegar de la fé de sus mayores, continuaban adorando en secreto al falso Profeta.

Imitando á sus hermanos de Granada, prefirieron ocultar sus creencias bajo una máscara hipócrita, á arrostrar el destierro con todas las penalidades y miserias á él inherentes.

Despues de ocho siglos de guerras encarnizadas y de esfuerzos heróicos, España podia respirar tranquilamente, vanagloriándose al mismo tiempo de haber arrojado del suelo pátrio á los descendientes de los invasores africanos; á los descendientes de aquellos hombres á quienes la indisculpable traicion del conde D. Julian, habia abierto las puertas del Estrecho.

Al considerar cuánta constancia y cuánto valor fueron necesarios para llevar á cabo la completa reconquista de España, el pecho se llena de entusiasmo y el corazon late aceleradamente.

Grandes, sublimes fueron aquellos hombres que paso á paso comenzaron la sangrienta lucha en los desfiladeros de Covadonga, y grandes tambien los que ocho siglos más tarde lograron verla terminada en las ásperas sierras de las Alpujarras.

los señores de la corte y de la ciudad de México, y de los señores de la Real Audiencia de México, y de los señores de la Real Audiencia de los Virreynos de Nueva España, y de los señores de la Real Audiencia de los Virreynos de la América.

En virtud de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de México, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de Nueva España, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de la América, se ha acordado que se ponga en ejecución lo que se ha acordado en la Real Audiencia de México, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de Nueva España, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de la América.

En virtud de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de México, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de Nueva España, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de la América, se ha acordado que se ponga en ejecución lo que se ha acordado en la Real Audiencia de México, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de Nueva España, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de la América.

En virtud de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de México, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de Nueva España, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de la América, se ha acordado que se ponga en ejecución lo que se ha acordado en la Real Audiencia de México, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de Nueva España, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de la América.

En virtud de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de México, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de Nueva España, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de la América, se ha acordado que se ponga en ejecución lo que se ha acordado en la Real Audiencia de México, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de Nueva España, y de lo que se ha acordado en la Real Audiencia de los Virreynos de la América.

CONCLUSION.

El siglo glorioso de los Reyes Católicos fué para España un manantial inagotable de prosperidades.

Séres privilegiados, una multitud de circunstancias favorables habian contribuido á su engrandecimiento, y nuestra madre patria era la envidia de otras naciones.

Pocos pueblos han tenido á la vez, como nosotros en aquella época de ventura, hombres como Cristóbal Colon, el cardenal Cisneros,

Gonzalo de Córdoba, Las Casas, y tantos otros como registra la historia.

La indiferencia, ó mejor dicho, el desprecio con que los nobles habian mirado hasta entonces á las bellas letras, habia desaparecido completamente.

«No habia español que se tuviera por noble, si se manifestaba indiferente hácia las letras.» (1)

Por aquel tiempo memorable, D. Gutierre de Toledo, hijo del duque de Alba y primo del rey, enseñó en la célebre universidad de Salamanca; en la misma explicó á Plinio y Ovidio, D. Pedro Fernandez de Velasco, hijo del conde de Haro, que sucedió despues á su padre en la alta dignidad hereditaria de gran condestable de Castilla; y D. Alonso de Manrique, hijo del conde de Paredes, tambien fué profesor de griego en otra universidad igualmente célebre: en la de Alcalá.

Todo, absolutamente todo, contribuia á dar esplendor á España.

* *

Antes del reinado de Isabel I, habia muy po-

(1) Giovio.

cas áulas en el reino, y ninguna de ellas de nota, exceptuando la de Salamanca; pero durante la maternal y sábia dominacion de aquella gran reina, hubo academias que llegaron á adquirir mucha nombradía.

Entre ellas figuraban en primer término, por su importancia, las de Toledo, Sevilla, Granada y Alcalá.

A la cabeza de aquellos establecimientos de instruccion, estaba Salamanca, á la cual Marineo llama *madre de las artes liberales y todas las virtudes, y asi de caballeros como de letrados varones, muy ilustre.*

Tal era, en efecto, su reputacion, que á ella acudian en gran número lo mismo los naturales que los extranjeros.

En una ocasion llegaron á reunirse allí siete mil estudiantes.

En aquella *Nueva Atenas*, nombre que le dan con mucha frecuencia las crónicas, se establecieron ramos de todo el saber humano que entonces se cultivaba.

Por aquel tiempo, tambien se estableció en Búrgos un archivo público, parecido al que hoy existe en *Simancas*.

Tambien se le concedieron entonces grandes privilegios á los impresores de libros, por el

gran riesgo y coste, y porque tenían por objeto el ennoblecir las librerías del reino.

La primera imprenta que hubo en España, parece ser que se estableció en Valencia, y el primer libro que en ella se dió á luz fué una coleccion de poesías dedicadas á la Santísima Virgen.

Madrid, Toledo, Sevilla, Ciudad-Real, Granada, Valladolid, Búrgos, Salamanca, Zamora, Lérida, Múrcia y Alcalá de Henares no tardaron en imitar á Valencia, y tuvieron tambien sus imprentas.

En la ciudad de Alcalá de Henares, y gracias á la munificencia y ardiente entusiasmo por las letras del gran cardenal Cisneros, se estableció una imprenta en su propio palacio, tal vez la mejor de aquella época, de cuyas prensas habia de salir más tarde la célebre *Biblia Políglo-ta*, que fué una de las obras más monumentales que se imprimieron en aquel tiempo de esplendor y gloria, siendo parte á enaltecer el ya entonces gloriosísimo nombre del conquistador de Orán.

En la Biblioteca del monasterio del Escorial existe un ejemplar de esta inestimable obra.

Los libros de *caballeros andantes* empezaron á aparecer entonces, despues de la traduc-

cion que se hizo del *Amadís de Gaula* (1).

Respecto á la poesía, un sinnúmero de *romances*, en los cuales se cantaban hechos heroicos de los caballeros de la época, aparecieron por todas partes.

En fin, el cielo derramaba á manos llenas sus beneficios sobre la pátria del Cid.

¡Tiempos venturosos, tiempos inolvidables que quizá no volverán nunca á lucir para nosotros!

De la antigua monarquía, en cuyos dominios inmensos *jamás se ponía el sol*, ¿qué nos ha quedado?

¡Ay! ¡Nos han quedado tan solo los recuerdos gloriosos de otras épocas, ménos calamitosas que la nuestra!

¡Mucho *hemos progresado*, esto es indudable; pero tambien lo es que tenemos muy poco de que vanagloriarnos!

Cuando se escriba la historia imparcial del siglo en que vivimos, ya perteneceremos probablemente al mundo de las sombras.

Esto, si bien se considera, tendrá sus ventajas; la ventaja de que no podamos leer las pági-

(1) Novela portuguesa.

nas de esa historia, lectura que nos haria ruborizar.

Los pocos hombres verdaderamente grandes que han venido al mundo en esta época, los hemos olvidado ó no sabemos apreciar bastante su memoria.

Algun nombre pudiéramos citar, algunos hechos; pero... ¿para qué? Seria *predicar en un desierto*, y esto, como dice muy bien el refran, *siempre fué sermon perdido*.

*
**

He terminado ya por hoy mi tarea.

El Real de Santa Fé, aun cuando á mí no me corresponde juzgarlo, es un libro sin pretensiones; un libro inspirado por los recuerdos imprecaderos de una época venturosa.

Al ofrecérselo al público, digno siempre para mí de las mayores consideraciones y respeto, tiemblo, porque temo no merecer su aprobacion.

Tambien me extremezco al pensar que cierto periodista amigo mio, continuará diciendo, con el inimitable gracejo que le distingue, que *vomito novelas*.

¿Qué quieres que haga, si no, amado compañero?

La *Gloriosa* tuvo á bien despojarme el empleo que mis cortos merecimientos me habian proporcionado, y á fuer de hombre de bien, necesito ganar el prosáico, pero indispensable garbanzo, que sirve para mi alimentacion.

FIN.

INDICE

—

—

—

—

The first of these is a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published. He also mentions that he has written a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published.

The second of these is a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published. He also mentions that he has written a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published.

The third of these is a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published. He also mentions that he has written a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published.

The fourth of these is a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published. He also mentions that he has written a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published.

The fifth of these is a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published. He also mentions that he has written a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published.

The sixth of these is a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published. He also mentions that he has written a letter to the Hon. the Secretary of the Admiralty, dated 17th Decr. 1793, in which he expresses his regret that he cannot comply with the request of the Admiralty for a copy of the *Life of Samuel Johnson*, and that he is unable to do so, as the work is not yet published.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

EL REY DESTRONADO.

	<u>Págs.</u>
CAP. I.—Granada.	5
II.—El Real de Santa Fé.—Gonzalo Fernandez de Córdoba y Aguilar.—¡Pobre loco!	13
III.—Ultimos dias del reinado de Boabdil el Chico.	19
IV.—El jóven abencerraje.—Amor que enciende una mirada.—Rasgo de generosidad	23
V.—La sultana de Granada.—Una sierpe entre las flores.—El pensamiento de un malvado.	32

	Págs.
CAP. VI.—La acusación	45
VII.—El acento de la verdad.	55
VIII.—Campeon que eligió la sultana Alfai- ma para que saliese á su defensa.— El clarin y la voz del pregonero. . .	63
IX.—Carta de la reina mora.	67
X.—El juicio de Dios.	75
XI.—Triunfo de una causa justa.	83
XII.—Determinacion de la sultana Alfaima. —El patio de los Leones.	93
XIII.—¡Adios! ¡Adios para siempre! . . .	101
XIV.—Triste fin del sultan Boabdil.—Ro- mance morisco.—El Real de Santa Fé.	107

SEGUNDA PARTE.

EL NAVEGANTE FAMOSO.

CAP. I.—La constancia triunfante.. . . .	115
II.—Los mónstruos imaginarios.—Avería de la carabela <i>Pinta</i> .—Señales de las cercanías de la tierra.—Terroros de los tripulantes.—Un efecto de óptica.	123
III.—El mar de las algas.—La promesa de Colon.	133
IV.—Gozo tras la afliccion.—¡Tierra!... ¡tierra!...	139

CAP. V.—San Salvador.—Un descubrimiento precioso.—Regreso á España.	147
VI.—El triunfo de Colon.	157
VII.—Distinciones prodigadas al descubri- dor del Nuevo Mundo.	165
VIII.—Horrible venganza de los indios.	173
IX.—Agravio y reparacion.	181
X.—Amarga melancolía.	187
XI.—La tierra bendita.	195
XII.—Colon tachado de nigromántico.—Los Reyes Católicos.—La campana de Ve- lilla.	201
XIII.—La mala nueva.	213
XIV.—Muerte de Cristóbal Colon.	219
XV.—Los descendientes de Colon.—Una pregunta inocente.	227
XVI.—La insurreccion de las Alpujarras.	233
Conclusion.	245

1285	Conclusion
1286	XVI.—Examination of the Alphabet
1287	Proposed Improvements
1288	XV.—The International in China—The
1289	XIV.—Matters of Criminal Code
1290	XIII.—Japanese matters
1291	Chinese matters and the
1292	Review of the
1293	XII.—Editorial matters
1294	XI.—The
1295	X.—Editorial matters
1296	IX.—Editorial matters
1297	VIII.—Editorial matters
1298	VII.—Editorial matters
1299	VI.—Editorial matters
1300	V.—Editorial matters
1301	IV.—Editorial matters
1302	III.—Editorial matters
1303	II.—Editorial matters
1304	I.—Editorial matters

Accepted for mailing at

1305	1306	1307	1308	1309	1310
1311	1312	1313	1314	1315	1316
1317	1318	1319	1320	1321	1322
1323	1324	1325	1326	1327	1328
1329	1330	1331	1332	1333	1334
1335	1336	1337	1338	1339	1340
1341	1342	1343	1344	1345	1346
1347	1348	1349	1350	1351	1352
1353	1354	1355	1356	1357	1358
1359	1360	1361	1362	1363	1364
1365	1366	1367	1368	1369	1370
1371	1372	1373	1374	1375	1376
1377	1378	1379	1380	1381	1382
1383	1384	1385	1386	1387	1388
1389	1390	1391	1392	1393	1394
1395	1396	1397	1398	1399	1400